
HARLEQUIN
Jazmín™
REBECCA
WINTERS
EL FRANCÉS INDOMABLE



Rebecca Winters

El francés indomable



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El francés indomable, n.º 2571 - julio 2015
Título original: Taming the French Tycoon
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6821-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Mayo

Una vez resuelto el asunto bancario que lo había llevado a Chipre, Luc se tomó la mañana libre para visitar Yeronisos antes de volver a Francia. Siempre le había interesado la arqueología y se creía que el templo de Apolo estaba en esa diminuta isla. Habían encontrado cimientos, muros, monedas, ánforas y muchas cosas más. Se les había seguido el rastro hasta Alejandría, a casi quinientos kilómetros de distancia. Evidentemente, Cleopatra, reina de Egipto, había tenido medios para construir en lo más alto de esos acantilados de veinticinco metros de altura. Yeronisos era tan inaccesible que la llamaban una isla virgen porque se había mantenido casi como estaba cuando llegó el hombre, hacía diez mil años.

Había paseado más de una hora por las excavaciones y había disfrutado de su pasión, hasta que una embarcación llena de jóvenes había llegado para alterar la tranquilidad. No les interesaban las antigüedades, habían ido para lanzarse desde los acantilados, aunque las aguas se arremolinaban peligrosamente debajo y había una señal que lo prohibía. Decidió que había llegado el momento de marcharse y descendió por los inclinados escalones. Se puso las gafas del sol para protegerse del resplandor de mayo y vio que se acercaba otra embarcación. Fue hasta la lancha que había alquilado y empezó a desatar los cabos. La embarcación atracó detrás de él, los muchachos desembarcaron y empezaron a ascender con ansia de llegar a lo más alto. Se subió a su lancha y se fijó en el último chico que se bajaba de la embarcación, pero resultó ser una joven que llevaba una mochila. Tenía las piernas más increíbles que había visto en su vida. La camiseta que le cubría el biquini no podía disimular la voluptuosidad de su cuerpo. Se quedó mirándola fijamente. Tenía un rostro clásico, con pómulos prominentes, una boca provocativa y una trenza oscura le rodeaba la cabeza. Le recordó un poco a Sabine, la chica que amó y perdió hacía unos años en un accidente de aviación, pero esa joven llevaba gafas de sol y no

podía ver el color de sus ojos. Ella miraba con atención el acantilado y, seguramente, no se habría fijado en él. ¿Había ido con todos esos majaderos rebosantes de hormonas?

Oyó a lo lejos los gritos emocionados de los saltadores que ya estaban lanzándose a las peligrosas aguas arremolinadas. Cuando también oyó algunos alaridos aterradores, sintió un dolor que le atenazó las entrañas y lo remontó a los últimos años del instituto. En aquellos años, sus amigos y él se habían sentido inmortales y, con una euforia disparatada, decidieron ir a saltar en paracaídas. Sin embargo, todo acabó en tragedia cuando el avión se estrelló contra la ladera de una montaña. Sobrevivieron cuatro de los seis, pero dos murieron y una era Sabine.

Sintió más miedo por los saltadores. Alguno podría matarse haciendo algo tan temerario. Él lo sabía muy bien. Sintió un sudor frío al ver a esa atractiva mujer que se dirigía hacia los escalones que la llevarían a lo más alto del acantilado. Pensó en Sabine y no pudo soportar la idea de que pudiera matarse haciendo algo tan imprudente. Era joven, como lo habían sido ellos, y buscaba la aventura sin importarle el peligro. ¿Acaso no sabía que el mar podía golpearla contra las rocas y dejarla inconsciente o algo peor? Volvió a bajar al embarcadero y la llamó. Ella se detuvo y se dio la vuelta.

–¿Sí? –preguntó ella en francés–. ¿Me habla a mí?

El corazón se le aceleró, una reacción que hacía años que no le provocaba una mujer.

–¿No ha leído la señal? ¡Está prohibido saltar desde el acantilado! ¿No se da cuenta de que lo que está haciendo su grupo podría acabar en una tragedia?

–Si su trabajo es hacer cumplir la ley –replicó ella con el ceño fruncido–, debería habérselo impedido al grupo de la primera embarcación.

–Cualquiera debería impedir que un grupo de jóvenes gamberros acabe mal –él se acercó y siguió sin pensar lo que iba a decir–. Me espantaría que una mujer tan hermosa como usted perdiera la vida por sentir un poco de emoción. ¿No le importan su familia o las personas que la quieren y que quedarían devastados si le pasara algo? –le preguntó Luc porque nunca podría olvidar el dolor.

Ella lo miró fijamente un buen rato, hasta que esbozó una sonrisa burlona.

–*Félicitations, monsieur.* Es la forma de ligar más original que ha intentado un francés conmigo, y le aseguro que las he oído

muy buenas.

¿Francés? Era muy raro que ella dijese eso porque era francesa. Se quedó atónito por muchos motivos.

–¿Cree que eso es lo que estoy haciendo?

–Es lo que me parece. ¿Viene mucho por el embarcadero para esperar a que una mujer incauta caiga por aquí?

–¿Qué? –preguntó él entre dientes.

–Si me he equivocado… *je regrette* –ella se encogió de hombros–. ¿Es posible que usted no hiciera algo tan intrépido como saltar desde un acantilado cuando era joven? ¿Puedo decirle que también ha corrido sus riesgos al venir en una lancha alquilada?

–¿Cómo? –preguntó él conteniendo un arrebato de furia.

–Seguramente sabrá que en el Mediterráneo hay grandes tiburones blancos. ¿Cuántos años tiene? ¿Casi cuarenta? Espero que sea un buen nadador si tiene un accidente en el mar. Las lanchas de alquiler no siempre están en buen estado, pero intente disfrutar con su sedentario día en vez de intentar estropeárselo a los demás. *Ciao*.

Ella empezó a subir los escalones a una velocidad sorprendente. Él, entre los recuerdos y la conversación, se había quedado de un humor de perros. Se montó en la lancha, encendió el motor y se dirigió hacia la costa que veía enfrente. Si lo pensaba, podía imaginarse que muchos hombres la habrían acechado, aunque se habría defendido rápida y desagradablemente. Tendría veintiún años más o menos, pero había comprobado que sabía cuidar de sí misma. Antes del accidente de aviación, él quizá hubiese hecho lo que ella había creído que estaba haciendo.

Para su fastidio, la imagen de esa joven cautivadora lo acompañó hasta que, ya de vuelta, tomó el coche para ir a su villa en Cagnes-sur-Mer, a las afueras de Niza. En ese momento, cuando podía imaginarse que la excursión había acabado en tragedia, el recuerdo del accidente de aviación se adueñó de él. Había intentado evitar que se zambullera a una posible muerte, pero, en cambio, había conseguido que se obsesionara con ella. Si bien había nacido con un espíritu aventurero, ya no corría riesgos cuando la vida era tan valiosa. Durante los últimos quince años, se había vuelto especialmente cauto y no tomaba decisiones empresariales que pudieran afectar a su vida profesional o a la reputación y bienestar de su familia. El accidente de aviación lo había convertido en una persona distinta. Había aprendido el

significado de la mortalidad. Esa cautela también había evitado que se metiera en relaciones personales que podrían dañarle los sentimientos. Por eso, no apagó el motor y tomó los prismáticos para verla desafiar al peligro porque creía que era inmortal. Tenía que olvidarse de ella y de ese incidente.

Jasmine llegó a lo alto de la isla con poco tiempo. Esos muchachos habían alquilado la embarcación durante dos horas. Como tenían sitio, había ido a la isla con ellos y se había alegrado de no tener que guiar ella una lancha. Esa sería la única ocasión que tendría de hacer fotos de la excavación antes de que le mandara los negativos a la editorial. Luego, el libro podría imprimirse a finales de mes. No era fotógrafa, pero eso daba igual siempre que las fotos salieran bien. Sin embargo, el encuentro con ese hombre en el embarcadero la había alterado. No se parecía nada a André, aquel francés que hablaba tan seductoramente. Había salido con él un tiempo cuando estaba en la universidad, hasta que se dio cuenta de que quería controlar su vida. Entonces, cuando ese desconocido con gafas de sol le advirtió sobre los peligros de saltar desde los acantilados, ella se acordó de André y la adrenalina se adueñó de ella para mal. A posteriori, se daba cuenta de que nunca había sido tan desagradable con un hombre. El problema fue que era impresionante con ese pelo moreno y despeinado, con esos rasgos fuertes y viriles y con esos pantalones cortos blancos que le colgaban de las caderas. La atracción que sintió fue una sorpresa tremenda. Por eso se indignó cuando él se equivocó sobre su motivo para estar allí. No era una jovencita absurda y él la había incluido en esa categoría. Él no sabía que a ella también le parecía que los saltadores estaban locos, pero tenía hermanos mayores y sabía que no había forma de pararlos si se encontraban con un desafío. Además, ese hombre no se había quedado en eso. Al mencionar a la familia, había tocado la fibra sensible de su remordimiento. ¿A santo de qué había insinuado que no le importaban? La intensidad de ese ataque había hecho que le lanzara pequeños insultos como dardos contra su ego, aunque no creía que los hubiese notado. Tenía treinta y pocos años, era delgado y fuerte y estaba casi segura de que nadaría más deprisa que un tiburón. También estaba casi segura de que podría conseguir a cualquier mujer que quisiera y de que no le hacía falta esperar una oportunidad en un punto remoto y solitario.

Durante la hora siguiente, se concentró en su tarea e intentó

olvidarse de ese encuentro. Cuando terminó, bajó otra vez al embarcadero y almorzó mientras esperaba a los demás en la embarcación. La lancha se había marchado hacía mucho tiempo. Se preguntó qué habría ido a hacer ese hombre, pero eso era lo de menos cuando seguía alterada por el enfrentamiento.

La primera embarcación se llenó y se marchó. Los otros muchachos llegaron corriendo poco después. Uno se había hecho un corte en la pierna y se lo habían vendado con una toalla, pero necesitaba asistencia médica. Cuando llegaron al embarcadero, donde ella había dejado su coche de alquiler, miró alrededor, pero no vio al hombre con el que se había insultado y se alegró de que no estuviera allí para verlos llegar con el muchacho herido. Podía imaginarse su gesto mientras lo montaban en la ambulancia.

Sin embargo, le pasaba algo si seguía pensando en él. Se montó en el coche decidida a olvidarse y se dirigió hacia Nicosia. Esa tarde tomaría el vuelo que la devolvería a Francia.

Mucho más tarde, cuando el avión empezaba a descender hacia el aeropuerto de Niza, ella cayó en la cuenta de que ese desconocido había hablado con un inequívoco acento de Niza. Se estremeció un poco al pensar que pudiera vivir allí, pero la probabilidad de que se topara con él era ínfima. Por segunda vez en el día, tuvo que preguntarse por qué le importaba cuando tenía cosas mucho más importantes en la cabeza y poco tiempo para hacer todo lo que tenía que tener hecho a mediados de verano.

Julio

Cuando sonó el teléfono a las seis y media de la mañana de un viernes, Jasmine estaba despierta, pero no se había levantado todavía. Para su asombro, había estado soñando otra vez con el desconocido de Yeronisos. Llevaba dos meses viéndolo de vez en cuando en la cabeza y estaba harta. La fantasía de volver a verlo era un disparate.

Afortunadamente, ese día cumplía veintiséis años, era el día que su abuelo y ella habían planeado minuciosamente antes de que él muriera. Podía dejar a un lado el recuerdo de ese hombre que la había perseguido en sueños y centrarse en problemas reales. Miró la pantalla del móvil. Como era de esperar, era Robert Lambert, el abogado de su abuelo.

–*Bonjour*, Robert.

–Feliz cumpleaños, Jasmine. Ya sé que es temprano, pero la

reunión es a las diez y no tenemos mucho tiempo.

–Estaré preparada.

Llevaba muchísimo tiempo preparándose para ese día.

–Perfecto. Según el deseo de tu abuelo, te entrevistarán en el laboratorio para las noticias de las seis de la tarde. Quería que se comunicara antes de que expirara el día.

–Estoy preparada.

Su abuelo no solo había detestado la publicidad, sino que nunca había permitido que un extraño pusiera un pie en su laboratorio. Que hubiese decidido que una televisión la entrevistara donde había trabajado toda su vida indicaba una intimidad entre él y su nieta que nadie podría pasar por alto.

–Reúnete conmigo a las nueve y media para que te comente una cosa más antes de que todos lleguen a las diez. ¿Tienes alguna pregunta más?

–No. Solo quiero darte las gracias por todo lo que has hecho y estás haciendo para ayudarme. No podría haberlo hecho sin ti, y mi abuelo lo sabía.

–Los dos echamos de menos a tu abuelo. Estoy seguro que estará feliz de que haya llegado este día, y por muchos motivos.

–Estoy de acuerdo. Hasta ahora.

Nada más colgar, el teléfono sonó otra vez. Miró la pantalla. Esa vez, eran sus padres. Sintió una punzada de remordimiento porque iba a pasar otro cumpleaños lejos de casa. Afortunadamente, sería la última vez.

–¿Mamá? ¿Papá?

–Soy tu padre, mi querida niña que cumple años. Te echamos tanto de menos que hemos reunido a toda la familia y hemos decidido ir a pasar el fin de semana contigo.

–¿Quieres decir que estáis aquí? –preguntó ella sin disimular el asombro.

–Sí. Los doce. Acabamos de aterrizar. Tu madre está ayudando a Melissa con Cory, si no, ya se habría puesto al teléfono. Tu sobrina de tres años no para quieta. Llegaremos a casa dentro de una hora.

Ella no podía asimilarlo. No sabían los planes tan minuciosos que habían hecho su abuelo y ella. No sabían que iba a asistir a una reunión del Consejo de Administración que iba a cambiar la historia. En vez de llamarlos cuando hubiese terminado, como tenía previsto, tendría que contarles, en cuanto llegaran a casa, el secreto que su abuelo y ella habían urdido.

–Estoy… Estoy deseando veros –replicó ella con la voz

temblorosa.

–No sabes ni la mitad, alhaja. Hasta dentro de un rato.

–Papá…

El amor y el remordimiento le atenazaron la garganta antes de que la llamada se cortara. La había llamado así desde que era muy pequeña. Lo que hacía que todo fuese tan complicado era que no siempre había estado en casa durante los acontecimientos importantes. Desde que sus abuelos murieron, ella había estado trabajando en secreto y en segundo plano para elaborar un perfume que salvara la empresa. Su abuelo le había hecho jurar que mantendría el secreto incluso a sus padres. Durante los últimos meses, se había sentido alejada de ellos, algo que no había pasado nunca. Su padre estaba especialmente molesto por su madre, quien la añoraba mucho y no entendía por qué había estado tanto tiempo sin ir por casa. Cuando colgaban, ella notaba la desgarradora decepción de su padre y eso la destrozaba.

Sin embargo, ya era su cumpleaños y todo iba a cambiar. Encauzaría ciertas cosas durante un mes y luego iría a casa con su familia y pasaría el resto de su vida demostrándoles cuánto les quería. Naturalmente, la idea de casarse con un cowboy era una fantasía, pero sí iba a volver a casa para siempre. Avisó al ama de llaves de que su familia se presentaría dentro de una hora y fue a ducharse. Ante su asombro, se acordó inesperadamente del comentario del desconocido sobre su falta de preocupación por su familia y el remordimiento la corroyó otra vez. Le sacaba de quicio que esos comentarios erróneos e injustificados siguieran atormentándola. No podía creerse que, después de dos meses, siguiera pensando en él cuando tenía que vestirse para ir a un Consejo de Administración. Nunca había asistido a uno, pero sabía que tenía que ponerse algo… conservador. El traje de chaqueta nuevo daría la imagen adecuada. No era informal ni excesivamente serio. Se recogería el pelo en un moño y se pondría los pendientes de perlas. Su abuela se habría vestido así para asistir a una reunión con su abuelo.

Luc se dio cuenta de que necesitaba olvidarse un poco de los asuntos bancarios y de que le apetecía relajarse el fin de semana. Sin embargo, cuando llamó a su amigo Nic Valfort para que salieran de pesca, se enteró de que estaba en Estados Unidos con su esposa y de que no volvería hasta pasados tres días.

Aun así, tenía que hacer algo para acabar con la obsesión que

sentía por la mujer de Yeronisos. ¿Por qué no podía quitársela de la cabeza? Había llegado a fantasear con ella, algo absurdo cuando sabía que no volvería a verla. Tenía que pensar en otra cosa y estar con Nic le habría ayudado. Se habían conocido en la universidad y habían sido amigos desde entonces, como sus abuelos, quienes habían tenido negocios en común. Entre el accidente de aviación que había marcado su vida y la tragedia que le había sucedido a la primera esposa de Nic, los dos habían conocido el dolor en distintos períodos de sus vidas. Le gustaba estar con Nic siempre que podían. Sin embargo, no se habían visto mucho desde que Nic se había casado otra vez. Su amigo estaba feliz con su nueva esposa estadounidense. Lo llamaría cuando volviera.

En cuanto a esa noche, había una fiesta con su familia para celebrar el cumpleaños de un primo. Iba a salir cuando lo llamó Thomas, su ayudante. Esperaba que fuese algo importante porque ya llegaba tarde.

–*Oui*…

–Acabo de recibir un aviso de nuestra sede en París. Enciende la televisión. ¡Deprisa!

–¿Más terrorismo?

–Esta noticia podría ser peor para nosotros dependiendo de las consecuencias.

Luc frunció el ceño, tomó el mando a distancia y puso el noticiario de las seis. Pagaba bien a Thomas para que se enterara de todo.

–Buenas tardes. Este viernes, el Chaine Huit de París nos ofrece una noticia que ya está haciendo que se tambalee el sector internacional de la perfumería. Hoy ha llegado un comunicado asombroso desde Grasse, la capital mundial del perfume, y la Bolsa está fluctuando a la baja.

La tensión hizo que unas arrugas se marcaran alrededor de la boca de Luc.

–La emblemática casa Ferriers ha dado un giro radical en la gestión durante las últimas veinticuatro horas.

¿Qué giro? Sintió un sudor frío. Nadie le había informado. La que había sido la empresa más rentable del sector de la perfumería también había sido uno de los clientes más importantes del banco desde hacía noventa años. Sin embargo, el líder de los Ferrier falleció hacía dos años y la empresa había empezado a tener menos beneficios. Unos meses después, su propio abuelo también falleció y él se convirtió en el consejero

delegado del banco. Aunque nadie lo sabía todavía, los informes trimestrales de ventas indicaban que los beneficios de Ferriers disminuían. No era algo totalmente alarmante todavía, pero él estaba preocupado. Su abuelo había sido el banquero de Maxim Ferrier y él se había hecho cargo de sus cuentas para maximizar los activos en una economía inestable. Ese había sido uno de los motivos para que viajara a Nicosia en mayo y volviera en junio.

Sin embargo, sin el liderazgo adecuado, le preocupaba el porvenir de una empresa que había sido parte esencial de la economía francesa durante casi un siglo. Si se hundía, la estructura económica del sur de Francia correría peligro y el banco sufriría las consecuencias.

–Hace dos años, cuando él tenía sesenta y ocho años de edad, el mundo perdió al perfumista más grande de nuestro tiempo, a Maxim Ferrier. Balmain, Dior, Givenchy, Guerlain, Estee Lauder, Rochas… Todas las grandes casas de perfumes lo consideraban un símbolo irrepetible. Desde su muerte, la empresa estaba dirigida por su familia y otros directivos que formaron el Consejo mientras él estaba vivo. Sin embargo, hoy se ha nombrado por fin a una nueva cabeza visible.

Él apretó los dientes. Como ya había comprobado, ninguno de ellos tenía el don del legendario perfumista. ¿A quién habrían encontrado para que diera un giro a las cosas? Nadie de ninguna casa de perfumes del mundo tenía el genio de Maxim Ferrier.

–¡Suéltalo! –le espetó Luc con furia e impaciencia al presentador del noticiario.

–Nuestra cadena es la primera en anunciar que Jasmine Martin, una completa desconocida, ha sido la elegida para llevar el timón. Es una soltera de veintiséis años sin currículum ni experiencia contrastada para ocupar ese puesto en la empresa valorada en miles de millones de dólares.

–¿Qué? –Luc se levantó de un salto sin poder creérselo.

–Es un acto sin precedentes porque solo dos hombres habían ocupado ese ansiado puesto en el imperio Ferriers; Maxim Ferrier y, antes que él, su tío Paul Ferrier, cuyo padre había tenido una plantación de flores al principio. En este momento, vamos a llevarlos al sanctasanctórum de la empresa en Grasse, a su laboratorio. Michael Didier, nuestro enviado, está allí para entrevistarla.

–Buenas tardes desde Grasse. Me han invitado a la habitación donde Maxim Ferrier en persona elaboró la famosa fórmula de Night Scent, un perfume que ganó todos los premios y sigue

siendo el más vendido en todo el mundo. Es un privilegio para mí y para todos los que están viéndonos. Todo el mundo está esperando a conocerla, Jasmine. ¿Puedo llamarla así?

–Naturalmente.

La cámara enfocó su rostro y Luc dejó escapar un grito

–¡No puede ser!

¡Era el precioso rostro que había visto en el embarcadero de Yeronisos! Tomó aliento para intentar asimilarlo. ¿La mujer que se había enfrentado a él antes de subir aquellos escalones para, seguramente, matarse era Jasmine Martin, la nueva consejera delegada de Ferriers? Se había imaginado que no volvería a verla, pero allí estaba, con esa belleza indómita con la que había fantaseado todas las noches. ¿Cómo era posible que la hubiesen nombrado precisamente a ella para ponerse al frente de una de las empresas más emblemáticas de Francia? Era una temeraria que había insinuado que él estaba envejeciendo antes de subir a un acantilado para saltar al mar. Se frotó la nuca con perplejidad. Era ilógico que una mujer a la que le importaba tan poco su vida dirigiera una empresa multimillonaria. Le parecía tan increíble que todo dejó de tener sentido. Esa tarde llevaba el pelo recogido detrás de la cabeza. En vez de llevar una camiseta y biquini, se había puesto un traje color melocotón que resaltaba su fantástica figura. Detrás de ella había cientos de frascos en filas que le recordaron a la tienda del mago de la película de Harry Potter, que había visto con dos de sus sobrinos. Sin embargo, las pociones que esa mujer tenía detrás habían obrado su magia en el mundo de la cosmética y habían dado beneficios valorados en miles de millones de dólares.

–Tengo muchas preguntas, pero hay una que todo el mundo se hace por encima de las demás. ¿Cómo te han elegido de entre todas las personas y siendo tan joven?

Ella esbozó una sonrisa traviesa y él se quedó sin respiración. El recuerdo de su acalorada discusión lo había dejado en vela desde que volvió. Tenía veintiséis años, más de lo que él se había imaginado, pero, aun así, le indignaba que lo hubiese acusado de querer ligar con ella.

–Vas a conseguir tu primicia, Michael.

Ella bromeó con esa madurez atrevida que contrastaba con su falta de juicio en lo que se refería a su seguridad. Tenía un brillo en los ojos azul oscuro. Cuando se conocieron, ella llevaba gafas de sol. Tuvo que reconocerse que nunca había visto tanta naturalidad ante una cámara.

–Soy la nieta menor de Maxim Ferrier.

¿Su nieta? El famoso entrevistador se quedó tan atónito como él.

–Como fui la última de sus veintiún nietos, me puso el apodo de Jasmine, o sea, «jazmín». Es la última flor que se recoge en octubre. Decía que era su flor favorita porque tiene un olor cautivador. Aunque mis padres me llamaron Blanchette, como mi madre, me quedé con su nombre.

–Sigue hablando –Michael sacudió la cabeza–. No voy a interrumpirte porque estoy mudo y fascinado, y sé que todo el mundo también lo está.

Ella se rio con delicadeza y le llegó muy dentro a él, que no podía creerse ni entender nada.

–Yo estaba siempre cerca de mi abuelo. Me parecía un mago y yo fingía ser su aprendiz. A él no parecía importarle.

–Evidentemente –intervino el periodista–. Cuéntanos por qué crees que te eligió para dirigir la empresa.

–Una vez me dijo que era la única que tenía nariz. Según él, ni ninguno de sus hijos ni ninguno de sus nietos la tenía. Yo creí que se refería a que tenía una nariz grande, como un caballo. Me dolió tanto que me marché llorando del laboratorio. Él no sabía cuánto lo quería, pero me quedé espantada de que pensara que era fea.

El entrevistador se rio, pero a Luc se le formó un nudo en la garganta. Los niños se lo tomaban todo al pie de la letra, él lo había aprendido con sus sobrinos.

–Entonces, fue a buscarme y me explicó lo que quería decir. Me dijo que yo era tan lista que él había creído que sabía lo que era tener nariz. Me dijo que tenía una nariz preciosa, como mi abuela, pero que él se refería a que, después de sesenta años, otra perfumista había nacido en la familia, alguien, como él, que podía distinguir los olores. Esa persona era yo, y él estaba entusiasmado.

–No me extraña que te nombrara para sucederlo –replicó Michael con una sonrisa.

–Yo sigo sin creérmelo y todavía estoy intentando hacerme a la idea. Nadie podría ocupar su puesto. Me parece increíble que él creyera que yo sí puedo.

–Tampoco me extraña que estés estupefacta –comentó el periodista antes de mirar a la cámara–. *Mesdames et messieurs,* ni en cien años se podría crear una historia de Cenicienta tan inusitada como esta. Me encantaría tener más tiempo para la entrevista. Antes de que tengamos que terminar esta parte, háblanos un poco de tu abuela. Sabemos que fue una belleza hasta

que falleció y que no solo fue una esposa incondicional, sino que también fue una gran intelectual autora de varios libros.

–Sí, era fabulosa.

–De niña sabrías que la prensa internacional los consideraba la pareja más hermosa del mundo. Los franceses los llamaban el Charles Boyer y la Marlene Dietrich de los tiempos modernos. La prensa estadounidense decía que él era más apuesto y sofisticado que Cary Grant, y a ella la han comparado con Grace Kelly y la princesa Diana. ¿Qué puedes decir tú, Jasmine?

–¿Qué puedo añadir? Eran hermosos para esa época, por dentro y por fuera. Ella lo amaba muchísimo y murió tres meses después que él.

A Luc le fastidiaba tener que reconocerlo, pero estaba hechizado por ella y sabía que el entrevistador también lo estaba.

–Después de este programa, todo el mundo dirá que has heredado su belleza.

–Ninguna mujer podría compararse a ella. Si hubieses oído a mi abuelo… Si hay un hombre que haya amado a una mujer…

Él captó el temblor de su voz y no pudo evitar conmoverse por su humildad. Nunca se lo habría imaginado después de aquel encuentro explosivo en Yeronisos. A no ser que estuviese actuando, y si estaba haciéndolo, era la mejor actriz que había visto en su vida.

–¿Es verdad que él nunca concedió una entrevista?

–Sí. Le disgustaba cualquier tipo de publicidad. Yo estoy concediendo esta única entrevista porque la prensa ha perseguido a nuestra familia durante años. Las expresiones de dolor por sus fallecimientos han sido tan emocionantes y abrumadoras que he querido agradecerlas a través de tu programa.

–Para mí es un honor personal, Jasmine. ¿Sería muy impertinente por mi parte preguntarte si hay algún hombre especial en tu vida?

–Ya que lo preguntas con tanta amabilidad, te diré que sí, que lo sería.

Sin embargo, ella lo dijo con una sonrisa ligeramente burlona que hizo que se le revolvieran los sentimientos al acordarse de lo que ella había dado por supuesto de él, erróneamente. El periodista se repuso enseguida, pero pareció abochornado.

–Mensaje captado. ¿No fue tu abuelo quien acuñó la frase: «La Provenza es el jardín de Dios»?

–¡No!, pero me expresó muchas veces ese mismo sentimiento.

–Mientras hablabas, he encontrado otro episodio en el libro de

tu abuela en el que cita a tu abuelo. «El jazmín parece una flor hecha para la nostalgia. Crece en las puertas y su olor se eleva por encima de los arcos para unirse a la intimidad del hogar. Empieza a florecer cuando los días son más cálidos y suelta el olor a la hora de poner la mesa en el jardín o en senderos estrechos. Se la asocia con la melancolía del crepúsculo y con las tardes de verano en compañía. Su fragancia empapa el aire y se convierte en un telón de fondo para el amor».

–Lo recuerdo diciendo esas palabras –ella se aclaró la garganta–. Creo que mi abuelo tuvo una historia de amor con las flores durante toda su vida.

Luc se sintió desconcertado y nervioso al ver la entrevista. La mujer que él conoció hacía dos meses no se parecía en nada a la flor que acababan de describir.

–Para quienes no lo sepan todavía, el libro que escribió la abuela de Jasmine, *Cuando el río suena,* es la obra definitiva para conocer el trabajo de Maxim Ferrier. Se ha publicado una segunda edición con información sobre la nueva dirección de Ferriers y mañana estará en las librerías. Cuando se publicó la primera edición, fue el libro más vendido en todo el mundo, y confieso que a mí me cautivó.

–Gracias. Mi abuela le dedicó varios años. Cuando murió mi abuelo, ella lo publicó en su honor.

–Nadie lo conoció mejor que ella, seguida de cerca por ti.

Luc volvió a ver esa leve sonrisa que le recordó a la sonrisa que le dirigió a él antes de marcharse. Algo le atenazó las entrañas como entonces.

–Leeré un último fragmento en el que tu abuela cita a su marido. «Un perfume excepcional tiene una nota inicial que seduce, una nota media y profunda que le da carácter y una nota final que le otorga la solidez que se necesita para ser duradero e inconfundible». Era un poeta, ¿no?

–Mi abuelo era muchas cosas. No sabría por dónde empezar.

–Me encantaría poder seguir, pero gracias por dejarnos entrar en tu mundo. Ha sido un honor y un privilegio.

–También lo ha sido para mí.

–Enhorabuena por tu cargo, concedido por el gran hombre en persona. Es un gran respaldo, ¿no? –Michael se giró hacia la cámara–. Esto es todo desde Grasse, devuelvo la conexión a París.

Luc apagó la televisión sin salir de su asombro. Habían soltado una bomba y todavía estaba intentando reponerse. Fue de un lado a otro y se dio cuenta de que tendría que tratar con ella. El

corazón le dio un vuelco solo de pensarlo. Una vez hecho público, podría pasar cualquier cosa y seguramente ya había pasado entre las puertas de Ferriers. No podía imaginarse a los integrantes del Consejo de Administración, que le doblaban o triplicaban la edad, y que casi todos eran de la familia, permitiendo que esa nieta se pusiera al frente de la empresa. Si supieran lo que él sabía… Eso era nepotismo puro y duro. O Maxim Ferrier sufría senilidad al final de sus días o ella lo había engatusado porque había heredado su don. Sin embargo, ese don no significaba que tuviese la capacidad necesaria para dirigir una de las empresas más famosas que había. No se había mencionado su formación, no tenía experiencia y, para él, tampoco tenía sentido común.

El Consejo de Administración tenía que opinar lo mismo que él y pronto encontraría la manera de destituirla. Sin embargo, y hasta entonces, él tendría que tener mucho cuidado cuando tuviera la primera reunión de trabajo con ella, y la verdad era que no podía imaginársela después del encuentro en la isla.

–Luc…

Thomas había entrado hacía un buen rato sin llamar, pero Luc lo entendió. Su ayudante estaba aturdido.

–No había visto ni oído nada tan increíble en mi vida.

–No eres el único, Thomas.

–Es más hermosa que su abuela, si eso es posible.

Era posible. Su imagen al pie del acantilado lo perseguía a todas horas. Sin embargo, tenía unas imperfecciones que la cámara no había captado y que podían suponer más problemas para Ferriers.

–Sigo sin poder creérmelo. Es posible que sea la favorita de Maxim Ferrier y que valga muchísimo, pero parece demasiado joven e indefensa para ganar la batalla a quienes levantaron la dinastía y la triplican en edad y experiencia.

Luc habría pensado lo mismo si no hubiese sido la víctima de sus palabras, que podían despedazar a un hombre en cuestión de segundos. Su ayudante no la consideraría indefensa si la hubiese visto ascender por aquella isla rocosa con aquellas piernas impresionantes y con la fuerza y agilidad de un comando especial del ejército.

–Esto significa que de ahora en adelante tendrás que reunirte con ella en vez de con Giles LeC…

Luc lo detuvo porque no quería oírlo. Antes, necesitaba tiempo para asimilar la noticia.

–Llego tarde a una fiesta y tengo que darme prisa. Hasta el

lunes.

Se marchó por la salida que daba a un pasillo que conducía al aparcamiento privado. Desde el incidente en Chipre, había dominado la tentación de descubrir quién era. Una llamada a la empresa que alquilaba las embarcaciones le habría dicho lo que quería saber, pero había conseguido contenerse. Gracias a Dios, no había permitido que las ganas de verla y dejarle claras algunas cosas fuesen mayores que su cautela innata. El banco no podía permitirse perder una de sus mayores cuentas desde su fundación. Independientemente de la acritud de sus palabras, independientemente de que la considerara frívola por querer arriesgar su vida a cambio de un poco de emoción, independientemente de lo decepcionado que se sentía con Maxim Ferrier por poner a una irreflexiva como ella al frente, solo podía observar la catástrofe que se fraguaba y despreciarse a sí mismo por sentirse más atraído que nunca.

Capítulo 2

El miércoles por la mañana, Jasmine despidió a su familia en el aeropuerto de Niza. Les había prometido que al cabo de un mes volvería a Idaho. Antes de que se montaran en el avión, el dolor que vio reflejado en los ojos de sus padres le había indicado que no creían que fuese a cumplir su palabra. Esa mirada había sido como una puñalada.

Ellos no sabían que lo que había descrito el viernes por televisión pertenecía al pasado. Sus abuelos habían fallecido. Cuando hubiese cumplido las últimas voluntades de su abuelo, voluntades que solo sabían el abogado de su abuelo y ella, nada más la retendría en Francia. Sin embargo, ellos no creerían que realmente quería volver para siempre hasta que hubiese llevado a cabo lo planeado y hubiese vuelto a Idaho. Después de asegurarles que estaría a tiempo de celebrar el trigésimo aniversario de su matrimonio, en agosto, se dirigió hacia el Banque Internationale du Midi con un agujero cada vez mayor en el estómago.

–Abuelo… –dijo en voz alta al aire, que cada vez estaba más caliente por el sol de julio–. Ya he llevado a cabo nuestra primera parte del plan en televisión. Ahora, espero superar la segunda parte, pero estoy nerviosa. Si me encuentro con problemas, necesitaré tu ayuda o no podré poner en marcha la tercera, ¿me oyes?

El comunicado de prensa del viernes había revolucionado a todo el clan Ferrier, como ella había sabido que ocurriría y como su abuelo había sabido que ocurriría cuando Robert hubiese leído el testamento en el Consejo de Administración. Ella sabía que algunos, entre ellos consejeros que no eran de la familia, habían esperado que los nombraran sucesores cuando se leyera el testamento. Últimamente, no lo habían disimulado.

A la madre francesa y al padre estadounidense de Jasmine, además de a sus hermanos, se los conocía como la facción americana y no querían participar en la empresa. Sin embargo, todos los demás Ferrier vivían en Francia y vivían para impulsar la empresa. Algunos se habían asentado en París con puestos clave, pero el resto nunca había abandonado los alrededores de

Niza, donde estaba Grasse. Todos trabajaban para Ferriers.

En un principio, había una pequeña fábrica en Grasse. Con el tiempo, treinta destilerías se repartieron por las regiones de los Alpes Marítimos y los Bajos Alpes. Su abuelo tenía un pequeño laboratorio en Grasse y acabó dividiendo su tiempo entre la perfumería de Hyeres y la de París. Poco a poco, la empresa fue creciendo hasta que construyó la gran sede de Grasse. Naturalmente, todos en esa amplia familia tenían un interés enorme en todo lo que pasaba. Ella los quería a todos. Eran personas maravillosas, pero cuando una familia tenía que gestionar una empresa con la historia y el patrimonio de esa, las emociones entraban en juego. La envidia, el orgullo e incluso la codicia habían salido a la luz.

Oír que había nombrado a Jasmine, una mujer, la más joven e ínfima de la familia como había dicho Michel Didier, tenía que haber sido el más bajo de los golpes. Su abuelo había sido un hombre muy reservado y era muy propio de él ocultar sus planes hasta que su gran deseo se había convertido en un hecho consumado. Como también era el hombre más amable, ilustrado y generoso que había conocido, ella se había tomado en serio sus confidencias. Sabía que contaba con ella.

Aunque su abuelo se daba cuenta de que todos se sentirían dolidos y molestos por un motivo o por otro, tenía un objetivo más noble en mente y estaba utilizando a su nieta para corregir una injusticia que duraba desde que él era un niño pequeño que se había criado en La Tourette, la casa de los Ferrier en Grasse. La reacción adversa de su familia por el nombramiento no era nada en comparación con lo que se avecinaba. Se le empeñaron los ojos.

–No te decepcionaré, abuelo.

Se dirigió en su Audi hacia el distrito financiero de Niza. El banco con el que había trabajado la Casa Ferrier toda su existencia estaba en lo que había sido un palacio neoclásico de color crema rodeado de palmeras y flores exóticas. Esa visita era crucial. No se podía llegar a nada sin la ayuda del banco. Tenía que conseguir que su consejero delegado se pusiese de su parte.

Aparcó en la zona reservada para el público, tomó la carpeta que había llevado y entró por la puerta principal. Un guarda de seguridad se dirigió a ella.

–¿Puedo ayudarla en algo?

–He venido a ver al señor Lucien Charriere por un asunto urgente.

–¿Tiene cita?

–No, pero espero que encuentre un hueco en su ocupada agenda para recibirme.

Su abuelo siempre había tratado con Raimond Charriere, pero Giles LeClos, el interventor de Ferriers, le había contado que falleció unos meses después que su abuelo y que su nieto Lucien había tomado las riendas.

–Me temo que será imposible que la reciba si no tiene cita. Si llama a su despacho, su secretario podrá ayudarla.

–Lo siento, pero el motivo de mi vista no puede esperar. Si es tan amable de comunicarle que Jasmine Martin, de Ferriers, está en el vestíbulo, esperaré lo que haga falta.

El nombre Ferrier hizo que el hombre cambiara de expresión. Sacó un teléfono y habló en voz baja con la persona que contestó.

–Alguien la atenderá enseguida. No sabía quién era.

–Es muy comprensible.

Un minuto después, oyó su nombre y se giró hacia el hombre que acababa de llamarla.

–Soy Thomas, el ayudante del señor Charriere –se presentó él mirándola con un evidente interés masculino–. Si me acompaña, la llevaré a su despacho. Está hablando por teléfono. Es una llamada internacional, pero terminará enseguida.

–Gracias.

Recorrieron un pasillo con suelo de mármol hasta unas habitaciones modernizadas, aunque no podían disimular que el edificio había sido una residencia de la Casa de Saboya. La puerta doble del despacho se abrió antes de que llegaran y vio la silueta de un hombre alto, de treinta y tantos años que le recordó al… ¡al ligón del embarcadero de Yeronisos!

–¡Usted!

Se quedó pasmada al verlo allí y al darse cuenta de quién era. Su fantasía se había hecho realidad. ¿Cómo era posible? Estaba impecablemente vestido con traje y corbata, aunque parecía como si se hubiese pasado una mano por el pelo muchas veces. Además, necesitaba otro afeitado y eran las once de la mañana. Sabía cómo era debajo de esa ropa. Delgado, pétreo, con una mirada ávida y una boca y una nariz irresistibles. Tenía ancestros ligures que le habían dado esos ojos negros como el carbón, y que no pudo ver entonces por las gafas de sol. Una mujer no podría llamarse mujer si no se fijaba en él. Ella se había fijado en él y no había vuelto a ser la misma. Como comprobó en la isla, él destacaba, fuese en una multitud o solo. Se acordó de la descripción de su abuela

sobre la primera vez que vio a su marido. «Tenía delante a un hombre alto, esbelto, bronceado, con unos ojos negros y penetrantes y el pelo del mismo color. Era tan apuesto que me dejó sin respiración».

El agujero del estómago se hizo más profundo cuando la miró de arriba abajo y todas las células femeninas de su cuerpo se estremecieron. Podía notar que seguía enfadado por los insultos de ella, pero ella también estaba enfadada por los de él. Había temido que el nieto de Raimond Charriere fuese un hueso duro de roer, pero había ido preparada para que no pudiera negarse a su petición. ¿Cómo iba a haberse imaginado que el consejero delegado del banco más importante del sur de Francia fuese el mismo hombre al que había acusado de estar al acecho para ligar a jóvenes incautas?

Dejó escapar un gemido. Podía acudir a otros bancos, pero Ferriers había trabajado con ese banco desde el principio y quería que ese hombre la ayudara por encima de todo. Si no, su plan podía quedar en agua de borrajas y todo se echaría a perder. ¡No podía permitirlo! Tenía que encontrar una solución, aunque la sonrisa gélida de él le indicaba que no iba a tener compasión.

–A juzgar por su silencio, observo que no esperaba que hubiese sobrevivido a la excursión a Yeronisos.

Él entrecerró los ojos.

–A juzgar por su forma de mirarme, observo que también le sorprende que, a pesar de los tiburones, consiguiera llegar hasta la costa en la lancha alquilada.

–Debería haber pedido una cita –comentó ella al darse cuenta de que había empeorado las cosas.

–Sin embargo, como ya ha demostrado –él arqueó una ceja–, le gusta vivir al límite y no me sorprende que no siguiera los cauces normales. Me costó reconocerla durante el programa de televisión del viernes por la tarde.

Ella notó que se abrasaba. Jamás se había sonrojado, pero siempre había una primera vez.

–Solo puedo preguntarme qué más puedo esperar –añadió él con una voz profunda.

–¿Cree que podríamos empezar otra vez desde el principio? –preguntó ella.

Él se había puesto en jarras con una actitud netamente masculina.

–No estoy seguro. Si dijese que es un placer conocerla, ¿daría por supuesto que una de mis actividades sedentarias es atrapar

mujeres incautas que han tenido la desdicha de entrar en la guarida de este anciano?

Él quería que se disculpara y ella también, pero como había sido ella quien había acudido con una misión desesperada, le correspondía cauterizar la herida antes de que se desangrara.

–Lamento mi reacción en la isla. Tenía razón sobre el peligro. Uno de los chicos se hizo un corte en una pierna y hubo que llevarlo al hospital en ambulancia.

La mirada implacable de él empezó a suavizarse.

–Afortunadamente para Ferriers, su nueva consejera delegada sobrevivió para contarlo.

–Sinceramente, no creí que fuese un depredador, pero sus suposiciones, sobre todo que no pensara en la familia que me quería, hicieron que dijera cosas que me asombraron incluso a mí.

Él clavó sus ojos negros en ella como si sopesara su sinceridad.

–Reconozco que, llevado por mi preocupación por su seguridad, fui un poco áspero.

¿Un poco...? Cuando él le tendió la mano, ella no tuvo más remedio que estrechársela. Naturalmente, agradeció el gesto porque lo necesitaba de su lado, pero, cuando sintió su piel, una oleada ardiente se adueñó de ella y le desequilibró las emociones.

–Por favor, señorita Martin, entre y siéntese.

–Gracias, pero tengo que pedirle un favor antes.

–Dejaré la puerta abierta –murmuró él con ironía.

–Creía que había aceptado mis disculpas –replicó ella conteniendo otra ironía.

Él esbozó una sonrisa que no tenía nada de gélida.

–Las he aceptado. ¿Cuál es el favor?

–No quiero que nadie de Ferriers sepa que estoy aquí.

Él asintió con la cabeza después de pensarlo un momento.

–De acuerdo. Me ocuparé.

Él se marchó y ella cruzó la alfombra oriental para sentarse en una de las dos butacas azules que había junto a una mesita baja. Era una habitación elegante y de buen gusto. Oyó que se cerraba la puerta y él se acercó con la cabeza ladeada.

–Ya no tiene por qué preocuparse. ¿Quiere un té o un café? ¿Prefiere un refresco?

–Nada, gracias.

Estaban midiéndose. Él sacó una mano del bolsillo y se sentó enfrente de ella. No tenía anillos en ninguna de las manos.

–Enhorabuena por su nuevo cargo. Me atrevo a decir que es la consejera delegada más famosa de la historia moderna de Francia.

A ella no le pasó desapercibido el tono ligeramente cáustico. Ya había aprendido que era un hombre que decía lo que pensaba, pero no sabía si eso era bueno o malo para la impresión que iba a llevarse.

–Gracias, pero no seré la consejera delegada durante mucho tiempo.

–No puedo decir que me sorprenda –replicó él con una delicadeza sofisticada–. No me interprete mal, por favor, pero después de que la presentación en televisión dijera que no tiene experiencia ni currículum, supongo que al Consejo de Administración la costará cumplir el deseo de su abuelo, aunque él la eligiera personalmente como sucesora.

No se había esperado que dijera eso tan pronto y fue ella quien se quedó boquiabierta, no él. Sin embargo, no se ofendió. Él estaba acostumbrado y sabía cómo se hacían las cosas en las altas esferas. Se estremeció al darse cuenta de que no era el presidente del banco por nada. Su batalla contracorriente había empezado.

–Efectivamente –reconoció ella–. Giles LeClos ha convocado otro Consejo para votar dentro de dos semanas. No me deja mucho tiempo para llevar a cabo lo que hay que hacer. Por eso era urgente que lo viera hoy. Le agradezco que me haya recibido sin avisarle antes.

Él se inclinó hacia delante.

–Comprenderá que la relación de su empresa con nuestro banco durante tantos años le permite tener acceso inmediato si es necesario. Me alegro de que haya venido esta mañana. Esta tarde me marcharé de la ciudad por trabajo y ha sido providencial que estuviera aquí para esta reunión de emergencia.

–Eso es lo que es y se lo agradezco muchísimo –ella se mordió el labio inferior–. Para empezar, esto tiene que quedar entre nosotros dos y nadie más. Sé que se ha reunido con Giles LeClos, quien ha estado al mando desde la muerte de mi abuelo. Sin embargo, no debe saber que he estado aquí o pensará que actuó a sus espaldas. Lo sabrá en su momento, pero no todavía. ¿Puede prometérmelo?

Él se dejó caer contra el respaldo y la miró con una intensidad que hizo que le pareciera que podía ver su alma.

–Siga.

Ella tuvo que tomarlo como un sí.

–Verá… No tiene sentido andarse con rodeos. La empresa de mi abuelo se ha gestionado mal desde su muerte y ahora tiene un problema considerable. Pretendo salvarla, pero voy a necesitar su

ayuda.

–¿Quiere decir que piensa sacarla del atolladero en dos semanas? –preguntó él con incredulidad, no burlándose–. ¿No es un poco ambicioso aunque tenga la nariz de Maxim Ferrier? –ella hizo una mueca de disgusto–.Ya sé que suena despiadado, pero usted nunca ha dirigido una empresa y el banco ha seguido alargando el crédito hasta que ha llegado al límite.

–Lo sé muy bien.

–Entonces, también sabrá que ya no podemos hacer nada más por ustedes. Es posible que otro banco esté dispuesto a concederles otro crédito, pero sería una decisión imprudente. Aparte de que sus beneficios están disminuyendo con pocas esperanzas de que vayan a remontar, no hay nadie al frente que transmita la confianza necesaria para correr ese riesgo financiero. Por favor, no se lo tome como un ataque personal contra usted.

–No lo hago. Si yo estuviese en el Consejo, tampoco me fiaría de mí, de una alocada que salta desde los acantilados, que no sabe nada de empresas, que está tan malcriada por los millones de dólares que no sabría lo que es una nómina ni aunque la viera y que no da la talla, ¿verdad?

–Eso lo ha dicho usted, no yo.

–Le creo, pero esperaba que, por la relación que su banco y Ferriers han tenido durante noventa años, encontrara un momento para permitirme que le hiciera una propuesta.

Esa vez, los ojos de él dejaron escapar un destello y ella supo que lo había sorprendido.

–No del tipo que está pensando, si estuviese pensándolo –añadió ella–. Tengo que hablar con usted sobre algo muy urgente, pero llevará algún tiempo. No podemos hablarlo cuando tiene que marcharse. ¿Podría ir mañana o el viernes al laboratorio de mi abuelo en Grasse? Es vital, o no se lo pediría.

Ella contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta. Casi podía oír cómo lo pensaba.

–Tendría que ser el viernes a las cuatro y media o cinco. Podría concederle media hora, después, tengo otros planes.

Ella sintió un alivio inmenso.

–Gracias por acceder a reunirse conmigo. Es más de lo que me merezco –Jasmine se levantó–. El laboratorio es el edificio pequeño que hay en el lado sur. Solo tiene que llamar y le abriré –ella le dio un papel con su número de teléfono–. Hasta pronto.

El viernes a las cuatro, Luc salió de su despacho y se dirigió hacia Grasse en coche. Durante esos dos días, había tomado el teléfono una docena de veces para llamarla y cancelar la visita. El temblor de su voz cuando le dijo que era muy urgente le había perturbado el sueño. Era un necio por reunirse con ella. Daría una esperanza que no existía, pero sería una grosería no aceptar esa petición después de la relación que habían tenido las dos empresas durante tanto tiempo, como había dicho ella. Su abuelo adoraba a Maxim Ferrier y habría hecho un esfuerzo antes de rechazar a su nieta. Él podía hacer lo mismo.

Era mentira y sabía muy bien por qué estaba superando el límite de velocidad para llegar allí.

Al cabo de unos minutos, tomó el desvío para dirigirse hacia la empresa de perfumería y la rodeó hacia el sur, donde vio el laboratorio y un Audi rojo aparcado en la puerta. Había incluido su número en el teléfono para no perderlo, llamó y ella contestó a la tercera señal.

–Buenas tardes. No puedo expresarle lo que significa para mí que haya venido –a él le pareció que lo decía con sinceridad aunque no sabía qué podía hacer por ella–. Cada vez que sonaba el teléfono, temía que fuese usted para cancelar la reunión. Voy a abrirle la puerta.

Se bajó del coche, oyó un cierre electrónico y ella apareció con una bata blanca que no podía disimular su maravillosa figura. Las manchas que tenía parecían recientes.

–Adelante.

Había unas ventanas abiertas en lo más alto de la habitación, pero estaba casi en penumbras. Ese era el sanctasanctórum de Maxim Ferrier. Se parecía a los laboratorios de química de los colegios de la década de 1950 y olía igual. Había una mesa de trabajo en el centro y tres de las paredes estaban llenas de baldas con frascos, como vio en la televisión. Ella le señaló un asiento giratorio, la única concesión a la decoración moderna. Estaba delante de una vieja mesa de roble llena de libretas apiladas que estaba puesta contra la pared. Encima había dos diplomas enmarcados de la Facultad de Química de la Sorbona de París. El más antiguo, amarillento ya, llevaba impreso el nombre de Maxim Tricornot Valmy Ferrier. El más reciente y blanco lucía el nombre de Jasmine Ferrier Martin y un lazo que decía: *Cum laude*. Tragó saliva cuando se dio cuenta de lo que significaba. Nadie que no tuviera dos dedos de frente se merecería eso.

–Tenía dos motivos para traerlo aquí. El primero era que

quería que viera dónde trabajo y deshacer algunas ideas falsas sobre mí. He trabajado durante años junto a mi abuelo, y en segundo plano, cuando no estaba en la universidad. Me pagaba un sueldo ingresando el dinero en un fondo para que pudiera disponer de él. Siéntese, por favor, señor Charriere.

–Luc –replicó él con serenidad.

–Luc –corrigió ella–. Tampoco me gustan los formalismos. Llámame Jasmine.

–Supongo que ahora es cuando tengo que tragarme mis palabras.

–Te equivocas. No quiero desquitarme. Soy sincera cuando digo que te necesito. Solo pido que me escuches sin prejuicios. Cuando me hayas escuchado, si sigues sin ver una solución, no volveré a pedírtelo.

–Me parece justo.

–Gracias –ella tomó aliento–. Cuando tuvimos el encontronazo en Yeronisos, yo había tomado la embarcación con aquellos chicos para no haber tenido que ir sola. Iba a sacar unas fotos de las excavaciones. Nunca he saltado de un acantilado ni nunca haré algo así de peligroso. Yo también pensaba que eran unos estúpidos y que podía pasar algo, como pasó.

Luc ya estaba tragándose un montón de palabras.

–El libro de mi abuela iba a reeditarse el día siguiente a que yo cumpliera veintiséis años. Ella era arqueóloga aficionada y había escrito una parte sobre sus viajes. Había perdido las fotos que mi abuelo y ella habían sacado en Yeronisos y, naturalmente, no se habían incluido en la primera edición. Por eso fui, para sacar algunas y que las incluyeran en la segunda. El abuelo y ella habían ido para buscar la tumba de Cleopatra. El lugar de esa tumba, cerca de Alejandría, todavía no se ha encontrado.

–Lo sé. Yo también la he buscado.

–¡Por eso estaba allí ese día! No lo entendía.

–Me interesa la arqueología egipcia y, después de resolver unos asuntos en Nicosia, fui allí por la mañana antes de volver a Niza. Pensé que era posible que Marco Antonio y ella estuviesen enterrados en Yeronisos, debajo del templo de Apolo, pero no vi ningún indicio de una cripta.

–Me temo que sigue siendo un misterio.

Él la miró fijamente.

–No tenía ni idea de que la próxima consejera delegada de Ferriers era la que subía a aquellos acantilados como una de esas guerreras que aparecen en la mitología griega.

–Si hubiese sabido que dos meses después iba a tener que venir a rogarte, yo…

–Tú habrías reaccionado igual –terminó él.

Ella esbozó una leve sonrisa con su maravillosa boca.

–Mi padre y mis hermanos me enseñaron pronto a defenderme.

–Diles que lo han hecho muy bien. Me duele tener que reconocer que me impresionó lo bien que te defendiste. Casi conseguiste que me creyera que era un pervertido.

Era un misterio absoluto para él. Había visto cómo había desarmado completamente al entrevistador, en vez de lo contrario. Michel Didier se había quedado mudo incluso cuando le había preguntado por su vida amorosa. Jasmine Martin era nieta de Maxim Ferrier por algo. Él tenía la sensación de que, después de todo, había heredado la astucia empresarial de su abuelo, si no, él no la habría elegido como su sucesora. La observó mientras iba de un lado a otro antes de mirarlo.

–Es verdad que no tengo años de experiencia, pero sí tengo algo que no salió por televisión. La plena confianza de mi abuelo.

–Lo dejaste claro durante la entrevista.

–Pero lo que oíste tiene poco que ver con el motivo para que me pusiera al frente de la empresa. No fue porque hubiese heredado su nariz. Por cierto, la mía no se parece nada a la suya. Solo nació un Mozart. Mi abuelo me necesitaba para que hiciese algo que él no podía hacer mientras estaba vivo.

A esas alturas, Luc estaba tan intrigado y nervioso que se levantó.

–Sigue.

–Perdona si estoy tardando demasiado en llegar al asunto, pero es necesario para que lo entiendas. Mis abuelos tenían dos residencias. Un rancho en Estados Unidos, donde nació mi madre, y la casa familiar de los Ferrier en Grasse. Tuvieron cuatro hijos, dos chicos y dos chicas. Todos están en el Consejo, menos mi madre, que es la menor. A ella le encantaba el rancho y no tenía mucho interés por la perfumería. Acabó casándose con mi padre, un cowboy de Idaho que tenía un rancho cerca. Mi hermano mayor vive en la casa original del rancho. Mi otro hermano se construyó una casa en los mismos terrenos. Somos una familia feliz.

–Supongo que eso explica aquel comentario tan raro sobre el «francés» –aventuró Luc.

–Puede decirse que sí. Los hombres estadounidenses son muy

distintos a los franceses y he conocido a dos franceses que no me han caído muy bien, de ahí el comentario. Sin embargo, volviendo al asunto, yo nací en el rancho y era la tercera y última de los hijos. A mis hermanos y a mí nos encantaba vivir allí, pero, cada vez que la familia viajaba a Grasse para visitar a mis abuelos, yo venía a curiosear por el laboratorio y las cosas de mi abuelo. Si mis padres o mi abuela no podían encontrarme, era porque estaba con él oliendo las tiras de papel que preparaba. No quería casas de muñecas ni nada parecido. Por decirlo de alguna manera, este laboratorio era como mi casa del árbol. Me encantaba cuando me llevaba a dar un paseo a última hora de la tarde. Decía que era la hora perfecta para oler la fragancia del aire. Entonces, me contó que estaba creando un perfume nuevo. Yo también quería crear uno y él me dio ideas. Estaba fascinada. Teníamos un juego. Me examinaba para ver si yo descubría al aceite esencial o el producto químico que estaba utilizando. Yo me quedaba despierta hasta muy tarde con las tiras de papel que había empleado. Lo estudiaba todo para contestar a sus preguntas del día siguiente.

Él también estaba fascinado con todo eso. A los doce años, les pedí a mis padres que me dejaran quedarme nueve meses con mis abuelos y que fuese al colegio aquí. Mi madre los adoraba y entendía que me encantara estar con ellos. Para mi felicidad, accedieron, pero con la condición de que solo lo hiciese una vez porque, si no, me echarían de menos demasiado. Entonces, yo no entendí el enorme sacrificio que hicieron al dejarme vivir con mis abuelos. El junio siguiente, antes de que tuviera que volver a mi casa, mi abuelo me llamó y me sentó en esta mesa –ya tenía a Luc hipnotizado–. Entonces fue cuando me dijo que yo tenía la nariz. Sin embargo, también me dijo que tenía que mantenerlo en secreto, que cuando cumpliese veintiséis años me pondría al frente de la empresa. Además, si él moría antes de mi cumpleaños, dejaría instrucciones para que el Consejo me nombrara consejera delegada cuando tuviera esa edad. Hasta entonces, me animó para que estuviera a su lado siempre que pudiera. Yo creí que lo de ponerme al frente era una broma, no lo entendí, pero hacía que me sintiera especial y lo adoraba. Acabé quedándome con mis abuelos durante los veranos y las vacaciones. Mi abuelo me dejaba estar con él y me enseñaba a elaborar la receta de un perfume. Conocí a las personas que trabajaban con él, a los cultivadores, a los trabajadores de las destilerías, a los trabajadores de los almacenes… Me llevó de viaje con él y la abuela a Marruecos, a India y a Nicosia. Me enseñó la

diferencia entre los suelos de esos sitios y el de Grasse, donde crecen las flores más delicadas. También veíamos objetos antiguos allí donde íbamos. Yo no me cansaba nunca. Cuando terminé la universidad en París, me pidió que volviera a Grasse para trabajar con él. Solo los dos. Nadie más pudo entrar aquí jamás. Entonces, empezó a contarme ciertos asuntos de su vida que lo habían atormentado desde que era un niño. Me enteré de cosas devastadoras que me desgarraron el corazón. Antes de morir, me pidió un favor enorme. Había ideado un plan para aliviar su dolor, pero me necesitaba para que lo ayudara a llevarlo a cabo y tenía que hacerse después de su muerte –se le empeñaron los ojos con las lágrimas, dejó de hablar un momento y lo miró–. Aquí es donde entras tú, Luc.

¿Estaba embaucándolo? Increíblemente, su móvil sonó en ese momento. Miró la pantalla y vio que era su madre. Acababan de volver de Oriente y su hermana había organizado una fiesta.

–Perdóname un minuto, Jasmine, pero tengo que contestar.

–Claro.

Él fue a un rincón para hablar.

–Mamá…

–La fiesta empezó hace una hora. ¿Dónde estás? ¡Todo el mundo está esperando!

–Llegaré dentro de media hora.

–¿Tan tarde?

–Tengo un asunto que no he podido evitar. Hasta ahora.

Cortó la llamada y volvió junto a Jasmine con muchas preguntas.

–Me concediste una hora –comentó ella–. Entiendo que tienes que marcharte, pero todavía no he llegado a lo más importante. ¿Podría reunirme contigo la semana que viene en tu despacho, cuando te venga bien, para que terminemos la conversación? Tienes que saber la gran injusticia que se ha cometido. Necesito ayuda para solucionarlo, y tendría que ser la tuya.

¿Necesitaba…? Miró esos ojos azules maravillosos y se dio cuenta de que su empresa no era lo único que estaba en peligro.

–Le diré a mi ayudante que te reserve el lunes a las once de la mañana.

Tenía que acabar con eso lo antes posible.

Capítulo 3

El sábado por la mañana, el mercado de flores de Grasse estaba rebosante de turistas y lugareños, Jasmine entre ellos. Esperó hasta que la camioneta de Fleury descargara las flores que cultivaba, se acercó apresuradamente a su puesto, compró un cajón de violetas y pidió que lo cargaran en su coche. Entonces, volvió corriendo al laboratorio para preparar otra tanda de la receta que llevaba un año perfeccionando. La tanda anterior había pasado todas las pruebas y había conseguido resultados asombrosos cuando se había puesto el perfume en público.

Sin embargo, esa tanda llevaría al aceite esencial de esa variedad de violetas, que no habían estado a la venta hasta hacía muy poco. Producían el aroma más dulce que había olido en su vida. La diferencia entre la variedad anterior y esa era muy considerable y, literalmente, bailó de alegría durante dos días, mientras elaboraba la receta nueva. El domingo por la noche ya había conseguido dos docenas de frascos de muestra y estaba impaciente por repartirlos. Se detuvo mientras hacía anotaciones en el libro de cuentas.

–Abuelo… Ojalá estuvieses aquí para oler esto. Voy a intentarlo con Luc Charriere. Mañana tengo la ocasión de ganarlo para tu plan. Si lo consigo, podré pasar a la segunda parte. Pero empecé con tan mal pie con él que no sé qué pensar. Tiene todo el derecho del mundo a considerarme una inepta. Es más, fue un milagro que viniera al laboratorio el viernes. Deséame suerte.

Recibió otra llamada de Giles mientras cerraba el laboratorio, pero todavía no podía decirle nada y tampoco contestó esa llamada, no lo haría hasta que se hubiese reunido con Luc. Si la reunión no daba resultado, tendría que encontrar otro banco, aunque Luc le había explicado que, probablemente, no lo encontraría. Tendría que hablar con Giles en algún momento y él querría saber si había organizado su agenda para asistir al próximo Consejo, cuando la destituirían.

Iba hacia su coche con una de las muestras nuevas cuando vio que Fabrice Guillard, uno de los químicos que trabajaba en la empresa, estaba esperándola junto a su Peugeot.

–Hola, Fabrice. ¿Qué haces aquí un domingo por la noche?

–Esperándote –contestó él con una voz seductora.

Ella se rio. Si pudiese creerlo, le gustaría que Luc estuviese allí para ver lo irónica que era la situación. Sin embargo, creía que alguien del Consejo, seguramente Giles, quería saber qué estaba tramando y había enviado a Fabrice para que se lo preguntara. Si estaban buscando información que pudiera reafirmar su idea de que no era la mejor consejera delegada posible, estaban utilizando a la persona equivocada.

–Me ofende, *mademoiselle* –siguió él en un tono de ofensa fingida–. He visto tu coche y esperaba poder llevarte a comer algo.

Era un francés divorciado y atractivo, con el pelo y los ojos marrones, que acababa de entrar en la empresa y era la comidilla de todas las mujeres. Sin embargo, Fabrice, como André Malroix, un novio que había tenido, y otros franceses, tenía la capacidad de hacerle creer que era la mujer más hermosa de la tierra. Ella había picado hasta que André le mostró cómo era. No sabía cómo era Fabrice ni quería saberlo porque parecía del mismo tipo. Su intimidad al hablar la irritaba.

–Gracias, pero tengo otros planes. Te aconsejo que esperes a otra chica después de la jornada de mañana. Te aseguro que tendrás más suerte con Suzette. He oído decir que te encuentra inteligente y divertido.

–*Oh, là, là.* Creo que te dan miedo los hombres, *chérie*.

–Si te refieres a los hombres franceses, tienes toda la razón.

–¿Por qué lo dices?

Si le seguía el juego, se quedarían allí toda la noche. Además, le daba igual que no tuviera intenciones ocultas.

–No creo que quieras saberlo. Buenas noches, Fabrice. *Ciao*.

Aunque se había preparado para la reunión de las once, la aparición de Jasmine Martin en la puerta había conseguido alterarlo completamente. Mientras la observaba sentarse, su cuerpo hizo cosas increíbles con la falda veraniega y la blusa azul y verde, con esas piernas interminables y esa boca tan tentadora, ¿cómo iba a concentrarse?

El zumbido del intercomunicador hizo que fuese hasta la mesa. Thomas no lo molestaría si no fuese algo importante

–*Oui*…

–Tienes tres llamadas y todas son urgentes. El señor LeClos

está al teléfono y dice que es vital que hable contigo hoy.

Después de dos años de ganancias decrecientes, las cosas estaban poniéndose cada vez más peliagudas en Ferriers. Él sabía que LeClos quería otra prórroga del crédito y estaba actuando a espaldas de Jasmine. La miró y luego miró el reloj.

–Dile a todo el mundo que estoy reunido y que contestaré las llamadas después de las tres, no antes. Hasta entonces, la señorita Martin y yo necesitaremos que nos traigan algo para almorzar. Aparte de eso, no quiero que me molesten.

–De acuerdo.

Colgó el intercomunicador y se volvió hacia ella apoyado en el borde de la mesa.

–Empecemos por mi visita a tu laboratorio. Entonces dijiste que me habías pedido que me reuniera contigo por dos motivos. Después de tener que comerme mis palabras, nunca oí el segundo motivo.

Ella volvió a cruzar las elegantes piernas.

–Te lo habría dicho si no hubieses tenido que marcharte.

–Bueno, ya no me marcho a ninguna parte. Tienes tiempo para explicarte. El viernes dijiste que necesitas mi ayuda para solucionar una gran injusticia. Me sonó misterioso y algo muy distinto a que tu empresa haya impagado el crédito. ¿Por qué no empiezas hablándome de esa injusticia y contra quién es?

Apoyó las manos en los brazos de la butaca y lo miró a los ojos sin parpadear.

–Contra el heredero legítimo de la empresa.

–¿El heredero legítimo? –quizá no lo hubiese oído bien–. En principio, todos los Ferriers sois herederos.

–Eso es verdad. Todos los Ferriers descendientes de mis abuelos son herederos de mi abuelo. Sin embargo, el abuelo no era el heredero legítimo de la dinastía Ferrier. Ni siquiera se apellidaba Ferrier legalmente, en un principio.

Luc, aturdido, se acercó a ella.

–¿Cómo se apellidaba?

–Tricornot.

La entrevista en televisión lo había dejado temblando, pero eso…

–¿Quién es el verdadero heredero?

–Remy Ferrier, el primo de mi abuelo.

Luc se quedó desconcertado y sin saber qué pensar.

–Según la prensa de hace años, era el alcohólico rico e inútil que destrozaba un coche deportivo detrás de otro. Oí decir que

era un mujeriego que fracasó con varios matrimonios y con un negocio de coches de carreras. Luego, desapareció en algún sitio y no se volvió a saber nada de él. ¿Estás diciéndome que él es el verdadero heredero?

Ella se levantó de un salto y empezó a ir de un lado a otro. Evidentemente, la había ofendido.

–Lo siento, Jasmine. Solo he repetido lo que se decía cuando yo era más joven.

Ella se detuvo y se giró hacia él.

–Remy era un hombre guapo que atraía a montones de mujeres con o sin dinero. Él nunca supo si lo amaban por sí mismo o no. Efectivamente, le gustaban los coches veloces y estrelló unos cuantos porque le gustaba la velocidad y debería haber corrido en el Grand Prix con su amigo Marcello. Era así de bueno. Cuando se dio cuenta de que estaba haciéndose demasiado mayor para competir, diseñó un coche de carreras revolucionario, pero no consiguió sacarlo adelante porque no pudo encontrar suficiente respaldo.

–Pero si tenía millones…

–No. No tenía nada. Su padre le cortó el grifo. Su único matrimonio salió mal y, efectivamente, bebía demasiado, pero Remy no es así –replicó ella con la tristeza reflejada en los ojos azules.

–¿Sigue vivo?

–Muy vivo, y está en Grasse.

–Estás de broma… No lo entiendo. ¿Por qué nadie ha sabido nada de él durante todos estos años?

–Porque ha estado trabajando en silencio en su plantación de flores, que es muy próspera.

–¿Plantación de flores? –Luc arrugó el rostro–. ¿Y no está asociado con vuestra empresa?

–No –ella apretó los dientes–. Sin embargo, hubo un tiempo en el que Remy era la parte esencial de la empresa –ella puso tanto énfasis que a él se le erizaron los cabellos–. Sin embargo, le robaron los derechos que tenía por nacimiento y se los dieron a otro.

–¿Se los robaron? –preguntó él completamente perplejo.

Ella asintió con la cabeza y volvió a sentarse.

–He acudido a ti en nombre de mi abuelo. Él desdeñaba estar al frente de la empresa y nunca quiso nada de eso ni de la fama. Estoy aquí para que Remy recupere por fin el puesto que le corresponde. Puedo conseguirlo si me haces un préstamo.

–Ya se ha hablado de eso, Jasmine. ¿Te refieres a un préstamo personal para ti?

–Para mí, para Remy, para el abuelo, para la conservación de la empresa.

–¿Estás hablando de una historia como la de Esaú y Jacob?

–En cierto sentido.

–Explícamelo.

–El culpable no era Remy ni mi abuelo.

–Entonces, ¿todos los elogios vertidos sobre tu abuelo siguen siendo verdad?

–Naturalmente. Igual que todos esos horrores sobre la supuesta vida disipada de Remy fueron la obra de alguien que era lo más parecido a un monstruo.

–¿Quién? –preguntó él pasándose un pulgar por el labio inferior.

–El padre de Remy.

–¿El hermano de Paul Ferrier? –Luc sacudió la cabeza–. No recuerdo su nombre.

–Gastón era el hermano de Paul, pero el padre de Remy era Paul Ferrier, el tirano que dirigió a los Ferrier durante aquellos años.

–¿Qué?

Lo que estaba diciendo era más increíble todavía que el que ella fuese nieta de Maxim Ferrier. Llamaron a la puerta mientras intentaba ordenar toda esa información. Fue a abrirla y tomó la bandeja con sándwiches y ensalada que le entregó su ayudante.

–Recuérdalo. No quiero que me molesten, y tampoco quiero que se sepa quién está en mi despacho. Si se sabe algo, estás despedido.

–Juro que no diré nada –dijo Thomas antes de cerrar la puerta.

Luc volvió a la mesa y dejó la bandeja. Jasmine lo miró desde abajo.

–Gracias por el almuerzo.

–Yo también tengo hambre. Adelante.

Ella tomó medio sándwich y una taza de café antes de dejarse caer contra el respaldo. Él también se preparó un plato y se sentó.

–Cuando estés dispuesta, me gustaría oír esta historia increíble de la fuente definitiva.

–Esa soy yo –replicó ella con seriedad–. El padre de mi abuelo era un Tricornot y su madre una Valmy.

–Me acuerdo que vi esos nombres en el diploma de tu abuelo.

–Sí. Ellos murieron y lo adoptó Dominique, la hermana de su

madre, que estaba casada con Gastón Ferrier. Ellos no tuvieron hijos y le dieron el apellido a mi abuelo. Sin embargo, la situación estaba condenada desde el principio porque los tres vivían en la residencia familiar de Grasse con Paul Ferrier, el hermano de Gastón, su esposa Rosaline y Remy, el hijo de estos.

–¿Cómo llegaron a vivir juntos? –preguntó Luc sirviéndose café.

–Para el abuelo y Remy era natural porque no sabían nada más. Sin embargo, fue Paul el que insistió en que vivieran juntos para que las recetas de los perfumes no cayeran en las manos equivocadas. Era un tirano y lo controlaba todo para que nadie llegara a saber los secretos de la empresa familiar. Paul tenía nariz, pero no muy buena según el criterio general. Gastón intentó ocuparse del negocio, pero tenía una salud delicada. Desde el principio, fue Remy quien cultivaba las plantas y dirigía todo el negocio, desde la destilación hasta la comercialización. Remy tenía el don de saber cuál era el momento preciso para recolectar las flores y prepararlas para extraerles el perfume. Conocía cada centímetro del terreno, cada flor, las demandas del mercado, los proveedores… Sin Remy, Ferrier nunca habría llegado a ser tan grande, pero Paul destruyó a su propio hijo.

–¿Cómo? –preguntó Luc realmente intrigado.

–Remy no tenía nariz y la familia descubrió que mi abuelo sí la tenía.

–¿Cómo sucedió?

–El abuelo estaba enredando por el laboratorio y encontró tiradas unas tiras de papel con distintos aromas. Para pasmo de Gastón, el abuelo pudo reconocer algunos de los aceites esenciales.

–¡Exactamente lo mismo que te pasó a ti!

–Sí. Las dos familias se quedaron estupefactas. Una persona normal puede distinguir tres o cuatro componentes. Una nariz puede reconocer las cantidades exactas en una mezcla de cien o más ingredientes y distinguir los aromas de los aceites esenciales que entran en la receta. Ya de pequeño, mi abuelo mostró ese don en una medida que nadie había podido soñar, ni siquiera Paul.

–Pero si Maxim no era hijo de Paul, ¿cómo pudo heredar su capacidad para crear perfumes? No pudo obtenerla de sus padres adoptivos o biológicos.

Luc, absorto, tomó otro sándwich y ella sacudió la cabeza.

–No se puede explicar que una persona tenga el don y otra, no. Por algún motivo inexplicable, mi abuelo tenía el don, y era la

única nariz en la familia Ferrier, desde hacía noventa años, que no tenía un solo gen Ferrier.

–Sin embargo, tenía el genio para crear olores –Luc estaba haciéndose una idea–. Fascinante porque era la nariz más fantástica de esta generación. Entonces, el hijo adoptivo reemplazó al Ferrier verdadero.

–¡No solo eso! –gritó ella–. Paul lo idolatró y le dio todo. Su tiempo, sus posesiones… No hizo caso ni a su esposa, que entonces estaba en silla de ruedas. El abuelo se convirtió en su razón de existir. Remy era prácticamente invisible para su padre. Paul Ferrier era un hombre atroz –a ella le tembló la voz–. Mantuvo atado a Remy para que hiciera el trabajo y ni siquiera le dio tiempo libre para correr algún rally con Marcello, su amigo italiano. Remy era el esclavo de su padre.

–Es la historia más tremenda que he oído –murmuró Luc dolido por personas que no conocía siquiera.

–No has oído ni la mitad. La madre de Remy le rogaba que se marchara y viviera una vida propia por su cuenta, pero él quería muchísimo a Rosaline y no la abandonó atormentada por la artritis. Paul se olvidó de que su esposa y su hijo existían –Jasmine derramó unas lágrimas–. No puedes imaginarte hasta qué punto angustió a mi abuelo que lo elevaran al trono de los Ferrier porque tenía un don y Remy no. ¡Mi abuelo quería a Remy! –exclamó ella–. Le dolía la situación y sabía que Remy era el mejor cultivador de flores del sur de Francia, que él dirigía todo impecablemente y que debería haber sido el máximo responsable. Cuando Remy cumplió veintinueve años, Paul le negó todo el dinero que le correspondía y que se había ganado. Paul murió seis meses después. Entonces, mi abuelo le rogó que volviera a Grasse para hacerse cargo de la empresa, pero Remy se negó a hablar con nadie. El abuelo se enteró de que estaba en París intentando montar un negocio de coches de carreras. Le mandó dinero mediante Marcello para ayudarlo a ponerlo en marcha, pero Remy no lo tocó. Mi abuelo volvió a rogarle que volviera para dirigir la empresa, pero el orgullo de Remy se lo impidió. Le habían hecho demasiado daño. Durante todo ese tiempo, mi abuelo estuvo en contacto con Marcello y le pedía que hablara con Remy para que volviera, pero no podía.

Luc sabía que había mucho más que lo que estaba contando ella, pero la dejó seguir por el momento.

–Por aquel entonces, Remy había empezado a beber mucho y el negocio salió mal. Más tarde, se casó y tuvo un hijo, pero el

matrimonio fracasó. Su mujer lo abandonó porque no había dinero, pero su hijo se quedó con él. Volvieron a la casa y el pequeño terreno que le había dejado la madre de Remy. Empezó a cultivar flores otra vez, pero no ha tenido contacto con la familia –ella se secó los ojos–. Mi abuelo tuvo que vivir con ese dolor el resto de su vida. Yo me convertí en su confidente. Mi abuelo me puso al frente porque esperaba que yo arreglase lo que él no pudo arreglar mientras estaba vivo. No soportaba los honores que le había otorgado Paul. Él solo quería crear perfumes. Remy debería haber dirigido el imperio. Eso corroyó a mi abuelo por dentro. Detrás del éxito, sus vidas fueron un dolor tremendo que nunca se alivió porque Paul se había olvidado de que su hijo existía –Jasmine resopló–. Mi abuelo elaboró un plan para devolver a Remy el derecho que tenía y cambiar el rumbo de la futura prosperidad de la empresa en cuanto yo estuviese al frente. Con tu ayuda, podré devolver la dignidad a Remy y que dirija Ferriers como debería haber hecho hace años. Él conseguirá que sea más grande que nunca. Sin embargo, Remy, por su orgullo herido, nunca aceptará el cargo salvo que crea que tiene una contribución vital –ella lo miró suplicantemente–. Por eso he venido a pedirte el préstamo que obrará el milagro.

Luc no podría haber previsto eso ni en un millón de años. Todavía estaba intentando asimilar la dimensión de la tragedia de la familia Ferrier.

–Tienes que entender que Remy tiene una gran empresa en la cabeza. Mi abuelo quería que la dirigiera como solo él sabe hacerlo. Una vez, el abuelo tuvo que ir a Sudamérica durante seis semanas. Remy se quedó al mando y fue a París. Dirigió la empresa sin tacha y consiguió cuentas nuevas sin ningún esfuerzo. Ya sé que estás pensando que fue una vez, pero, cuando mi abuelo le pidió que lo hiciera, lo hizo impecablemente. Remy es brillante, Luc. Como lo es su hijo Jean Louis, un científico que dirige su propia empresa en el complejo Sophia Antipolis, aquí, en Niza, y ayuda a Remy. Hoy vende por su cuenta sus cosechas. Las flores que cultiva podrían significar millones de dólares para la empresa familiar si tuviese el dinero que necesita para comprar más terreno y cultivar más. Yo sé dónde conseguir el tipo de tierra que necesita. Tengo hechas las cuentas para demostrar cómo se pueden subsanar nuestras pérdidas. Mi abuelo mantuvo la empresa en lo más alto lo mejor que pudo, pero, desde su muerte, se ha tomado una mala decisión detrás de otra. Todo está aquí, por escrito.

Ella se levantó y le entregó la carpeta que había llevado. Había planteado la situación y lo había ganado sentimentalmente, pero sin mostrar nada. Sin embargo, financieramente, todo se acumulaba en contra de la idea.

–¿Cuántos años tiene?

–Sesenta y seis.

¡Vaya! Era muy mayor para que el banco apostara por un exalcohólico, en teoría. Maxim Ferrier no podía haber creído sinceramente que su primo pudiera ganarse la confianza del Consejo de Ferriers. Desde luego, su banco ni se lo plantearía, independientemente de lo bien intencionado que fuese su sueño.

–Sé que dejó de beber hace mucho tiempo –comentó ella como si le hubiese leído el pensamiento–. Vive con su hijo, la esposa de este y sus hijos.

Luc sacudió la cabeza. Conceder otro préstamo como el que ella estaba pidiéndole era un riesgo enorme que su banco no podía permitirse.

Ella se levantó inesperadamente.

–Si hace falta, pondré como garantía la casa familiar y los terrenos que la rodean. Sé lo que estás pensando, Luc. Crees que sería un riesgo prestarnos más dinero, pero, como suele decirse, ganar sin riego es un triunfo sin gloria. Tú has hecho grandes cosas. Por favor, recuerda algo más. He acudido a ti el primero.

Él la agarró del brazo antes de que pudiera marcharse. Ella, sorprendida, se dio la vuelta.

–No salgas por ahí, Jasmine. Utiliza mi puerta privada para que no te vea nadie del banco.

Ella se soltó el brazo con un destello azul oscuro en los ojos.

–No importa. Ya he pedido un favor demasiado grande.

–Lo siento, pero, sinceramente, no creo que el Consejo del banco esté dispuesto a hacer negocios contigo en esas condiciones.

–En otras palabras, la respuesta es «no».

–Eso me temo, pero, por favor, permíteme que te acompañe.

Sin esperar la respuesta, él se dirigió hacia la salida privada. Salieron por la puerta trasera y la acompañó hasta su Audi. Cuando estuvo sentada detrás del volante, después de haberle permitido vislumbrar esas piernas impresionantes, ella bajó la ventanilla. Él apoyó las manos en el coche y se inclinó hacia ella.

–Un minuto –le pidió él–. Antes de que te marches, ¿qué perfume llevas? Es dulce y fresco, como huele la primavera.

–No tiene nombre.

–¿Quieres decir que es una receta que acabas de elaborar por diversión? –preguntó él recordando lo que había comentado ella en el programa de televisión.

Ella esbozó una leve sonrisa y él supo que se había metido en un lío.

–Algo así.

Él le miró la boca más tiempo del que debería.

–Prométeme que no creerás que estoy intentando engatusarte si te digo que nunca había olido algo que me gustara tanto en una mujer.

Ella sonrió más.

–Te creo. ¿Sabes que casi todos los hombres que me he encontrado, incluso en el trabajo, han dicho lo mismo? Llevo usándolo de vez en cuando desde hace un año. Lo que has olido es el aroma puro de la violeta de Parma.

–¿Violeta? No podía reconocerlo.

–Es porque casi han desaparecido.

–¿Qué ha pasado? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Durante el siglo XIX, se cultivó mucho en los alrededores de Grasse para la industria de la perfumería. Desgraciadamente, a finales de ese siglo se descubrió un aroma a violeta sintético y pronto se elaboró de forma barata, lo que acabó con la producción del aceite natural. Sin embargo, Remy ha traído otra vez la violeta de Parma desde Italia. Durante los últimos años, la ha cultivado y ha perfeccionado algunas variedades únicas por su olor. Las mejores proceden de unos cultivos muy fuertes. Cuando pueda plantar más, conseguirá crear lo que ha faltado en la oferta de Ferriers.

–¿Qué? –preguntó él, quien nunca había conocido a una mujer tan increíble.

–Un olor que les guste a los hombres. En general, las mujeres se visten y se perfuman para sí mismas.

Un olor que les guste a los hombres... La idea lo maravilló, como los inmensos conocimientos de ella, quien seguía dejándolo a la altura del betún.

–Paul Ferrier no tenía ni idea de que su hijo era un genio. Lo consideraba un inútil –Luc hizo una mueca al pensar que un padre podía hacer eso a un hijo–. Remy, con la ayuda de Jean-Louis, ha elaborado un arma secreta que pronto devolverá los beneficios a Ferriers. Tú has sido mi primera alternativa para respaldarlo, pero encontraré a otro que le ofrezca lo que necesita. Acuérdate de mis palabras –ella se puso las gafas de sol–. Sé que fui muy afortunada

porque la semana pasada no me expulsaste cuando me presenté de repente. Que me hayas dado de comer, me explica por qué mi abuelo trató exclusivamente con tu banco.

Dicho eso, puso en marcha el coche y empezó a retroceder, pero le saludó con la mano antes de marcharse del aparcamiento.

–Me prejuzgaste precipitadamente en Yeronisos y, no sé por qué, había esperado otra cosa en lo relativo a Remy Ferrier, pero te agradezco el tiempo que me has dedicado y que hayas sido tan franco. Así, no hemos perdido el tiempo. *Au revoir, monsieur.*

Cuando terminó la jornada, Luc esperó que Nic no se hubiese marchado todavía a su casa y fue a su oficina, que estaba en el parque de investigación tecnológica de Sophia Antipolis. Giró por la colina cubierta de pinos para llegar a Valfort Technologies. No hacía mucho había participado, durante cuatro días, en la búsqueda por el parque de los restos de la primera esposa de Nic, que llevaba tres años desaparecida. Milagrosamente, habían encontrado su cuerpo y habían descubierto que la habían matado de un tiro y la habían enterrado en la zona boscosa. Lo que se había creído que era un secuestro se había convertido en un asesinato. Solo un hombre con la fuerza de Nic podría haber sobrellevado ese suplicio. Cada vez que iba allí, se acordaba del dolor de su amigo, pero Nic había encontrado el amor otra vez y eso aliviaba ese dolor. Tenía que hablar con alguien y nadie escuchaba mejor que Nic.

Un lunes por la tarde no era el mejor momento para presentarse, pero decidió intentarlo y Robert, el ayudante de Nic, le sonrió al verlo.

–Le diré a Nic que has venido.

–¿Está con un cliente?

–No. Ya ha terminado. Es un momento muy bueno.

Un minuto después, su amigo, bronceado y con el pelo moreno, le dio un abrazo y lo invitó a entrar en su despacho.

–¡Me alegro de verte! Siéntate. ¿Quieres un café o un refresco?

–No, gracias. Te llamé la semana pasada para salir a pescar y me enteré de que estabas en California. Parece que lo has pasado bien.

–Sí, lo pasamos muy bien, pero tengo que reconocer que me alegro de haber vuelto –Nic era un hombre nuevo desde su matrimonio, y Luc casi no lo reconocía–. Laura y yo habíamos pensado que Yves y tú vinieseis el sábado a cenar a casa. ¿Sigues

viendo a Gabrielle?

–No. Eso terminó hace unas semanas.

–Entonces, hay algo que va mal. ¿Qué pasa? –le preguntó su amigo apoyándose en la mesa.

–He conocido a una mujer.

–No me extraña, se abalanzan sobre ti –replicó Nic entre risas.

–Esta es distinta.

–¿En qué?

–En cosas que no puedes ni imaginarte.

–¿Quieres decir que estás interesado por primera vez desde…?

–Sí –le interrumpió Luc–, pero es más que eso.

–¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Luc se pasó una mano por el pelo.

–No lo sé. Estoy metido en un lío, Nic. ¿Tienes un momento para que hablemos?

–Después de todos los años que has estado escuchando mis lamentaciones, tengo tiempo. Primero de todo, ¿quién es ella?

Luc, nervioso, fue de un lado a otro.

–¿Viste por casualidad la noticia sobre la nueva consejera delegada de Ferrier Corporation?

–¿Y quién no? Creo que cualquier hombre que la viera en cualquier rincón del mundo se quedó maravillado por la nieta de Maxim Ferrier.

Luc no dijo nada y Nic lo miró con incredulidad.

–¿Es ella?

–Sí. Jasmine Martin.

–¿Desde cuándo…?

–El viernes hizo una semana, pero nos conocimos hace dos meses, cuando fui a Nicosia. Nos dimos de bruces en la isla de Yeronisos.

–¿Literalmente? –preguntó Nic con una sonrisa.

–No del todo, pero esa es otra historia.

–¿Ella siente lo mismo por ti?

–No sé lo que piensa –contestó Luc frotándose la nuca con una mano.

–¿Cómo es posible que no sepas algo así?

–Es complicado. Acudió a mí para pedirme un préstamo.

–Muy bien. ¿Por qué no empiezas por el principio? Quiero saber qué pasó en Yeronisos y luego quiero saber por qué una mujer que vale millones de dólares te ha pedido dinero.

–No creo que ella valga millones o no habría puesto la casa de Ferrier como garantía.

Nic dejó escapar un silbido y Luc pasó media hora explicándoselo a su amigo. Le venía bien soltarlo para intentar darle algún sentido.

–No he conocido a nadie tan entregado a la felicidad de otra persona. Ha sido una revelación.

–Reconozco que es una historia conmovedora –murmuró Nic.

–Lo es, pero, aunque me habría gustado concedérselo, tuve que negarle el préstamo. Remy Ferrier no inspiraría confianza al Consejo del banco –Luc se pasó una mano por la barbilla–. Dijo algo sobre el hijo de Remy, quien está ayudándolo. Ya que trabajas en este complejo, ¿no conocerás a Jean-Louis Ferrier? Tengo curiosidad. Según Jasmine, tiene una oficina por aquí.

–Sí. Solo lo he visto una vez. Fue después de la búsqueda de mi esposa. Pasé a darles las gracias a todos los que habían participado. Es un científico que dirige una empresa en la zona este. Al parecer, su equipo está a la vanguardia en un proceso milagroso que tiene que ver con plantas y animales. Nuestra conversación me pareció fascinante.

Luc se inclinó hacia delante con las manos entre las piernas.

–No sabía que hubiese otro Ferrier, familiar de Remy, en Niza.

–Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Que yo sepa, están intentando entender el mecanismo celular del desarrollo y la fisiología de las plantas y los animales, lo cual, sería el cimiento de la innovación biotecnológica. Tal y como me lo explicó, hay un circuito molecular que actúa como un reloj biológico que controla el crecimiento de las plantas y los animales.

–Cuando Jasmine me dijo que Remy está trabajando con su hijo, no entendí lo que quería decir.

¿Sería porque no le había dado la oportunidad de que se lo explicara?

–Ese descubrimiento permite que los cultivadores ahorren en mano de obra y transporte. Las flores no florecen todas al mismo tiempo y eso hace que el aprovechamiento de los recursos no sea el óptimo. Esta técnica para sincronizar la floración es revolucionaria porque puedes hacerlo todo al mismo tiempo y reducir las pérdidas. Si Remy está intentándolo con sus violetas de Parma y está saliéndole bien, podría revolucionar la industria de las flores. Más cosechas en una estación significarían más beneficios para el cultivador.

–Entonces, esa es el arma secreta de la que ella hablaba –confirmó Luc.

Al parecer, había sacado otra conclusión precipitada sin

conocer todos los datos. Los tiempos habían cambiado desde que Remy dirigía la empresa. Él creía que el Consejo de Administración del banco consideraría que el cultivador de sesenta y seis años no era la persona indicada para tomar las riendas, pero la explicación de Nic sobre el trabajo de su hijo había dado una perspectiva nueva a la situación.

–Además de bella, es única –su amigo sonrió–. Dime qué más pasa.

–No quería volver a sentir esto por una mujer –contestó Luc levantándose.

–Evidentemente, tú también la atraes.

–Ha habido momentos que he pensado… No lo sé. No puedo interpretarla todavía.

–Dale tiempo, Luc. Cuando hayas resuelto la parte empresarial, podrás ver lo que podría haber entre vosotros.

–Me temo que lo he estropeado al negarle el préstamo.

–¿Por qué no la traes el sábado por la noche para que la conozcamos?

–Después de lo de hoy, no sé si volverá a dirigirme la palabra.

–¿Te apuestas algo?

–Lo pensaré y te lo diré. Gracias, Nic. No sé qué haría sin ti.

–Ya somos dos.

Capítulo 4

Jasmine apretó los dientes mientras se dirigía a casa el martes por la tarde. El día anterior había representado la mejor actuación de su vida ante Luc Charriere, pero no había servido de nada. Esa debería ser su fase de luna de miel con la empresa, pero la negativa de Luc había sido un golpe demoledor. Agarró con fuerza el volante mientras se alejaba del laboratorio, antes que de costumbre. La idea de ir a la empresa para encontrarse con la expresión inflexible de Giles y todas las llamadas telefónicas que tenía que contestar le parecía desalentadora.

El día anterior no había tenido buenas vibraciones. Si no, habría leído la carpeta que le había dejado y se habría replanteado su posición, el perfume que se había puesto le habría despertado curiosidad. La había rechazado aunque las emociones se habían adueñado de ella y las había dejado brotar. La semana anterior, cuando él fue al laboratorio, ella había captado los indicios negativos. En parte, entendía que él tenía motivos legítimos para tomar esa decisión, casi los había oído en la cabeza de él, pero no había querido aceptarlos. Era una necia.

Se secó las lágrimas. Después de lo que había pasado en la isla, debería haber sabido que él se negaría. Alterada por la intensa atracción que sentía hacia él, a pesar de cómo habían salido las cosas, decidió irse a casa y quitarse a Luc de la cabeza de una vez para siempre. Tomó el camino largo a La Tourette y pasó por los campos llenos de flores al sol del verano. Su vista favorita era la de las flores que crecían junto a las casas de estuco blanco. Detrás, los promontorios rocosos se recortaban contra el cielo. Normalmente, ese trayecto en coche la ayudaba a relajarse, pero sentía una inquietud distinta. Si era sincera, se debía a Luc Charriere. Por eso no podía concentrarse en nada. Se había despertado algo en ella mientras se sinceraba con él. Él no disimuló la compasión, ella la había visto en sus ojos, pero, aun así, creía que concederle otro crédito era una mala decisión empresarial y ella no podía hacer nada al respecto.

Él le había dedicado todo el tiempo que había necesitado, aunque ella sabía que su ayudante había tenido que dejar fuera a

otros clientes para que pudiera atenderla. Todavía podía notar su mano en el brazo. Su cuerpo palpitaba aún por el contacto. Su comentario sobre el perfume que llevaba había creado una intimidad tan fuerte entre ellos que le había acelerado el pulso. Siguió colina arriba. Le torturaba esa sensación de anhelo, de querer saber cómo sabía su boca y lo que sentiría. Él no se parecía a los Andrés y Fabrices que creían que podían volverla loca con su verborrea seductora. Luc no se parecía a ningún francés que hubiese conocido, quienes, viejos, solteros, casados o divorciados, la abordaban llevara perfume o no. Luc había mantenido cierta distancia mezclada con cortesía e interés profesional. Era un disparate que fuese el único hombre que conociese que despertaba esa reacción física en ella. Era una locura que pensara todo el rato en él, y así.

Llegó a la casa de piedra en la finca familiar. El camino flanqueado por cipreses y el olor a naranjos le indicaron que estaba cerca de La Tourette. Su familia ya se había marchado. A ella le habría gustado que se quedara más tiempo, pero su padre no podía dejar abandonado el rancho. Se bajó del coche y entró apresuradamente. Encontró a Sylvie en la cocina.

–Esta noche me quedaré en casa –le comunicó al ama de llaves–. Si quiero cenar más tarde, ya me prepararé yo algo.

–Ya he dejado la comida preparada en la nevera –replicó la fibrosa mujer de cincuenta años.

–Que Dios te bendiga.

Jasmine le mandó un beso con la mano y subió a su dormitorio. Abrió las puertas acristaladas de la terraza y salió. Grasse se extendía debajo con el Mediterráneo detrás. Cuando salió esa mañana de ese cuarto, era Jasmine Martin, con una agenda extenuante desde que cumplió veintiséis años y estaba al frente de la empresa. Sin embargo, en ese momento, se daba cuenta de que ya no era la misma persona, de que se sentía como si estuviese al borde de un acantilado en Chipre, aterrada y dolida al mismo tiempo. ¿Cómo era posible que le hubiese pasado eso tan deprisa por conocer a un hombre? ¡Era un disparate!

En su mundo, como química, ese fenómeno se llamaba punto de inflamabilidad. Era la temperatura a la que un líquido inflamable, como el aceite esencial de jazmín, soltaba vapor suficiente para arder si se acercaba una llama. Eso fue lo que le pasó a ella. Cuando entró en el Banque Internationale du Midi, estaba en el punto más bajo, pero cuando vio a Luc allí, ardió como si le hubiese tocado una llama. Algo ocurrió en ese instante

que le cambió el estado. En ese momento, apoyada en la barandilla, era una mujer transformada, llena de ese anhelo que se llamaba deseo. No podía creerse que le hubiese pasado por fin. Se había considerado impermeable. Cuando lo había hablado con su madre, Blanchette se había reído con delicadeza y le había avisado de que llegaría el día en el que la atracción hacia un hombre la dominaría. Solo tenía que rezar para que fuese digno de ella. ¿Por qué tenía que ser el hombre con el que había chocado en aquella isla? ¿Por qué era el hombre al que necesitaba de su lado? El que podía poner a Remy en el trono de Ferriers, pero había decidido no hacerlo. Ella tuvo que jugar todas sus bazas al acudir a él primero. Le pareció que tenía sentido acudir al banco en el que los Ferrier habían confiado durante casi un siglo. Sin embargo, Luc no era su abuelo. Era un hombre de negocios moderno con ideas modernas. Ella debería haber sabido que no permitiría que los sentimientos se impusieran al buen juicio. Ella había basado su planteamiento en los sentimientos y había perdido. Tenía que preparar una lista con otros banqueros, tenía que centrarse en su próximo objetivo y olvidarse de que había conocido a Luc Charriere.

Se puso unos vaqueros y una camiseta y bajó a la sala de estar para empezar la búsqueda. Entonces, sonó su móvil. No le apetecía hablar con nadie, pero tampoco se atrevía a no hacerle caso. Podría ser su familia. Cuando vio el nombre de Luc en la pantalla, estuvo a punto de dejar caer el teléfono. Había creído que no volvería a saber nada de él.

–Hola –le saludó haciendo un esfuerzo para parecer despreocupada.

–Buenas tardes, Jasmine. ¿Te llamo en mal momento?

–No, acabo de llegar a casa. ¿Querías algo?

–He vuelto a echar una ojeada a tu carpeta.

–¿Por qué? –preguntó ella con el pulso desbocado.

–He hecho los deberes y tengo curiosidad por esa tierra de la que hablaste. No hay una descripción ni un precio. Si quiero plantearme más tu propuesta, tengo que saber de qué estamos hablando.

Ella no podía creerse que la hubiese llamado ni que todavía estuviese pensando en eso. Naturalmente, él quería saber cuánto dinero necesitaba que le prestara, pero había estado tan convencida de que no había esperanza que la llamada la había asombrado.

–Sí dijiste que tienes prisa –añadió él en tono sereno.

–Sí.

–Entonces, ¿mañana por la mañana tienes un rato para enseñármela con al agente inmobiliario?

Jasmine dio un pequeño salto de emoción.

–Claro, pero todavía no me he puesto en contacto con el agente inmobiliario. Digamos que tengo cierta información y que sé que esa tierra está en venta.

–¿Por qué será que no me sorprende? –ella sonrió por el comentario–. Entonces, si te parece bien, iré a Grasse para que me la enseñes. ¿Dónde nos encontramos?

En su casa, no. Nunca sabía cuándo podía presentarse un tío o una tía. Era la casa familiar de todos ellos. Aunque ella vivía allí, sus abuelos habían dicho siempre que todo el mundo podía ir y quedarse el tiempo que quisiera. Sus muertes no habían cambiado nada en ese sentido.

–¿Conoces la abadía abandonada en la carretera alta?

–Claro. ¿Nos vemos ahí a las nueve de la mañana?

–Allí estaré. Gracias por tener al menos la curiosidad.

–Se lo debo a Ferriers. Ha sido uno de nuestros mejores clientes durante décadas.

Ella oyó que la comunicación se cortaba antes de que ella quisiese colgar. Él había sido cordial, pero seguía siendo un negocio. Ya no tenía ganas de saltar. Seguramente, solo estaba dándole ese gusto al querer ver las tierras a las que ella había echado el ojo. Como había dicho, eso era lo que hacía un banquero que había sido amigo de la empresa durante tantos años, aunque siguiera dispuesto a rechazarla. Al día siguiente, ella también sería una mujer de negocios y nada más. Se lo repitió toda la noche y, cuando se despertó a la mañana siguiente, la cama estaba completamente desecha. Había pasado la noche muy inquieta.

Se duchó y se vistió con su uniforme típico: una camisa azul de manga corta y una falda de algodón a juego. La ropa se le estropeaba en el trabajo aunque llevara la bata. Cuando le hubiese enseñado la finca a Luc, volvería directamente al laboratorio. Se recogió el pelo en la nuca con una goma también azul y bajó por la escalera negra para ir a desayunar. De camino, pasó por los cientos de fotos enmarcadas que colgaban en las paredes. La madre de Remy las había puesto hacía años. Allí estaba la historia de los Ferrier, y Remy era el protagonista de muchas. Se detuvo delante de la que más le gustaba. Remy estaba en el jardín de violetas de Parma detrás de su madre, que estaba en silla de

ruedas y tenía un ramo que él le había cortado. Ella sabía la historia
de esa foto. Remy y su madre tenían el pelo color caoba y, en esa foto, él ya estaba convirtiéndose en el apuesto hombre que llegaría a ser.

–Nos ayude Luc o no, pronto estarás al frente, Remy. Espera y verás.

La descolgó de la pared y la guardó en el bolso de paja. Luego, fue corriendo a la cocina, se bebió media taza de té y se comió una ciruela. Sylvie la miró con el ceño fruncido antes de que saliera para montarse en el coche. La mañana ya era cálida, pero ese era un día distinto a todos los demás. Su cuerpo lo sabía y por eso tenía el corazón acelerado. Le gustaría que fuese porque necesitaba sacar adelante su plan, pero sería mentira. Estaba impaciente por volver a ver a Luc Charriere. Le daban igual todos los motivos que tenía para que no debiera interesarle un francés con el que tenía que hacer negocios. La química se había impuesto y ella, como científica, sabía que no podía oponerse. La solución sería esquivarlo. Si, por algún milagro, les concedía el préstamo, Remy sería quien tendría que trabajar con él en el futuro. Sin embargo, si Luc volvía a negárselo, como ella sospechaba que haría, ahí acabaría todo y cada uno seguiría su camino. Era ridículo obsesionarse con él. No sabía nada de él. Como buen francés, tendría una amante, pero sería discreto. No se podía ser un hombre francés sin tener una. Sabía de qué hablaban todo el rato los trabajadores del campo, de mujeres. Muchas veces se ponía un sombrero de paja y ayudaba con la cosecha. Era revelador. Se enteraba de quién había estado con quién, de con quién tenía pensado estar, de quién estaba cansándose, de quién estaba engañando a su marido y de quién quería engañarlo con quien.

Aparte de su abuelo, siempre había preferido a los hombres estadounidenses. También amaban a las mujeres, pero no hablaban tanto de ellas. Le gustaban los cowboys rudos y silenciosos como Hank Branson, el primer hombre del que se encaprichó en serio. En cuanto Remy ocupase su puesto, pensaba volver a su casa y casarse. Seguramente, no sería con un cowboy como su padre, pero no le importaba. Quería volver al rancho a los pies de la cordillera Teton y demostrar el amor hacia su familia. Les había prometido que volvería. También le encantaba la vida en el rancho y anhelaba formar su propia familia cerca de sus hermanos casados. Iba a retirarse del mundo de la perfumería.

Con un poco de suerte, algún nieto de Remy heredaría el don de elaborar una receta que mantuviese a Ferriers en lo más alto, pero eso ya no era asunto suyo. Tampoco lo era Luc Charriere, quien nunca formaría parte de su sueño americano.

Sin embargo, todo el cuerpo le rugió cuando llegó a la ruina de la abadía y lo vio apoyado en un Jaguar descapotable verde oscuro. Su cuerpo viril llenaba la camisa blanca de lino. Bajó la mirada a sus poderosas piernas cubiertas por unos pantalones beis. Unos mocasines italianos de cuero completaban la imagen. Suspiró sonoramente al verlo con una barba incipiente y, por un instante, se lo imaginó con una camisa vaquera y un sombrero de cowboy. Sin embargo, estaba segura de que nunca había montado a caballo y eso era un punto en contra muy grande. Se bajó del coche.

La nueva consejera delegada de Ferriers no se vestía ostentosamente. A las mujeres malcriadas de familias adineradas, y él había visto muchas y trabajado con otras tantas, les faltaba tiempo para gastarse el dinero en adornarse con las últimas creaciones de los diseñadores. Sin embargo, Jasmine Martin, con ese rostro y ese cuerpo, no lo necesitaba. Tenía otras virtudes hipnóticas, como una cabeza y una forma de pensar que se alejaban mucho de la frivolidad de ese mundo. Además, se movía con una feminidad que ningún hombre podía dejar de observar.

–*Bonjour,* Luc. No sé cómo puedo darte las gracias por estar dispuesto a encontrarte conmigo aquí. Reconozco que me sorprendió saber algo de ti.

–*Bonjour,* Jasmine –dado que haber pasado la noche en vela no tenía nada que ver con los negocios, ella había tocado un terreno peligroso–. Decidí pensar mejor lo que leí en tu carpeta, pero…

–Entiendo los peros –le interrumpió ella–. No tienes ningún compromiso. Si me sigues, tardaremos un minuto en llegar.

Así, no tendrían que ir en el mismo coche y evitarían el peligro por el momento. Él asintió con la cabeza y se pusieron en marcha. Subieron y bajaron por la ladera y, después de tomar una curva, ella se detuvo al lado de un campo en barbecho. Luc se quedó detrás y se bajó.

–Hace diez días, uno de mis informadores me dijo que esta finca estaba en venta otra vez. Es exactamente lo que estaba buscando, pero tendría que darme prisa.

–Háblame de ella.

–Los monjes la cultivaron durante años, pero, cuando la abadía se incendió, la finca se puso en venta. La única empresa con dinero suficiente para comprarla quería convertir el sitio en viviendas de clase media. El propietario y el posible comprador estuvieron negociando durante el año pasado, pero no llegaron a nada por la presión de la opinión pública, que quería conservar la tierra sin construcciones.

–Yo estoy radicalmente en contra de que se urbanicen estas colinas –afirmó él.

Los ojos de ella se tornaron de un azul oscuro por la emoción.

–Eres uno de los hombres buenos en la banca.

–Nací en Niza y esta tierra también es mi tierra.

–Me recuerdas al abuelo. Con este clima y esta tierra perfectos, mi abuelo y Remy lamentaban que se vendieran a promotores codiciosos. Es una tragedia que los costes laborales y la elaboración de ingredientes sintéticos para el perfume hayan hecho que el cultivo de flores sea menos rentable. Hoy en día, muchas de las casas de perfumería buscan los aceites esenciales en el norte de África e India. Mi abuelo luchó para que Ferriers no siguiera el mismo camino.

–Y tú has enarbolado su bandera ahora –replicó él con una sonrisa.

–Voy a intentarlo con toda mi alma.

Él vio el pulso que le palpitaba en la base del cuello y su pulso también se aceleró.

–¿Cuánto mide la finca?

–El agente inmobiliario tendrá que darnos las cifras, pero tengo entendido que llegaron a tener cincuenta mil plantas de hortalizas como zanahorias, cebollas, puerros e hinojos. Si le dijera que nuestra empresa solo quiere plantar violetas, sé que eso contentará a la opinión pública. Tendremos que levantar un par de cobertizos y, naturalmente, un muro de piedra con una puerta.

Jasmine sacó del bolso una foto enmarcada y se la entregó a él.

–Son Rosaline y su hijo Remy cuando tenía diecisiete años. Esas violetas blancas eran su orgullo. Hoy ha logrado una variedad nueva que no tiene nadie en el mundo. La llama Reine Fleury en homenaje a su madre. Crece al sol y con un poco de sombra y es prolífica. En mayo, puedes recoger todas las semanas un ramo para la casa, y así hasta septiembre. Solo una flor llena la habitación con su olor. Cuando se produzca el perfume, será la nueva arma de Ferriers.

Ella ya la había empleado con él. Tragó saliva. Independientemente de las defensas que estaba intentando levantar, esa mujer las derrumbaba tan deprisa que estaba empezando a asustarse. Tendría que esmerarse mucho para que el Consejo apoyara ese préstamo. Aunque estuviese utilizando la tecnología de su hijo, Remy Ferrier era una incógnita con muchas circunstancias detrás.

–¿Quién es el agente inmobiliario?

–Charles Boileau, de la Agence Alpes-Maritime. ¿Su nombre te dice algo?

–Mi abuelo hizo algunas operaciones con él –Luc le devolvió la foto–. Ya será mayor.

–¿Qué me ocultas? –preguntó ella mirándolo con los ojos entrecerrados.

–Recuerdo que decía que era arisco, pero también lo era mi abuelo.

Ella se rio inesperadamente y eso le encantó a él.

–¿Cuál crees que sería la mejor manera de abordarlo?

Luc podía notar la urgencia de ella. Entre su pasión por el proyecto y por el propio Remy, y que hubiese creado un perfume nuevo que podría elevar las ventas de Ferriers hasta lo más alto, notaba que estaba debilitándose.

–Llamaré a la agencia ahora mismo e iremos juntos a verlo en cuanto él pueda, hoy mismo si fuera posible. Tienes un efecto especial en todas las personas que tratas y quiero que vayas conmigo. Si el propietario y él están dispuestos a venderla y a darte un precio que yo pueda tener en cuenta, me plantearé proponerlo en el Consejo de Administración.

–Espera… –ella sacó el móvil del bolsillo–. Hay dos cosas que tienes que saber antes.

¿Todavía había más revelaciones? La nieta de Maxim Ferrier tenía tantas que ya le daban vueltas en la cabeza.

–Adelante.

Ella se mordió el labio inferior y a él le habría encantado ser quien se lo mordía.

–Todavía no soy la consejera delegada, oficialmente.

–Entonces, ¿qué fue ese comunicado del viernes? –preguntó él haciendo una mueca de fastidio.

–El abuelo dejó instrucciones para que me dieran un mes antes que ponerme al frente. Él sabía que necesitaba ese tiempo para ponerlo todo en marcha. Sin embargo, quería que se comunicara inmediatamente para que a mi familia le costara más

contrarrestar su movimiento.

–Si no eres la consejera delegada todavía, no puedo llevar esto al Consejo. ¿Por qué no me dijiste la verdad la primera vez que fuiste a verme?

–Después de nuestro conflictivo principio, pensé que no llegaría a ninguna parte si lo sabías.

Luc decidió que era completamente tonto por haberse dejado engañar por ella.

–Estoy segura de que alguien de mi familia se pondrá en contacto contigo muy pronto, aparte de Giles, para dejarte claro que no tiene fe en mí. Si los conozco un poco, ya estarán preparándose para destituirme en la próxima reunión, el viernes de la semana que viene. Al impedir que yo me ponga al frente, promoverán el ascenso de uno de ellos.

–¿Qué más me has ocultado? No te calles nada –le exigió él en tono implacable.

Ella dudó y él supo que se avecinaba algo inmenso.

–Remy no sabe nada de mis planes todavía.

–¿Qué…? –preguntó él sin poder creérselo.

–Lo que has oído.

–¿Quieres decir que no has estado en contacto con él?

–No. No lo conozco y ni siquiera sé si querrá hablar conmigo. Sin embargo, cuando tenga el préstamo, encontraré la manera.

Sus ojos dejaron escapar un destello de firmeza, pero él no pudo tomar aire ni soltarlo.

–Comprendo que debería habértelo dicho antes de que aceptaras reunirte conmigo aquí.

Luc tomó una bocanada de aire. Efectivamente, debería habérselo contado todo, pero también era verdad que él se había ofrecido. Había sido una víctima voluntaria de la capacidad de persuasión de ella. Había mordido su anzuelo invisible antes de saber qué estaba pasando.

–Sin embargo, me daba miedo… –su expresión reflejaba una angustia que despertó en él un instinto de protección que se contradecía con la desesperación que sentía–. Me daba miedo que me rechazaras sin más. Esto es muy importante. No solo está en juego la vida de la empresa, también lo está la de Remy.

La mujer que tenía delante era una mezcla desconcertante de la fuerza de un guerrero con una delicadeza femenina que podía desarmar a cualquier hombre. Lo había desarmado a él como no había hecho ninguna mujer desde el accidente del avión.

–Después de todo lo que te he contado sobre su vida, ¿no

entiendes que cuando le pida que se ponga al frente de la empresa las negociaciones tendrán que hacerse entre bastidores? Con los considerables dones que devolverá a la empresa, él tiene que creer que yo creo en él y en lo que está haciendo.

La súplica que se reflejaba en sus ojos sería su perdición si seguía atrapado por ellos. Se dio la vuelta con la barbilla levantada y notó que ella se había preparado para la batalla.

–Gracias a la decisión del abuelo, el Consejo tendrá que escucharme en lo referente a Remy. Sin embargo, el argumento de peso será que he elegido a Remy para dirigir la empresa porque era quien tenía derecho a ponerse al frente cuando murió su padre. Él es el único que puede arreglar la situación. En el fondo, toda la familia y los directivos lo saben, aunque no quieran reconocerlo. Cuento con que haya bastantes que hagan lo honroso y me respalden.

Luc se había quedado sin saber qué hacer o pensar.

–Si quieres decirme que me vaya al infierno, no te lo reprocharé porque tienes todo el derecho. Entendería que creyeras que no tengo escrúpulos por haberte traído aquí sin saber toda la verdad. Sí tengo escrúpulos, pero se trata de enmendar una injusticia y haré lo que haga falta. Incluso, no haber sido completamente sincera contigo hasta ahora.

Efectivamente, no había sido franca con él, pero, por otro lado, nunca había conocido a una persona tan maravillosa y con tantos principios. Sin siquiera conocer a Remy Ferrier, estaba dispuesta a llegar tan lejos por su abuelo, por la gran injusticia que se había hecho con su primo. Ella no había querido nada a cambio. Era una historia que le encogía el corazón. Él había estado pensando en Remy y en la tragedia que le había impedido hacer el trabajo que tanto le gustaba. Aunque tampoco lo conocía, ya tenía debilidad por él gracias a la capacidad de persuasión de Jasmine. Sus sentimientos estaban abrumándolo. Mientras seguía absorto, ella sacó la chequera del bolso.

–Como ya he cometido mi pecado de omisión contigo, te pagaré por tu tiempo, por la comida y por tus desplazamientos a Grasse. Luego, me despediré con mi agradecimiento de todo corazón.

Despedirse podía querer decir «adiós para siempre». Ella había pulsado el botón equivocado. Desde el accidente del avión, él había sido cauteloso en todos los aspectos de su vida, pero esa mujer se había metido muy dentro de él y no le gustaba que le hiciera sentirse tan impotente. Notó que un arrebato de rabia se

adueñaba de él e hizo un esfuerzo para dominarlo.

–¿Por qué no te guardas eso? El único pecado que has cometido es sacar conclusiones precipitadas sobre mí.

–No… –ella dejó escapar algo parecido a un lamento–. No sobre tu personalidad, Luc. Cualquier banquero con tu reputación y tus responsabilidades tendría muchas reservas después de la historia que te he contado. Defender mi petición en tu Consejo cuando no soy la consejera delegada legal sería hacer algo poco honrado. No puedo pedírtelo. Es esperar demasiado de alguien, pero tenía que intentarlo. Al próximo banquero que acuda, le contaré toda la verdad desde el principio. Perdóname, por favor.

Ella intentó darle el cheque que había rellenado, pero él lo rechazó.

–Nuestro choque en Yeronisos hizo que empezáramos con mal pie. Antes de que demos por terminada esta experiencia, veamos qué pasa con el señor Boileau. Todo tu plan depende de que consigas esta finca para convencer a Remy de que tu abuelo hablaba de negocios.

Sin vacilar, pulsó un número del móvil para hablar con la operadora de información.

Capítulo 5

Jasmine, atónita de que Luc quisiera seguir tratando con ella a pesar de su falta de sinceridad, se guardó el cheque. Pocos hombres habrían recibido con tanta calma esas bombas de relojería que ella le había puesto y eso la asombraba. Esperó nerviosa mientras él hacía esa llamada vital y se daba la vuelta para que no pudiera oírlo, pero no pudo evitar mirar los músculos de su espalda. Cuando volvió a darse la vuelta repentinamente, la sorprendió mirándolo y solo pudo intentar que no se notara mucho.

–¿Has hablado con el señor Boileau? ¿Cuál es el veredicto?

Los ojos negros de él dejaron escapar un destello y ella tuvo que contener un gemido porque le temblaban las piernas.

–Yo iba a preguntarte lo mismo…

¿Acaso no había pensado que él tenía algo de conquistador desde que lo vio en Yeronisos? Por segunda vez desde que lo conocía, una oleada abrasadora se adueñó de ella. Era una necia.

–Estaba intentando imaginarme cómo habría salvado tu cuerpo inconsciente si hubieses acabado en un acantilado de Yeronisos cuando intentabas escapar de un tiburón.

Él esbozó una sonrisa torcida y devastadora.

–Un pensamiento intrigante. ¿Tienes alguna idea?

–Todavía, no.

–Hasta que tu mente científica encuentre una respuesta, tenemos una cita en su despacho a la una y media. Eso nos permitirá almorzar antes. No sé tú, pero yo estoy muriéndome de hambre.

Ella pasó por alto su comentario sobre el hambre. Desde hacía unos segundos, se había dado cuenta de que Luc era un provocador. Él la devoró con esos ojos negros.

–El señor Boileau te vio en la televisión. Le faltó tiempo para acceder a nuestra petición.

–Ha sido muy amable.

Luc echó la cabeza hacia atrás y se rio con esa risa viril y profunda que le llegaba muy dentro.

–¿Quieres seguirme?

–Como eres quien tiene hambre, creo que será lo más prudente. Cuando mi padre tiene hambre, siempre encuentra la distancia más corta entre la comida y él. Intentaré seguirte.

Se montaron en los coches entre risas y se dirigieron hacia el pueblo. Se sentía tan viva que le producía una especie de placer doloroso. Pudieron aparcar en una pequeña calle secundaria y fueron hasta Gros Moine, donde, por lo visto, él también había comido muchas veces. Se sentaron a una mesa de la terraza y disfrutaron con el pez espada a la plancha y una ensalada.

–¿Vino? –le preguntó él.

–No, gracias. No mientras estoy trabajando –contestó ella por no contestar que no mientras estaba con él.

–¿Llamas a esto trabajo?

Ella tomó un trozo de pez espada con el tenedor.

–Sí, todo lo que me obliga a mantener la mente clara me impide tomar alcohol.

–Lo recordaré –replicó él con una sonrisa diabólica.

Mientras ella intentaba reponerse de la insinuación de que habría más veces, el dueño se acercó a la mesa.

–*La belle* Jasmine. Siempre es un honor servirte.

–*Merci,* Jules. El pescado es excelente.

Él clavó en Luc sus ojos marrones.

–¿Él es el secreto que no quisiste desvelar el otro día en la televisión?

–Lo soy –contestó la voz que ella había oído en sueños.

Ella lo miró sin salir de su asombro y Jules se llevó una mano al corazón.

–*L'amour, l'amour*… Vuestro secreto está a salvo conmigo –los miró alternativamente–. El camarero os traerá un postre cortesía de la casa. Nuestra tarta de frambuesas. ¡Disfrutad!

–Has sido más atrevido incluso que Michel Didier durante la entrevista –le dijo ella en cuanto Jules se marchó.

Él la miró por encima del borde de la copa de vino.

–No he podido resistirme. Le gustas tanto como al entrevistador de la televisión, y como a Thomas, mi ayudante. Al señor Boileau ya se le ha hecho la boca agua solo de pensar en tu llegada.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

–Tengo que reconocer que se te da bien decir lo que piensas, Lucien Charriere.

Salvo aquella vez en la isla, cuando creyó que estaba intentando ligar con ella, no había oído a ningún francés hablar

como él. Eso era porque, cuando hablaba, no le parecía un cuento chino. Él arqueó una ceja peligrosamente.

–Entonces, ¿he aprobado tu examen?

–¿Cuál?

–El único que cuenta –contestó sin el más mínimo brillo burlón en los ojos.

Si pasaba mucho más tiempo con él, tendría que ir al cardiólogo.

–Si conociese a tu madre, sospecho que me diría que eras un trasto desde que pudiste levantarte en la cuna.

–Y mucho más –bromeó él–. Mis padres están de viaje en este momento, pero podrás preguntárselo cuando vuelvan. Me ocuparé de ello.

El camarero les llevó la tarta de frambuesa en el momento preciso. Ella comió varios bocados. En Francia, un hombre no llevaba a una mujer a que conociera a su madre si no había hincado la rodilla antes. Ella no podía respirar.

–¿Tu familia es muy grande?

–Tengo una hermana y un hermano mayores. Los dos están casados y tienen hijos. Aparte, tenemos tíos, tías y primos por todos los alrededores. Te contestaré ya a tu próxima pregunta. Mi padre dirige una empresa multinacional de servicios financieros.

–¿Por qué no trabajas con él?

–La Bolsa tiene muchos riesgos. No quiero llegar a viejo con úlcera. Mi abuelo llevó una vida menos frenética en la banca y llegó hasta muy mayor.

Ella volvió a sentir remordimiento por preguntarle tantas cosas sobre él y dejó el tenedor en el plato.

–Te he puesto entre la espada y la pared, ¿verdad?

Él se terminó la tarta.

–Siempre me ha gustado *El hombre de la máscara de hierro*. Por una vez en mi vida, podría ser emocionante ayudar a una causa noble y poner en el trono al rey que se lo merece. La idea es atractiva para una parte de mi instinto aventurero, aunque esté profundamente enterrado.

A Jasmine le intrigó que lo reconociera porque había algo importante detrás de ello.

–¿Por qué está profundamente enterrado?

–Es posible que te lo diga un día de estos. Si has terminado, ¿podemos irnos? –él dejó unos billetes en la mesa–. La agencia inmobiliaria está en el otro extremo de Grasse. Estoy ansioso por verte obrar esa magia que hipnotizó a toda la audiencia de

televisión el viernes por la noche.

La ayudó a levantarse de la mesa y se dirigieron hacia los coches. Ella se montó en el suyo y lo miró por la ventanilla abierta.

–Trabajar con mi abuelo fue mágico, pero mientras hablaba, temía que Remy y su familia pudiesen estar viéndome. Aunque lo más probable es que él evitara verlo para ahorrarse esos recuerdos dolorosos.

Luc apoyó la cabeza en lo alto de la puerta y sus cabezas quedaron muy cerca.

–Me encantaría ver sin ser visto cómo le expones tu caso. Tu preocupación por él me desgarró el corazón, Jasmine. Si es el hombre que dices que es, tus palabras lo transformarán.

–Espero –susurró ella con un nudo en la garganta.

Ella tuvo la sensación de que quería besarla. Aunque quizá fuese porque quería que la besara. Mientras lo esperaba con un anhelo que no la abandonaba, él se dio la vuelta, se dirigió rápidamente hacia su coche y la dejó desolada. Consternada y asustada por esas emociones desconocidas que la dominaban, rebuscó las llaves y puso el coche en marcha.

Esa mañana, cuando salió de su casa, había esperado que Luc le diese una oportunidad después de ver la finca. En ese momento, cuando él estaba haciendo lo que estaba haciendo con fe ciega, le abochornaba querer algo más de él. ¡Había querido sentir su boca sobre la de ella!

–¡Te seguiré! –le gritó ella.

Intentó seguirlo con el corazón acelerado. Él condujo deprisa mientras buscaba el edificio, donde encontraron sitio para aparcar. Entraron en la agencia y la recepcionista los acompañó hasta el despacho. El agente, de unos sesenta años y un poco calvo, se levantó sonriendo y se acercó a ellos. Luc la presentó.

–Es un auténtico honor conocer a la nueva consejera delegada de Ferriers, señorita Martin.

–Gracias por recibirnos tan pronto.

–El señor Charriere me ha informado de que tiene cierta emergencia.

Ella, que le debía todo a Luc, lo miró con una sonrisa.

–Tiene razón. Existe una cuestión de tiempo.

–Entonces, sentémonos y cuénteme qué puedo hacer por usted.

Luc se sentó, se dejó caer contra el respaldo y le dio la carpeta a ella. Estaba claro que iba a dejarlo todo en sus manos. En ese sentido, le recordó a su abuelo, quien siempre la había

considerado una igual. Él no podía saber cuánto se lo agradecía.

–Sé que no se ha anunciado, pero también tengo entendido que los terrenos de la vieja abadía están en venta otra vez. Me gustaría comprarlos para la empresa.

Jasmine pasó unos minutos explicándole lo que quería y le entregó unos papeles de la carpeta.

–El propietario no podría poner objeciones al uso que quiero darle. Con esta venta, todos saldrían ganando y conservaría la tradición de esa tierra.

–Lamento decirlo, pero hay alguien que ya ha hecho una oferta –replicó el agente con las pobladas cejas fruncidas.

–Me lo temía.

–¿Ya se ha depositado una fianza? –preguntó Luc.

El hombre mayor se sonrojó y se aclaró la garganta.

–No puedo decírselo.

–Una oferta verbal no es sólida y eso significa que no tiene una todavía –replicó Luc con una autoridad asombrosa.

El agente no tenía realmente un comprador y Luc lo había sabido desde el principio. Era un farol para saber cuánto dinero podía sacarle a Ferriers, pero Luc no iba a permitírselo.

–¿Qué precio piden?

El señor Boileau dijo una cantidad de ocho cifras que era superior a la que ella había previsto y el alma se le cayó a los pies.

–No me extraña que no la haya vendido todavía. Si existe su otro cliente, cosa que dudo, entonces supongo que estará buscando la financiación necesaria. Sin embargo, conociendo el mercado como lo conozco, no va a conseguir que nadie le pague ese precio –replicó Luc poniendo nervioso al hombre mayor–. Si lo baja dos millones de euros, la señorita Martin podría estar interesada. Tiene por escrito que Ferriers dará el uso debido a esa tierra. Eso satisfará al vendedor. Si no, se quedará otros veinte años ahí y usted lo sabe.

El agente juntó las manos mientras pensaba la oferta. Jasmine no se atrevió ni a moverse. Luc se había hecho cargo con una maestría pavorosa que explicaba por qué lo habían nombrado consejero del banco siendo tan joven. Era impresionante verlo en acción.

–¿Está dispuesto a firmarlo ahora mismo? –preguntó el otro hombre.

Ella pudo ver los signos de dólar en sus ojos y eso significaba que Luc lo había atrapado.

–Si nos concede un minuto a mi cliente y a mí, se lo agradeceríamos.

–Naturalmente.

El agente se levantó y salió del despacho. Jasmine, presa del pánico, se volvió hacia Luc.

–Todavía no has presentado nada al Consejo de Administración del banco. Creía que me habías dicho que sería muy arriesgado porque todavía no soy la consejera delegada oficial.

–Tengo más información que la que tenía cuando acudiste a mí. Te diré lo que haremos, Jasmine. Te autorizaré a que firmes el depósito de una fianza con el agente hoy mismo, siempre que hables con Remy Ferrier acto seguido. Él tiene que aceptar tu plan y reunirse conmigo después. Si todo sale bien, concederé el préstamo y podrás venir a comprar los terrenos.

–¡Pero no quiero que te juegues tu puesto en el banco! Naturalmente, estoy entusiasmada, pero no a costa de que hagas algo que puedas lamentar.

–No te preocupes por eso ahora. Por lo que a mí se refiere, tienes que preocuparte por Remy Ferrier. Puedes enseñarle que has firmado el depósito. Eso debería demostrarle que lo respaldas completamente. Yo me ocuparé del resto.

–No si no se hace bien –ella se levantó–. ¡No dejaré que hagas algo que te perjudique!

–No lo haré. Si soy sincero, me has convencido de que está en juego la vida de un hombre, y la de una empresa que debería ser suya. Si existe algún riesgo, estoy dispuesto a correrlo por un ideal.

No podía haber otro hombre como él en el mundo, pero no podía dejar que lo hiciera.

–No creas que no te agradezco lo que estás intentando hacer, pero vamos a abandonar. Cuando salgamos, le diré al agente que he cambiado de opinión.

Luc le tapó el paso.

–¿Qué fue lo último que dijo Carlton en *Historia de dos ciudades*? «Lo que hago es, con mucha diferencia, lo mejor que he hecho jamás» –dijo él con un brillo abrasador en los ojos–. Tú me lo has enseñado, Jasmine. El señor Boileau está dispuesto a hacer negocios, ¡hazlos!

Ese hombre tenía una talla que ella no podría haber sospechado cuando se conocieron la primera vez. ¿Fue solo hacía unos meses?

–Pero Luc… ¿qué pasará si Remy no puede aceptar lo que su primo quería para él?

–Entonces, perderás el dinero del depósito, eso es todo –contestó él mirándola con intensidad–. No obstante, creo que lo conseguirás.

–¿Y si me equivoco y Remy no puede salvar la empresa? Entonces, todo lo que has hecho habrá sido en vano.

–Tienes un plan previsto, ¿verdad?

–Claro. Encontraré un comprador para los terrenos y te devolveré el dinero con los intereses. Si no puedo conseguirlo en un plazo aceptable, te entregaré La Tourette.

Su abuelo le había dejado la casa y la finca en herencia. Ella, a cambio, tenía pensando cedérselo todo a Remy, pero si él rechazaba lo que le correspondía, y ella no podía encontrar un comprador, entonces se cercioraría de que fuera a Luc.

–¿Lo ves? –comentó él–. Nada de todo esto habría sido en vano. Paso a paso, Jasmine. ¿Le digo que vuelva?

–¿Estás seguro? –le preguntó ella mirándolo a los ojos.

Él se acercó y la agarró con fuerza del brazo. Notó que su calidez se adueñaba de ella.

–Nunca he estado más seguro de nada en mi vida.

Su confianza en ella era mayor todavía que la de su abuelo, si eso era posible. Luc no era de la familia. Hacía menos de dos semanas, eran unos desconocidos, salvo por el incidente en Yeronisos. Ella no podía fingir que entendía los motivos de él para implicarse así. Sin embargo, tampoco era tan ingenua como para no saber que le pediría algo a cambio. Aun así, había algo claro. Él confiaba en ella y nunca le habían hecho un regalo mejor. Mientras seguía intentando comprenderlo, el agente llamó a la puerta y asomó la cabeza.

–¿Necesitan más tiempo?

–No. Estoy dispuesta a depositar una fianza con un plazo de una semana.

Jasmine tenía que localizar a Remy y eso podría resultar complicado. El hombre mayor se frotó las manos, como ella había previsto. La transacción se firmó en veinte minutos con el dinero que su abuelo había depositado en una cuenta para ella. Se estrecharon las manos y Luc la acompañó a su coche.

–¿Qué vas a hacer el resto del día? –le preguntó él una vez que ella estaba dentro.

–¿Te refieres a este día inolvidable que habría sido imposible sin ti? Mientras todavía me bullen las endorfinas gracias a tu

obsequio desinteresado, voy a buscar la mejor manera de verme con Remy. Tengo que abordarlo en el momento adecuado.

–Ha sido cualquier cosa menos desinteresado.

Ella tuvo que tomar aliento. Todavía no sabía el motivo verdadero para que la hubiese ayudado, pero lo descubriría más tarde.

–Sea cual sea el motivo, estoy en deuda contigo.

–Solo te pido un favor –ella se preparó–. Independientemente del resultado de tu visita a Remy, llámame cuando hayas hablado con él.

Ese favor era muy fácil de hacerlo. El pulso le latió en los oídos.

–Serás la primera persona que lo sepa todo, pero no sé cuándo conseguiré ponerme en contacto con él.

–Es verdad, pero un cultivador de flores nunca se aleja mucho de su plantación.

–Tienes razón.

–Ya sabes dónde encontrarme –añadió Luc apartándose de la puerta.

Ella vislumbró un inesperado brillo triunfal en los ojos de él y, por algún motivo inexplicable, se estremeció.

–Hasta pronto –se despidió él antes de dirigirse hacia su Jaguar.

El martes por la mañana, Jasmine se dirigió hacía Fleury, la plantación con una casa vieja y pequeña a las afueras de Grasse. Estaba en deuda con Luc por haber podido llegar hasta ahí, aunque todavía no sabía a qué precio. Gracias a él, podía poner en marcha el plan mucho antes de lo que se había imaginado. Ya solo dependía de ella que ese momento crucial para dos vidas diese frutos, pero tenía tanto en contra que tembló de miedo.

Cuando se miraba en el espejo, le costaba ver a alguien que no fuese ella misma. Quienes conocían a su padre, veían sus ojos azules y su nariz en ella. Quienes conocían a su abuelo, veían su pelo oscuro y sus cejas en ella. Quienes conocían a su madre, veían el delicado óvalo de su rostro. Sin embargo, la mayoría veía la huella de su abuela Megan en su semblante, desde su sonrisa hasta la singular arruga en la frente, desde la expresión melancólica que tenía de vez en cuando hasta su figura. Eso era lo que la asustaba. Dos primos habían amado a su abuela con una pasión que duraría eternamente. Megan también los había amado

a los dos, pero aunque Remy la había encontrado primero, ella le había entregado su corazón a su abuelo.

Cuando Remy la mirara, ¿podría pasar por alto el recuerdo de la abuela lo suficiente como para escucharla? ¿El dolor sería tan intenso que no podría soportarlo?

Tembló de los pies a la cabeza mientras conducía por el pequeño terreno con hileras de violetas que la llevaba a la casa. Se detuvo al ver a un hombre inclinado que cuidaba una de las plantas al sol de la mañana. Llevaba vaqueros

y una camisa blanca remangada hasta los codos. Estaba de espaldas a ella y a cierta distancia, pero reconoció el pelo cobrizo y se acordó del comentario de Luc sobre el cultivador y su plantación. Tenía sesenta y seis años, pero conservaba un pelo y una fortaleza física que podrían haber pertenecido a un hombre mucho más joven. Le había parecido muy apuesto en todas las fotos, pero no lo había visto todavía. Había llegado el momento. Guardó la carpeta en el bolso de paja y se bajó del coche. El olor le pareció casi embriagador, pero se acercó a unos metros de él.

–Hola –se aclaró la garganta–. Estoy buscando a Remy Fleury Ferrier.

Él se incorporó y se dio la vuelta. La miró durante un momento interminable, hasta que sus ojos verdes parecieron arder y retrocedió tambaleándose. Ella sabía a qué mujer estaba viendo y, aunque estaba bronceado, supo que había palidecido.

–*Mon Dieu* –susurró él como si hubiese visto un fantasma.

–No tenemos la misma sangre, pero también quiero a esta tierra que amas con toda tu alma. Eres el hijo que debió ponerse al frente de Ferriers el mismo día que murió tu padre.

Sus ojos verdes se oscurecieron por la emoción.

–Soy Jasmine, una nariz de poca importancia. Mi abuelo me utilizó para que fueses el consejero delegado de una empresa que levantaste hace años, y que te necesita urgentemente –Jasmine aprovechó que se había quedado mudo para sacar la carpeta y entregársela–. Léete esto y verás que el Banque Internationale du Midi nos presta el dinero para comprar los terrenos de la vieja abadía. Luciene Charriere, su consejero delegado, quiere reunirse contigo. Aquí está el documento del depósito de la fianza. Si estás dispuesto a hacerte cargo de la empresa, esas tierras serán nuestras y plantaremos miles de tus valiosas violetas de Parma. Ya he hecho el perfume con las flores que compré el sábado en el mercado. Toma una muestra –le dejó un frasco en la otra mano–. Había pensado llamarlo Parfum Reine Fleury, en honor a tu

madre. Contigo al frente, la empresa volvería a ser más grande de lo que ha sido. Desgraciadamente, la vida dio un golpe monstruoso a la familia bajo el mandato de tu despótico padre. Perdóname por ser tan brutal, pero no todos los hombres que pueden tener un hijo sirven para ser maridos o padres –ella se acercó un poco más–. He oído hablar de ti toda mi vida. Sé la historia larga y tortuosa que te dejó al margen. El abuelo te quería mucho y me lo contó todo.

Él dejó escapar un sonido que se pareció a un sollozo. Ella sacó la foto.

–Esta es mi foto favorita de las que tu madre colgó en la escalera. La escalera de tu casa, Remy. Tú eres el propietario legal de la casa y la finca, nadie más.

Él tomó la foto y se movió como si estuviese en un sueño.

–Me siento un poco como el rey Ricardo cuando nombró caballero a Robin Hood y dijo: «Se os reponen todas vuestras residencias». ¿Qué decís a eso, sir Robin de Loxey? –ella notó que las emociones lo embargaban y se le formaba un nudo en la garganta–. ¿Puedo abrazarte, querido Remy? Te he querido desde hace mucho tiempo y he esperado este momento desde hace una eternidad. Por favor –le pidió ella con una voz suplicante.

Él se quedó inmóvil durante un rato interminable, pero acabó dejando las cosas y extendió los brazos. Ella corrió hasta él y lo abrazó con lágrimas en los ojos.

–El abuelo lloró por ti más veces de las que puedes imaginarte. Su plan era ponerme al frente hasta que volvieras a casa, donde siempre debiste estar –Jasmine se apartó, pero no le soltó los brazos–. Tienes que creerlo. El abuelo falleció pronto, pero sé que nunca descansará en paz hasta que aceptes su amor y lo perdones. ¿No sabes en lo más profundo de tu ser que te quería? Dijo tu nombre al expirar el último aliento.

Remy suspiró profunda y temblorosamente.

–Yo también quería a Max. Él no hizo nada malo. Mi padre fue el único responsable del daño que nos hizo a mi madre y a mí. Sin embargo, llevado por la rabia, culpé a Max de todo. Tardé años en aceptar la verdad sobre mi vida, sobre Megan. Max y ella siempre han sido sinceros conmigo, pero preferí creer que me traicionaron. Cuando me casé con Louise y tuvimos un hijo, mis sentimientos empezaron a cambiar. Sin embargo, mi esposa estaba molesta por no tener nunca suficiente dinero y nos dejó a Jean-Louis y a mí. La verdad es que él fue mi salvación. Cuando se casó, le hablé con franqueza sobre mi vida y decidí ir a ver a

Max para pedirle que me perdonara por cómo lo había tratado –los ojos se le empañaron de lágrimas–, pero murió inesperadamente.

–Fue una conmoción para todos.

–Escribí una carta a Megan para decirle todo lo que sentía. Ella me contestó y me dijo que mi carta le había aliviado el corazón. Me quedé consternado cuando ella murió poco después.

–Remy… –ella volvió a abrazarlo–. No sufras más. Estoy segura de que saben lo que sientes y están contentos. Lo único que queda es que te hagas cargo de la empresa.

–Salvo por una cosa –replicó él con una sonrisa–. No creo que la familia vaya a recibir con los brazos abiertos, como tú has hecho, a un anciano exalcohólico y que estuvo amargado.

–No eres un anciano y ellos no son de tu sangre. Tú eres el auténtico Ferrier y se quedarán encantados de saber que les salvarás el pellejo porque no hay nadie más. Dales una oportunidad. ¡Hay muchos años por delante! ¡Vas a aceptar!

–¿Acaso tengo elección? –preguntó él entre risas.

–¡Ninguna!

–Ven a casa para que conozcas a mi familia.

–Estoy deseando –él recogió las cosas, ella lo agarró del brazo y empezaron a caminar–. ¿Ha nacido alguna nariz?

Él volvió a reírse a pesar de las lágrimas. Aparte del de Luc, era el sonido más hermoso que ella había oído en su vida.

El móvil de Luc sonó el viernes por la mañana. Después de dos noches atroces en vela, se levantó de la cama de un salto y agarró el teléfono de la mesilla. Por fin vio el nombre que quería ver en la pantalla.

–Jasmine…

–Perdóname por llamarte tan pronto, pero quería encontrarte antes de que te fueras a trabajar. Necesito tu consejo. ¿Tienes tiempo para un desayuno rápido? Te veré en Chez Arnaud, que está cerca de tu banco.

Había estado subiéndose por las paredes desde que se separaron hacía dos días y habría quedado con ella en cualquier sitio, pero como ella ya tenía pensado algo…

–¿Cuánto tardarás en llegar?

–Media hora.

–Allí estaré.

–Mi deuda contigo cada vez es mayor –dijo ella antes de

colgar.

Las endorfinas de las que había hablado ella lo dominaron por dentro. No iba a ser otro día sin ella, como había temido. Se duchó y afeitó en tiempo récord y se vistió con un traje. Él ya tenía planes para el final del día en los que entraba Jasmine, pero ella no los sabía.

Se le entrecortó la respiración cuando llegó y la vio sentada a una mesa de la terraza. Llevaba una blusa y una falda, como el día anterior, y ya estaba preparada para trabajar. Si había alguna diferencia, era la sonrisa de oreja a oreja que le dirigió y que lo iluminó por dentro. Jasmine tenía buenas noticias o sus ojos no resplandecerían más que el mar que tenían detrás.

–Gracias por quedar conmigo tan precipitadamente, Luc. Me he tomado la libertad de pedir el desayuno para los dos, para que no te retrases.

–Te lo agradezco –él se sentó enfrente de ella–. Ahora, quiero que me hables de Remy. Evidentemente, has dado con él.

El camarero les llevó el desayuno, les sirvió café y se marchó.

–Ayer por la mañana. Lo encontré cuidando sus violetas. Lo que demuestra, entre otras cosas, que eres clarividente.

–Es la tierra de las flores. No puedes pasar junto a un campo sin que haya alguien allí. Ahora, cuéntamelo todo.

Las lágrimas asomaron en los ojos de ella, pero las contuvo en las pestañas.

–Luc… ¡Él es maravilloso!

–¿Hasta cuándo vas a tenerme en ascuas?

–Durante los primeros cinco minutos, hablé solo yo –le explicó ella después de reírse con delicadeza–. Creí que él no iba a reaccionar, pero, cuando yo ya estaba casi desesperada, extendió los brazos –ella se estremeció al intentar contener la emoción–. Es extraño, pero me resulta muy familiar, como que es mi tío abuelo… Nuestra charla fue catártica. Lo quiero y sé que es más que apto para llevar la empresa. Tú pensarás lo mismo cuando hayas hablado con él.

Entonces, él supo que le había pasado algo sobrecogedor y que no podía evitarlo.

–Pasamos todo el día y toda la noche hablando del asunto –siguió ella–. Está dispuesto a hacerse cargo de la empresa, pero sabe que conseguir la mayoría de los votos será una batalla complicada. Le dije que querías verlo porque serás su banquero en el futuro. ¿Cuándo quieres que pase por tu despacho?

Luc lo pensó un instante. Thomas podía buscarle un hueco en

la agenda.

–¿Esta tarde a las dos?

–¡Perfecto! Allí estará. Me gustaría pedirte otra cosa si no te importa. Necesito tu consejo sobre algo y eres el único que puede ayudarme.

–¿Qué…?

–Cuando tu abuelo presentó tu nombre para que ocuparas su puesto, ¿cómo lo hizo cuando había otros hombres mayores que tú que también querían ocuparlo? ¿Se reunió en privado con cada integrante del Consejo?

Él estaba tan estupefacto por haberse dado cuenta de que estaba loca y dolorosamente enamorado de Jasmine que no oyó casi las preguntas. Había conocido el poder del amor cuando era joven, pero la tragedia lo había convertido en un hombre distinto. Ya era un hombre de treinta y cuatro años que, probablemente, había vivido la mitad de su vida, pero había pasado gran parte de esa vida evitando el futuro dolor de la pérdida.

–Luc… –él volvió a la realidad al oír el tono preocupado de Jasmine–. ¿Te pasa algo?

Él intentó reponerse. Su petición de consejo había sido una lección de humildad, pero lo preocupaba. Cuando ya no lo necesitara, ¿lo desearía tanto como él la deseaba a ella? Tenía que volver a su despacho y pensar.

–Perdóname, Jasmine. Quiero contestar tus preguntas, pero no aquí, mientras nos espera todo un día de trabajo. Cuando venía hacia aquí, mi ayudante me avisó de que tengo que ocuparme de un asunto antes de la primera cita. Lo siento, pero tengo que marcharme –él se terminó el bollo y bebió un poco de café–. ¿Por qué no me llamas después de mi reunión con Remy y hablamos? –le preguntó él mientras se levantaba.

–Claro –contestó ella–. Gracias por quedar conmigo, Luc.

–Yo te pedí que me avisaras cuando hubieses visto a Remy –se miraron a los ojos–. Estoy deseando encontrarme con él. Hablaremos luego.

Dejó unos billetes en la mesa y se alejó. Le pareció que ella lo llamaba, pero siguió su camino.

Cuando Remy Ferrier llegó a su despacho y se sentó con él, le impresionó su dinamismo. ¡Le parecía que estaba hablando con un hombre de cincuenta años! El primo de Maxim Ferrier era igual de atractivo, sofisticado e inteligente, pero de una manera completamente distinta. Hablaron sobre los avances tecnológicos de su hijo y sobre las ideas de Remy sobre el futuro del cultivo de

flores. Entonces, Luc se dio cuenta de que ese hombre extraordinario tenía visión de futuro y firmeza de carácter. Ferriers no podía ir mal con ese hombre al frente.

–Si el Consejo no me acepta, no pasa nada. Que Jasmine haya venido a verme en nombre de mi primo ha significado mucho para mí. Me ha cambiado la vida y se lo agradeceré siempre. Gracias por todo lo que habéis hecho.

–Ha sido un placer.

Luc recordó a Jasmine diciendo que Remy era maravilloso. Tenía razón. Él le habló de cuánto quería a su primo, quien intentó por todos los medios que él dirigiera la empresa después de la muerte de Paul, pero no lo consiguió entonces.

–Sé que nada de esto habría sido posible si no hubieses escuchado a Jasmine –añadió Remy antes de marcharse–. Ha heredado muchas cosas de su abuela Megan. Ayer, cuando vino a la plantación para pedirme que me hiciera cargo de la empresa familiar, fue como si estuviera con Megan otra vez. Tiene dulzura y entusiasmo. Me di cuenta de que no podía negarme. No la querría más si fuese mi propia nieta.

Remy le había transmitido mucha información al reconocer eso. Él sabía que había un problema subyacente que había mantenido apartado a Remy. Ese problema había sido una mujer, la esposa de Maxim Ferrier. En definitiva, Remy tampoco había podido negarse a Jasmine. Él no sabía qué había pasado, pero conseguiría que Jasmine se lo contara algún día.

Llamó a la mujer en la que pensaba constantemente en cuanto Remy se marchó del banco. Ella contestó inmediatamente. Aparte de que estuviera ansiosa por oír lo que tenía que contarle sobre Remy, esperaba que estuviese igual de ansiosa por oír su voz. Lo tenía tan alterado que ya no se reconocía a sí mismo.

–En pocas palabras, Remy es el hombre idóneo en todos los sentidos. Estoy convencido. ¿Por qué no vamos esta noche a lo alto de la colina? Hay una posada muy pintoresca que sirve cordero con menta asado en brasas de leña.

–Hace años que no voy por allí, pero recuerdo que era delicioso.

–Perfecto. Nos dará la privacidad y el tiempo que necesitamos para plantear la estrategia.

–No creo que pueda salir de trabajar antes de las seis –comentó ella después de pensarlo.

–Muy bien. Podemos quedar a las siete en tu casa. Prefiero recogerte ahí que en el laboratorio. Estoy deseando que nos

veamos esta noche.

Y eso era decir poco. Cortó la llamada y fue a su casa para prepararse. Se duchó y se afeitó y se puso una camisa y unos pantalones informales. La charla que tuvo con Nic le había ayudado a darse cuenta de sus sentimientos. Como dijo su amigo, primero tenía que resolver la parte de los negocios. Eso era lo que pretendía hacer para que pudiera pasar a lo personal. Tenía que estar con ella esa noche. Salió de su casa y decidió que tenía que serenarse. El olor de las flores en los campos y la calidez de la tarde eran como un afrodisiaco.

Sabía a dónde tenía que ir. Había estado en la casa de los Ferrier hacía muchos años, cuando fue con su abuelo por trabajo y lo esperó fuera, dentro del coche. El camino de entrada estaba flanqueado por cipreses y naranjos y ese sitio era la envidia de todos los que lo conocían. Entonces, no podía imaginarse que cierta nieta también iba mucho por allí y que seguía los pasos de Maxim Ferrier. Era posible que incluso hubiesen coincidido. Se le aceleró el corazón al pensar que esa noche iba a estar con ella. No pensaba permitir que se alejara de él y se había ocupado de taparle todas las escapatorias.

Cuando llegó delante de la casa, ella apareció con un vaporoso vestido naranja. Él había llegado pronto, pero ella ya estaba allí. La falda se le arremolinaba alrededor de las piernas largas y elegantes cada vez que daba un paso. Se había recogido el pelo oscuro con una pinza. Él tuvo que contener al aliento por su tentadora figura. Se miraron a los ojos cuando se bajó del coche y lo rodeó para ayudarla.

–Esta tarde llevas un perfume distinto –comentó él.

–No llevo ninguno. Será el champú.

–Hueles a melocotón.

Ella lo miró fijamente cuando estuvieron sentados.

–Espero que te guste. El abuelo creó el aroma. Tienes buen olfato. Es posible que estés en la actividad equivocada.

–¿Quieres que ponga la capota? –le preguntó él entre risas.

–No, por favor. Me encanta la brisa. Puedes oler todo lo que está brotando.

–Por eso he traído el descapotable.

–Me extraña que no lo lleve todo el mundo por aquí. He trabajado durante años en un laboratorio oscuro. Es un placer estar al aire libre y oler todos los aromas. Cuando estoy en casa, trabajo al aire libre.

–Estás en casa –replicó él con perplejidad.

–No. Puede decirse que Grasse ha sido mi segunda casa gracias a mis abuelos, pero mi casa está en Driggs, Idaho, donde ayudo en el rancho. Lo que más me gusta en el mundo es montar a caballo entre la salvia. Cuando acaba de llover, el olor es casi tan intenso como el del jazmín en flor. Lo echo de menos. Me marcharé en cuanto Remy se haya hecho cargo.

–Te refieres a unas vacaciones bien merecidas.

–No. Para siempre. Me temo que soy como el abuelo. No quiero ser la jefa de nada. Por eso te agradezco tanto que me hayas ayudado a solucionar todo tan deprisa.

Él agarró el volante con todas sus fuerzas. De repente, su mundo estaba volando por los aires.

–No lo entiendo. Tu abuelo te designó como la nariz de la empresa. Todos estos años…

–Luc, nunca me arrepentiré de todo el tiempo que pasé con él, pero, una vez que he creado en secreto un perfume con las violetas que cultiva Remy, tengo otros intereses y ya lo he resuelto con él.

–¿Qué has resuelto? –preguntó él sintiendo una descarga de adrenalina.

–Cuando él quiera comercializar un producto nuevo, empleará a otros químicos del laboratorio. Si se encuentran con algún problema, me llamará y vendré para ayudarlos.

La cabeza le daba vueltas y tenía la sensación de que solo podía haber un motivo para que Jasmine pensara volver a Estados Unidos: un hombre. Sin embargo, estaba manteniéndolo en secreto hasta que hubiera conseguido poner a Remy al frente. ¿Era él un ranchero como su padre? ¿Se había prometido ya? No llevaba anillo, pero eso no significaba nada si estaba enamorada de él. En ese caso, ¿por qué no estaba él en Chipre con ella? Le abrumaban las preguntas. Sobre todo, porque había notado que la tensión sensual entre ellos había aumentado desde que se conocieron. Era algo tan real que no reconocía al hombre en el que se había convertido desde que se conocieron en Yeronisos. Pensaba descubrir la verdad antes de que esa noche hubiese terminado. Haber oído que tenía planeado marcharse para siempre era como estar en aquel avión con el motor estropeado. Cuando veía que se acercaba a la tierra, el mundo también se había presentado ante él como un destello. Sin embargo, no iba a revivirlo.

Capítulo 6

Cuando no quería que una planta se hiciera más grande, la podaba por el brote. A juzgar por el silencio de Luc, había logrado su objetivo, pero eso no la había tranquilizado, ni mucho menos.

Remy le había contado el descubrimiento científico de su hijo. Lo llamó mecanismo de reloj biológico. Ayudaba a sincronizar el crecimiento y a controlar el ritmo. Eso permitiría que el cultivador ahorrara en mano de obra y en el reparto, podría ahorra miles de dólares a Ferriers.

–Maximizaremos la producción y reduciremos los costes de la cosecha porque se puede hacer todo de una vez.

Ese descubrimiento era otra arma en el arsenal de Remy, pero ella lo había aplicado a la situación con Luc. Ella ya estaba más metida de lo que quería estar. No pensaba volver a verlo después de esa noche. Su propio mecanismo de control había sido contarle con franqueza lo que iba a hacer con su vida. Al dejarle claro que sus encuentros con él habían sido solo de trabajo, cortaría el crecimiento de algo que era imposible. Había llegado el momento de terminar. Su porvenir estaba en Idaho. Se lo había prometido a sí misma y a sus padres, a quienes había desgarrado el corazón. Entonces, quizá se librara del remordimiento. Había tenido remordimientos de todo tipo desde la última visita de sus padres. El dolor y la decepción que vio en sus ojos la habían atormentado tanto que ya no podía vivir así.

Cuando Luc llegó a la posada, los sentaron en el jardín. Eran los únicos comensales en esa zona, pero no tardaría en llenarse. Era un ambiente perfecto para su reunión de trabajo con él. Sin embargo, tenía el corazón en la garganta y jamás en su vida se había sentido con menos ganas de trabajar. Lo miró de soslayo. Su mentón, aunque afeitado, conservaba una sombra que hacía que pareciera una estatua antigua. Volvió a recordarle a sus antepasados ligures, esos guerreros que lucharon con arrojo contra los romanos. La idea la alteró infinitamente.

Un camarero les tomó el pedido del cordero y Jasmine pidió también un café.

–Que sean dos –añadió Luc.

Él se dejó caer contra el respaldo de la silla y fue directamente al grano.

–Te contestaré a la pregunta que me hiciste en el desayuno. Mi abuelo sabía que le costaría que me nombraran, pero creía que una reunión con cada uno de los consejeros no cambiaría nada. Naturalmente, ellos tenían la percepción de que me faltaba consistencia. Al final, los reunió a todos y me dejó hablar para que pudiera plantear mi idea de hacia dónde tenía que dirigirse el banco, o no.

–Tu abuelo sabía que podías salir airoso –comentó ella mirándolo fijamente–. Por eso salió bien. Gracias por darme la respuesta que necesitaba. Después de haber estado con Remy, sé que él también podrá.

–¿Tiene la consistencia necesaria? –preguntó él inclinándose hacia delante.

–Sí. En cuanto a ti, naciste con la capacidad de conseguir las cosas. Lo vi con el señor Boileau. Nadie ha podido enseñártelo, Luc. Remy tiene esa misma capacidad. Aunque está pegado a su tierra, también es un hombre de mundo con una sensibilidad refinada que capta la gente. El Consejo desconoce su valía, pero no por mucho tiempo. En vez de intentar convencerlos, seguiré el ejemplo de tu abuelo y dejaré que sea él quien hable. Cuando le hayan oído presentar sus ideas y se hayan dado cuenta de lo bien que entiende la empresa que puso en órbita, los tendrá en un puño.

–Estoy de acuerdo, Jasmine. A mí me impresionó sorprendentemente y sé que pasará lo mismo con tus consejeros.

–¡Me alegro de que te lo parezca! –exclamó ella–. Después de que él haya hablado, yo les recordaré que, si hoy existe una empresa y ellos tienen un empleo, es gracias a Remy. Cientos de familias que trabajan para la empresa en la región, y que siguen sintiendo una gran lealtad hacia él, aplaudirán su elección. Aunque Paul tenía nariz, no podría haber triunfado sin el abuelo. Además, antes de hacer un perfume y venderlo hay que conocer la infraestructura, como Remy.

–¿Cuándo es la reunión? –preguntó él al cabo de un rato.

Sin embargo, ella no vio calidez en sus ojos negros. ¿Qué estaba ocultándole? Había algo que lo preocupaba.

–Este lunes no, el siguiente. Sin embargo, voy a adelantarla a dentro de una semana desde hoy.

–Eso es muy pronto.

–Sí, pero el factor sorpresa favorecerá a Remy.

El camarero se acercó para servirles y volvió a marcharse.

–¿No saldría bien si esperaras al lunes como estaba previsto? –preguntó Luc–. ¿Qué prisa tienes?

–No conoces a los familiares del Consejo –contestó ella antes de comer un trozo de cordero–. Cuanto menos tiempo tengan para complicar la situación, mejor.

–Y cuanto antes puedas volver a tu casa.

–Sí. Estoy impaciente por volver con mi familia.

Jasmine miró hacia otro lado. Allí, en Francia, había perdido toda sensación de familia desde que murieron sus abuelos y se sentía dominada por el remordimiento de pasar tanto tiempo lejos de sus padres. Tenía que volver y recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, el hombre que tenía enfrente no podía saber hasta qué punto su existencia estaba alterándola emocionalmente.

Él comió un trozo de cordero y no dijo nada, lo que la puso nerviosa.

–Esta casa es de Remy. Ya he empezado a recoger mis cosas. Le dije que empezara a mudarse. El abuelo nunca permitió que se usara la suite de Remy o de su madre. Todos sus tesoros siguen esperándolo. Su hijo, con su esposa y el nieto, estarán encantados. Están amontonados en la casa de Fleury –en ese momento, se sintió angustiada–. Sin embargo, no me he olvidado de la promesa que te hice. Si la familia no vota a Remy, al menos recuperará la casa y la finca. Yo venderé las tierras de la abadía. Afortunadamente, puedo ponerme en contacto con algunas personas para cerciorarme de que te devolveré el dinero y los intereses.

–No vamos a preocuparnos por eso ahora.

Él se mantuvo en silencio durante el resto de la cena. Ella, cada vez más incómoda, rechazó otra taza de café. Ya le costaría dormir tal y como estaban las cosas.

–Se me está haciendo tarde y ya he abusado bastante de tu tiempo –comentó cuando no soportó más la tensión–. Podemos marcharnos cuando quieras.

–¿Vas a verte con Remy esta noche? –preguntó él con una ceja arqueada.

–No.

–Entonces, ¿por qué tienes prisa?

–Porque te levanté temprano esta mañana y tengo remordimiento. Te queda media hora en coche y mañana tienes todo un día de trabajo.

–Ya soy mayorcito, por si no te habías dado cuenta. Me

levanto y me acuesto cuando quiero.

–Claro. Te agradezco muchísimo todo lo que has hecho y me abochorna todo el tiempo que me has dedicado cuando… cuando…

–¿Cuando podría estar con otra mujer? ¿Ibas a decir eso?

–No –mintió ella.

–En otras palabras, mi vida privada no te interesa.

–No es asunto mío –replicó ella temblando por la tensión.

–Venga, pregúntame si hay alguna mujer en mi vida.

–Luc…

–Ha habido muchas mujeres a lo largo de los años, pero nunca quise vivir con una de ellas, y mucho menos casarme.

A pesar del tono cínico, ella captó cierto dolor en sus palabras.

–¿Por qué?

–No. Ahora te toca a ti. ¿Quién es ese hombre tan especial que hay en Idaho y por el que estás deseando volver? ¿Es un cowboy que está esperando con impaciencia que vuelvas?

Ella no podía creerse que hubiese dicho eso, pero se aferró a ello como a un salvavidas.

–¿Y si lo hubiera?

Lo mejor para no contestar era hacer otra pregunta. ¡Ese hombre tenía que estar en alguna parte! Jasmine contaba con ello porque había prometido vivir con su familia. Quería tener un marido y una familia propia para que todos estuvieran juntos. Creía que los ojos de Luc no podían oscurecerse más, pero se tornaron negros como el carbón.

–¿Es un amigo de tu familia? –insistió él–. ¿Un ranchero conocido?

–Si no te importa, preferiría cambiar de conversación.

–¿Por qué? ¿Es demasiado doloroso hablar de eso?

–Es posible que conteste a tu pregunta cuando tú hayas contestado a la mía.

–Entonces, sí estás interesada –replicó él con un gesto más relajado.

–Solo si te apetece contármelo.

–Me enamoré de una chica en el instituto. Íbamos a casarnos la primavera después de la graduación. *Je l'aimais à la folie* –ella sintió un dolor en el corazón al oír que la había amado con locura–. Cuando eres joven, sientes todo con intensidad y te crees inmortal. Un fin de semana, un grupo de seis, en el que estaba mi mejor amigo, decidimos hacer paracaidismo.

Lo que oyó después, la desgarró por dentro. Él había

sobrevivido de milagro.

–Yo siempre era el que proponía las actividades más peligrosas. Sin embargo, mi afición al riesgo superó muchas veces el sentido común. Había que pagar un precio. Una de las consecuencias fue que descubrí que no puedes contar con que la vida es eterna. El matrimonio dejó de ser uno de mis objetivos en la vida, pero eso no quiere decir que no disfrute con las mujeres… como ya has comprobado –añadió él.

Ella no pudo mirarlo. Sentía un dolor profundo por él.

–Ahora te toca a ti, Jasmine.

Sin embargo, ella solo podía pensar en el tremendo dolor que había sufrido él.

–Eso explica que fueses tan vehemente para que no saltara del acantilado. Me di cuenta de que estabas muy alterado. Fue terrible, Luc. Lo siento mucho.

–Sucedió hace mucho tiempo. No había pensado en eso desde hacía años, hasta que oí a dos adolescentes gritar. Cuando te vi que ibas hacia los escalones, me atenazó el miedo por ti. Me daba miedo que pudiese suceder otra tragedia.

–Lo entiendo y fui una majadera por no decirte que no pensaba saltar.

–No fuiste una majadera. No sabías quién era yo ni qué me había pasado. Desgraciadamente, les pasan tantas cosas a personas inocentes que te proteges a ti mismo.

Ella miró alrededor y se fijó en los demás comensales.

–¿Por qué no hablamos en el coche de camino a casa? Ya no estamos solos.

–Tienes razón. Además, todo el mundo está mirándote. A lo mejor te reconocen de la televisión, pero, en cualquier caso, siempre llamarás la atención, como tu abuela Megan.

–Remy te ha hablado de ella.

–Solo me dijo que le recuerdas a ella y que no podía negarte nada. ¿La amaba?

–Sí –susurró ella–. ¿Lo adivinaste?

–Era algo que no podía ocultar, aunque dudo que él se diera cuenta.

–El abuelo siempre temió que Remy no llegara a superar el amor que sintió por ella –Jasmine desvió la mirada–. Vámonos.

***

De vuelta a casa de ella, Luc pasó por las tierras que pensaba

comprar y se detuvo un momento. La noche había caído y él pensó que todos los cultivadores del mundo envidiaban esa tierra que producía las mejores flores. Sin embargo, miró hacia el mar y se dio cuenta de que Grasse tenía otras muchas virtudes que no había en ningún sitio más.

–¿Cómo puedes marcharte de aquí y dejar que Remy cargue solo con todo? –preguntó él sin mirarla.

–Él está recuperando su vida y tiene a su familia para ayudarlo. He amado a quienes me esperan en casa.

–¿Por qué no estaba en Yeronisos ese hombre especial? –preguntó él mirándola.

Ella, sin embargo, no lo miró y él notó que su tranquilidad era forzada.

–Llevar un rancho no es como llevar una plantación, Luc. Parafraseándote, un ranchero nunca se aleja mucho de su ganado.

–¿Ni siquiera por la mujer que ama? ¿Está divorciado y tiene un hijo?

–¿Puede saberse por qué preguntas eso?

–Es una pregunta lógica. Un ranchero tiene un capataz que se ocupa de todo si él quiere marcharse, pero, si tiene que pensar en un hijo, eso complica más el organizar un viaje. ¿Por eso le das la espalda a parte de lo que eres? ¿Te ha pedido que te cases con él y lo ayudes a criar a su hijo? Si pienso en lo que tienes previsto hacer, concluyo que tienes que tener un motivo ineludible.

–Por el amor de Dios, Luc…

Ella parecía cada vez más avergonzada y él la miró fijamente.

–No puedo imaginarme a un hombre que quieras casarse contigo y que te deje sola un segundo. ¿Cuánto lo amas, sinceramente, cuando habéis estado tanto tiempo separados?

Ella no pudo encontrar una respuesta y eso le convenció de que estaba ocultándole algo, pero tenía la paciencia necesaria para descubrirlo cuando estuviesen en un sitio menos público. Volvió a la carretera y bajaron la colina. Ella agarró la manivela de la puerta en cuanto aparcó delante de su casa.

–Te cuidado, no he parado el motor todavía. ¿Por qué tienes tanto miedo de mí?

Ella respiró entrecortadamente.

–No es miedo, Luc. Sencillamente, no quiero quitarte más tiempo.

–¿Dirías eso si no hubiera un hombre esperándote?

Ella dejó escapar un resoplido de desesperación y se volvió hacia él.

–¡Sí!

–Entonces, ¿solo te intereso por lo que he podido hacer por ti? –preguntó él con dureza.

–Acudí a ti con una propuesta para un negocio. Sabes lo agradecida que estoy…

–Pero se trata de trabajo y nada más aunque miles de kilómetros te separan de tu amado.

–¿Qué quieres de mí? –preguntó ella con preocupación.

–Sinceridad, por ejemplo.

–Estoy siendo sincera –replicó ella con la voz temblorosa.

–No te lo crees ni tú –susurró él con rabia y acercándose hasta que sus bocas estuvieron muy juntas–. Yo estoy sintiendo algo que no había sentido antes y sé que tú también lo sientes, pero el remordimiento te impide reconocerlo. Que ese remordimiento interfiera significa que no amas a ese hombre como deberías.

A ella se le escapó un gemido.

–Voy a besarte, Jasmine, y luego lo sabremos con certeza.

La besó y le separó los labios. Acto seguido, notó que ella empezaba a corresponderle con una avidez que lo dejó sin respiración. Llevaba mucho tiempo esperando a besarla y ya no podía parar. La reacción apasionada de ella los había elevado a un nivel donde los dos gemían de placer. Estaba tan excitado y enamorado que tuvo que quejarse cuando ella separó la boca repentinamente.

–Ya –dijo ella con la respiración entrecortada y apartándose de él–. En el fondo sabía que tendría que pagar un precio por tu generosidad. ¿Tengo que suponer que esto era lo que estabas buscando por haberte saltado tus normas para ayudarme?

Entonces, cuando su pregunta lo había dejado desarmado, ella se bajó del coche. Él la miró con los ojos entrecerrados, pero no hizo nada para detenerla.

–Ahora ya sabemos la verdad, ¿no? Antes me correspondiste, un beso por un beso, y sentiste más remordimiento del que me di cuenta. Si no, una mujer como tú, que va a sacrificarlo todo por un hombre y una empresa, no me acusaría de comprarte para acostarme contigo. ¿Tengo que recordarte que fuiste tú quien acudió a mí la primera vez? Si por casualidad crees que tu arrebato de indignación conmigo lo ha estropeado todo, puedes estar segura de que nuestro trato sigue en pie. Soy un hombre de palabra. Hasta pronto, Jasmine.

Se alejó y le pareció creer que Jasmine lo llamaba, pero, dado lo furioso que estaba, le pareció más prudente seguir.

Ella se sintió humillada mientras lo observaba perderse de vista. El insulto que le había arrojado era inconcebible y no podría borrarlo nunca. Lo había besado con una pasión que no sabía que podía sentir, pero le había aterrado y había apartado los labios. ¿Cómo podía ser tan perversa de besarlo de esa manera mientras fingía que había un hombre en su vida? Además, luego lo había atacado con crueldad porque había adivinado la verdad. Él no tenía que comprar una mujer porque podía conseguir la que quisiera. Había sido sincero con ella sobre su dolorosa pérdida. Le había abierto su corazón y no podía haberle resultado fácil. Tenía que hacer algo para arreglar eso, pero no sabía qué. Quizá él no la hubiera oído llamarlo. Si intentaba telefonearlo en ese momento, ¿qué contestaría? Se había marchado hacía unos minutos…

Deseosa de cortar la hemorragia, sacó el móvil y lo llamó. Para su desdicha, le salió el buzón de voz, pero las palabras le brotaron como un torrente.

Tenía otra llamada en el buzón de voz, pero estaba de un humor de perros y no se atrevía a hablar con nadie. Seguramente, sería su hermana que lo llamaba otra vez por la fiesta que estaba pensando dar el domingo por el cumpleaños de su marido. No pararía hasta que le dijera que iba a ir con una amiga. Después de ese momento sombrío con Jasmine, no era la mejor compañía para nadie. Al día siguiente se marcharía fuera a pasar el fin de semana. No sabía a dónde, pero sí sabía que tenía que irse muy lejos.

Vio unos destellos delante de él. Había habido un accidente y tenía que detenerse. Mientras esperaba, miró quién le había llamado. El corazón casi le dejó de palpitar cuando vio el nombre de Jasmine. Acto seguido, escuchó la voz temblorosa del mensaje.

–Luc, tienes que perdonarme por lo que te he dicho. No quería decirlo y lo sabes. Sé que no me merezco que me des la oportunidad de explicarme, pero tengo que hacerlo, tienes que permitírmelo. Por favor, date la vuelta y ven. Esta noche no podré dormir hasta que haya hablado contigo. No hace falta que me llames. Vuelve. Estaré esperándote. Por favor.

El tono apremiante le llegó más dentro que sus palabras. Estuvo a punto de causar otro accidente cuando dio media vuelta para dirigirse hacia Grasse. Los diez minutos que tardó en llegar a su casa fueron los más largos de su vida. Se bajó del coche y fue a la puerta principal, que se abrió cuando iba a llamar. La expresión

nerviosa de Jasmine dejó poco a la imaginación.

–Estaba esperando, pero no puedo creerme que hayas venido. Demuestra lo bueno que eres –era la segunda vez que se lo decía–. Entra e iremos a la terraza.

Miró el contoneo de sus caderas mientras la seguía por el pasillo para ir al salón. Salieron a la terraza, que daba a un jardín de flores. Se acercó a la balaustrada y el olor lo embriagó.

–¿A qué huele?

–A *Rose de Mai.* A Dominique, la tía de mi abuelo, le encantaba este jardín.

–Es una maravilla –murmuró él después de darse la vuelta.

Ella se había sentado en un extremo del balancín.

–Tienes que perdonarme. Jamás en mi vida he sido intencionadamente desagradable con nadie. Ya es la segunda vez contigo, pero no quiero que pienses que soy la chica que creíste que era en Yeronisos.

Él se apoyó en la balaustrada mientras le costaba dominar sus emociones.

–En otras palabras, provoco algo en ti que hace que te pases de la raya, ¿quieres decir eso?

Ella se inclinó hacia delante con los brazos en las piernas y las manos entrelazadas.

–Tú no hiciste nada. Yo tengo toda la culpa. Me gustaría poder alegar un ataque de nervios o una locura transitoria, pero no sería verdad. He vivido una vida muy egoísta, Luc. Me han dado de todo sin importar el precio. Cuando me contaste lo que sentiste después del accidente de avión, me tocó una fibra sensible. Yo también había tenido esa sensación de inmortalidad, que podía hacer todo en la vida que quería y cuando quería, que tenía tiempo para lograr todo lo que tenía que lograr. Entonces, me desperté el día que cumplí veintiséis años y me di cuenta de que había llegado el día en el que todo recaía sobre mis hombros. El abuelo me había encomendado que cumpliera sus sueños y confiaba en mí. Hasta entonces, me había parecido un sueño que no se basaba en la realidad, pero no era un sueño. De repente, sentí mi mortalidad por primera vez y me quedé aterrada. Sigo estándolo…

Luc conocía muy bien esa sensación.

–No es solo el miedo a defraudar al abuelo, es darme cuenta de que he defraudado a los padres a los que adoro. Son demasiadas ocasiones perdidas que no puedo recuperar.

–Te he seguido hasta ahora –él se acercó a ella–, pero ¿qué

quieres decir con ocasiones perdidas?

Ella se levantó del balancín.

–Demostrarles mi amor. He sido una hija egoísta, Luc. He sido tan espantosa con ellos como Paul Ferrier con su hijo –contestó ella con la voz entrecortada–. Los descuidé al anteponer mis intereses. El abuelo era una figura fascinante y me encantaba estar con él. A cambio, mi padre adoptó un papel secundario sin que yo me lo propusiera. Mi madre y él me lo facilitaron mucho, demasiado. Lo veo ahora.

–¿No estás siendo muy rígida contigo misma? Estoy seguro de que tus padres sabían que tenías un destino especial. Un buen padre permite que su hija desarrolle todo su potencial.

–Aun así –el rostro de ella era un poema de dolor–, reconozco lo que he hecho y quiero compensarlos. Mis hermanos siempre estaban a su lado cuando yo no estaba.

Luc estaba empezando a encajar todas las piezas.

–Entonces, quieres volver a casa para hacer bien las cosas.

–Si no es demasiado tarde para reparar los daños.

–Jasmine, no hay daños. Tu caso no se parece al del hijo pródigo. Tú tenías su bendición. Cuando pasaste tanto tiempo en Francia, no renegaste de ellos ni dilapidaste la herencia.

–¡Sí lo hice en cierto sentido, Luc! Abandoné la casa de mi padre y la vida que había planeado con mi madre para nuestra familia –ella empezó a sollozar–. Soy peor que Paul Ferrier.

Luc, sin pensárselo, se acercó más y la abrazó.

–Ya… –susurró él con la boca en su pelo.

Por fin le había sacado la verdad. No había ningún hombre esperándola, pero se había quedado con un dilema nuevo. Podría haber salido victorioso de esa competencia, pero su padre era un adversario mucho más poderoso. Ella quería colmarlo de amor el resto de su vida. Eso implicaba marcharse de Francia para siempre. Si tenía una relación con él, sería un obstáculo en su camino. Por eso le había dicho algo hiriente cuando él sabía que era impropio de ella. Había comprobado que cuando ella hacía algo, se entregaba con todas sus fuerzas. Era un dilema descomunal y no sabía si tenía la fortaleza de hacer lo que tenía que hacer y retirarse. En cambio, si seguía sintiendo su cuerpo contra él, empezaría a seducirla.

¿Acaso quería que ella volviera a decirle algo hiriente y que esa vez sí quisiera decírselo? ¿Quería destrozarse completamente la vida por amar a esa mujer, cuyo destino estaba en el extremo opuesto del mundo? Tenía que salir de ahí mientras pudiera.

Para su desdicha, ella debía de haberle leído el pensamiento porque se apartó de él y se rodeó con los brazos.

–Gracias por haberme dado la oportunidad de explicarme.

–Estás sometida a mucha tensión –él tomó aliento–. Voy a marcharme para que puedas acostarte. Si me necesitas para algo, llámame, Jasmine. Buenas noches.

La dejó en la terraza y fue apresuradamente a su coche. Esa vez, ella no lo llamó. ¿Cómo iba a poder salir de esa?

Capítulo 7

Por fin había llegado el día del Consejo de Administración. A los consejeros Ferrier no les había hecho ninguna gracia adelantar el Consejo al viernes, pero, por el momento, no se habían amotinado. Todo el mundo estaba en la sala de reuniones de la empresa.

Le había costado dormir desde que Luc se marchó de La Tourette hacía una semana. Gracias a su perspicacia, había entendido lo que estaba queriendo decirle y no la había llamado. Ella había sabido que no la llamaría, pero se sentía devastada y enferma. Había pasado toda la semana con Remy. Habían decidido que él y su familia se quedarían fuera hasta que ella lo llamara para que entrara y lo presentara al Consejo. Remy no había salido de su asombro. Él sabía que el Consejo podría no votarlo, pero ella sabía que estaba sobrellevándolo porque el fantasma del abuelo estaba enterrado para siempre.

Elevó una pequeña plegaria antes de entrar en la sala de reuniones.

–He hecho todo lo que he podido, abuelo, el resto ya no está en mi mano.

Se puso muy recta, entró y fue hasta la cabecera de la larga mesa. Giles LeClos, se sentó a su izquierda y Roger Ferrier, su tío más anciano, a su derecha. Recorrió la mesa con la mirada y vio a los catorce consejeros, familiares y directivos. Ninguno de ellos había aceptado que su padre o abuelo la hubiese elegido a ella, quien sabía que el resentimiento y la rabia los había corroído por dentro y lo entendía.

–Os agradezco que hayáis dejado todo para estar aquí esta tarde. Algunos teníais que volar a París. No habría adelantando la reunión si no fuese de vital importancia –algunos de sus familiares se miraron mandándose un mensaje desalentador–. Seré breve. Primero, he tomado le decisión de no seguir relacionada con la empresa. Segundo, ya no trabajaré como nariz. Voy a volver a Estados Unidos para siempre.

El asombro pudo oírse en toda la habitación y la miraron como si hubiesen visto un fantasma.

–No obstante, voy a dejaros en manos de la única persona que puede dirigir esta empresa como a él le parezca mejor. No podría dirigirse ninguna empresa de no haber sido por el genio de este hombre, quien hizo todo lo que su padre nunca pudo hacer. Me refiero al hijo de Paul Ferrier y su heredero, a Remy Ferrier.

Se hizo un silencio sepulcral. Si ella hubiese anunciado el fin del mundo, la reacción habría sido la misma.

–Giles, por favor, repárteles la carpeta con toda la información. Entretanto, le pediré a Remy que entre. Está esperando fuera.

El hombre se quedó atónito, pero hizo lo que le había pedido. Ella fue a la puerta y llamó a Remy, quien entró y se quedó al lado de ella, que le tomó la mano y lo presentó a todo el mundo. Luego, hizo un gesto con la cabeza al abogado de su padre.

–Por favor, lee la parte del testamento de mi abuelo que todavía no habíais oído.

El corazón se le aceleró cuando el hombre se levantó y se puso las gafas.

–«Queridos familiares y directivos, Remy era el hermano que nunca tuve. Lo quería» –Jasmine le apretó la mano–. «Debería haber llevado la empresa desde el principio, pero no pudo ser mientras Paul estuvo vivo y se empeñó en que lo hiciese yo. Cuando murió, le pedí a Remy que volviera y se hiciese cargo de la empresa, pero él ya tenía otros intereses. Es mi deseo que se haga cargo ahora. He utilizado, sin ningún reparo, a mi dulce nieta para que se ocupe de que esto ocurra. Vosotros, mis hijos y nietos, habéis sido unos maravillosos administradores de la empresa, como mis fieles directivos, pero ninguno tiene el derecho a estar al frente de Ferriers, salvo el hombre que trabajó en las trincheras de la empresa cuando era un niño y conoce todos los vericuetos que hacen que funcione como un reloj. Remy tiene una visión de futuro que hará milagros y que colocará a la empresa en lo más alto para siempre. Sed sus amigos, aceptad su orientación. Remy tiene una reputación entre la mano de obra de nuestra empresa en el Midi. Cuando sepan que está al frente, veréis que vuelven a sonreír porque es uno de ellos. Además, no tardaréis en descubrir que Ferriers tiene un arma como no hay otra».

Jasmine había estado observándolos. Todos habían cambiado de expresión y parecía como si estuviesen en trance. Remy, para tener sesenta y cuatro años, parecía mucho más joven y estaba magnífico con un traje color oliva, una camisa verde claro y

corbata. Había trabajado en el campo casi toda su vida, cuando no estaba en una carrera de coches o bebiendo. Además de no tener un gramo de grasa en el cuerpo, seguía siendo guapo y estaba bronceado por el sol. Naturalmente, había envejecido, pero el pelo era color caoba y tupido.

–A todos nos habría gustado saber algo de ti, Remy –le dijo ella con una sonrisa.

Él le dio un beso en la mejilla.

–Observo que todos estamos pasmados. Max y yo crecimos bajo el mismo techo y éramos como hermanos con dos años de diferencia. Recuerdo cuando un rival de la industria de la perfumería provocó una explosión en el laboratorio de Hyeres. Para entonces, mi padre estaba muerto y fue justo antes de que Max se casara. Todo el mundo creyó que aquel sabotaje lo había matado. Durante aquellos momentos atroces, mientras no podíamos encontrar su cuerpo, tuve ganas de morirme. Entonces me di cuenta de lo que su vida significaba para mí. Podemos darle gracias a Dios de que no muriera. Todos habéis oído historias y rumores, algunos verdaderos y otros, no. Lo cierto es que él y yo fuimos y volvimos juntos del infierno, pero, en definitiva, seguimos siendo hermanos. Como me dijo mi psiquiatra cuando acudí a él por los problemas que tuve con el alcohol, si no estaba dispuesto a colaborar con él, no tenía sentido que fuese a verlo. Ese es mi mensaje para vosotros. Si estáis dispuestos a colaborar conmigo, haré todo lo que pueda para ganarme vuestra confianza.

–Sus violetas de Parma serán la envidia de todas las casas de perfumes –intervino Jasmine agarrándolo del brazo–. Durante el año pasado, he trabajado en un perfume con el aceite esencial que se obtiene de las violetas que él ha cultivado. Es la única persona del mundo que cultiva esa variedad de violetas y van a plantarse miles más. Las llama Reine Fleury. Como sabéis, la madre de Remy se llamaba Rosaline Fleury. Os he entregado un frasco de muestra a cada uno para que lo abráis ahora.

Al cabo de unos minutos, la habitación olía como un jardín de violetas y las exclamaciones de placer eran más elocuentes que cualquier otra cosa.

–Cuando del perfume salga al mercado, los beneficios de la empresa darán un giro radical. Dicho eso, propongo que pasemos a la votación secreta.

Remy se excusó y salió de la habitación.

–Yo votaré en conciencia y sé que todos haréis lo mismo –añadió ella–. Giles, ¿te importaría empezar el proceso?

Unos minutos después, Giles leyó el veredicto.

–La votación es unánime a favor de Remy Ferrier.

Jasmine fue corriendo a la puerta y les pidió a Remy y su familia que entraran. Todo el mundo se levantó y empezó a aplaudir. Ella lo abrazó entre lágrimas.

–Ha sido por unanimidad. Bienvenido a casa, querido Remy.

Todo el mundo los rodeó para estrechar las manos de él y su familia.

–¿Te importa si te dejo un rato? –le susurró ella cuando no pudo aguantar más–. Te dejo en buenas manos. Nos veremos más tarde en casa.

–¿Adónde vas?

–Tengo que ver al hombre que ha hecho que todo esto sea posible.

Jasmine salió del edificio como si tuviese alas en los pies. Por al camino, llamó a sus padres y les contó la maravillosa noticia.

–Se ha conseguido todo lo que quería hacer por el abuelo. No tardaré en volver a casa para siempre. No podéis imaginaros cuánto os quiero a los dos.

Luc no podía concentrarse. Llevaba una semana sin saber nada de Jasmine y había sido un infierno. Sabía que el Consejo de Administración se había convocado ese día. Eran las tres y media. Aunque se había prometido que no lo haría, sabía que acabaría llamándola. Tenía prevista una llamada con el director de la sucursal de Colle-sur-Loup, pero no podía trabajar en ese momento.

–Thomas, llama a Emil Rocher y dile que tendremos que hablar mañana. Me voy a casa.

–No puedes irte a casa todavía.

–¿Por qué?

–Tienes una vista esperándote aquí mismo.

–Diles que lo siento, pero tendrán que volver otro día.

–Creo que no querrás que lo haga. Ella está entrando en este momento.

La puerta del despacho se abrió.

–¡Luc!

El grito emocionado de Jasmine le disparó la adrenalina por todo el cuerpo. Ella entró apresuradamente y se detuvo delante de la mesa con un destello color zafiro en los ojos.

–¡Ha salido bien! Remy es el nuevo consejero delegado por

unanimidad. ¡Todo gracias a ti! ¿Podemos ir a algún sitio para que podamos hablar y te lo agradezca? ¿Tienes tiempo?

Él la miró resplandeciente de felicidad.

–¿Tú qué crees? Saldremos a dar un paseo en barco. Ya volveremos más tarde a por tu coche.

Ella no se opuso. Salieron por la puerta trasera y se montaron en el coche de él. El barco de Luc estaba amarrado en el muelle principal, a tres kilómetros de allí. Tardaron unos minutos, aparcaron en el aparcamiento y fueron andando hasta el barco. Él le dio un salvavidas y se quitó la chaqueta y la corbata. Se remangó, soltó amarras y se alejaron lentamente. Una vez superadas las boyas, aceleró y volaron sobre las aguas azules. Estar así con ella lo había inflamado. Que hubiese ido corriendo a verlo en vez de llamarlo por teléfono indicaba que ella también estaba inflamada. En ese momento, se negaba a pensar en que ella iba a marcharse de Francia. Estaba con él en su barco y eso era lo único que importaba. No había mañanas. Ese momento era de ellos dos. Una vez lejos de la gente, apagó el motor.

–Vamos a sentarnos atrás.

Fueron a los asientos. Ella se había puesto un traje de chaqueta rosa para la reunión. Estaba increíble. Se sentó encima de una pierna y se giró para mirarlo. Él colocó el un brazo por el respaldo, por detrás de ella.

–Quiero que me lo cuentes todo desde el principio y que no omitas nada.

Ella se apartó unos mechones de los ojos.

–Luc, lo que te he dicho antes es verdad. Esto no habría sido posible sin ti. El abogado leyó una parte del testamento de mi abuelo que nadie había oído. Rendía homenaje a Remy, el hombre al que quería como a un hermano. Fue tan emocionante que todos teníamos lágrimas en los ojos. Lo que hiciste por él no lo había hecho nadie, ni mucho menos. Darte las gracias no expresa ni remotamente lo que siento, pero te las daré otra vez –ella se inclinó y lo besó en la mejilla–. Gracias, gracias, gracias.

Siete días separados habían sido demasiado largos. Había necesitado volver a sentir la boca de ella bajo la de él. La besó para que dejara de hablar. Su sabor era una revelación. El tiempo dejó de tener sentido mientras los besos se alargaban y profundizaban. Le tomó el rostro entre las manos y se lo besó hasta el último rincón.

–Eres increíblemente hermosa, Jasmine. Estoy seguro de que lo has oído toda tu vida, pero yo he visto la parte de ti que

esconde el secreto de tu belleza. Sale de tu alma. No sabía que podía existir alguien como tú.

–Por tu fidelidad en mí, yo podría decir lo mismo de ti. Como te dije la otra noche, eres un hombre bueno. ¿Sabes lo excepcional que eres?

Volvió a besarla con más ganas todavía, pero no podía tenerla lo suficientemente cerca si llevaba puesto el salvavidas.

–Voy a ir a esa cala que ves ahí, donde no nos molestarán las estelas de los otros barcos. Quédate donde estás y no te muevas. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, pero ¿adónde iba a ir?

Él no supo cómo, pero consiguió dejarla el poco tiempo que necesitó para llegar a la cala. Apagó el motor y la quilla se clavó en la arena. Con el corazón desbocado, volvió hasta donde estaba ella.

–Quítate el salvavidas para que pueda abrazarte como es debido.

Ella se lo quitó y lo tiró al suelo.

Él la abrazó sin que, por fin, los separara nada. Ella, encandilada, lo miró a los ojos.

–Ahora sé lo que significa para ti haber conseguido ese préstamo para Remy –dijo él sin poder respirar casi.

–Era muy importante. Creía que mis problemas acabarían cuando él estuviese al frente, pero ahora me doy cuenta de que tengo un problema mucho mayor.

–¿Cuál?

–Tú –Jasmine dejó escapar un suspiro–. ¿Qué voy a hacer contigo?

–¿Qué quieres hacer? –preguntó él al sentir una descarga por todo el cuerpo.

–Tengo mis sueños, pero no pueden hacerse realidad y no tiene sentido hablar de ellos. Tengo que conformarme con lo que tengo aquí, ahora y contigo.

Esa vez, fue ella quien le buscó la boca con una impaciencia asombrosa. El beso se alargó hasta que él se sintió transportado. Sin embargo, un dolor desconocido se adueñó de él porque era un beso de despedida. La estrechó contra él con la cara en su cuello. Iba a marcharse y no podía disuadirla de ello.

–Jasmine… Tengo que estar algún tiempo contigo antes de que te marches a Estados Unidos. Me tomaré las vacaciones ahora. ¿Cuándo tienes que marcharte?

–Prometí estar en casa el siete de agosto. Es la fiesta para

celebrar el trigésimo aniversario de la boda de mis padres.

¿Tan pronto? Todo se rebeló dentro de él y empezó a calcular el tiempo.

–Eso nos da una semana.

Ella dejó escapar un gemido antes de levantarse de sus rodillas.

–Nada de hacernos ilusiones, Luc. No podría ir a ninguna parte contigo.

–¿Por qué? –preguntó él mirándola fijamente.

–Sabes por qué. Tu vida está aquí y la mía al otro lado del Atlántico. ¿Cómo iba a ser bueno que llegáramos tan lejos sabiendo que íbamos a acabar despidiéndonos? Solo pensarlo es doloroso. Al menos, para mí –añadió ella con la voz temblorosa–, pero tú eres un hombre y es distinto para ti.

–Explícame ese comentario.

Ella no pudo mirarlo.

–Tú puedes ir con una mujer y disfrutar. Cuando termina, puedes pasar página. Sin embargo, las mujeres somos distintas. No todas, pero sí algunas. Yo soy distinta. Viajar y hacer el amor contigo para montarme en un avión al final de ese viaje y despedirme de ti me parece un purgatorio por el que no quiero pasar.

–Entonces, no nos acostaremos –replicó él tomándole la mano.

Ella lo miró desde arriba y sonrió.

–Eres francés, ¿verdad?

–Soy un hombre como todos y la idea de hacer el amor contigo me ha rondado por la cabeza desde que te vi en Yeronisos. Sin embargo, no quiero estar contigo por eso. Si crees que solo busco hacer el amor contigo, tienes un concepto muy raro de mí. El otro día te dije que siento cosas por ti que no había sentido por otra mujer.

–Luc…

–Es verdad. ¿La vida está tan acotada y llena de plazos que no podemos tomarnos tiempo para nosotros mismos y satisfacer nuestras necesidades? En el barco duermen dos personas cómodamente y puede llegar a cualquier sitio del Mediterráneo. Visitaremos grutas y ruinas. Mientras sigas en Francia, puedo darme el placer de soñar. Yo también tengo sueños, ¿sabes? Quiero pasar contigo todo el tiempo que pueda sin preocuparme de nada ni de nadie salvo de nosotros dos.

–Yo también lo quiero –reconoció ella por fin–, pero no puedo irme toda una semana. Tengo que preparar algunas cosas antes de

marcharme.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Ya podía respirar otra vez y tenía que pensar deprisa.

–Vamos a recoger tu coche y te seguiré a Grasse. Cuando hayas hecho la bolsa, volveremos en mi coche, recogeré mis cosas y nos marcharemos en el barco. Cuando encontremos un sitio que nos guste, soltaremos el ancla y nos quedaremos a pasar la noche.

Aprovechando el silencio de ella, él saltó a la arena y empujó el barco para meterlo en el agua. Debería haberla seguido el mayo pasado. Quizá estarían todavía en Chipre, tan fascinados el uno con el otro que nada más les importaría. Sin embargo, no tenía sentido mirar atrás. Lo único que importaba eran los próximos días y no podía pensar en nada más.

Unas horas más tarde, Jasmine se sentó enfrente de Luc mientras navegaban por la costa italiana a bordo del estilizado barco blanco.

–¿Ves aquellas luces? –ella asintió con la cabeza–. Hemos pasado Alassio y vamos a llegar a Baba Beach, donde pasaremos la noche. No habrá mucha gente.

Con Luc, podría ver las maravillas de esa zona que no había podido ver cuando estaba trabajando. Entró en una ensenada y vio un velero, pero, efectivamente, estaban casi solos. Él soltó el ancla y ella se quitó el salvavidas. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta. Todavía hacía calor y no necesitaba chaqueta. Él llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta. De camino al puerto, Luc la había llevado a su villa en Cagnes-sur-Mer, un precioso pueblo medieval con balcones llenos de flores. Era una casa de ensueño.

Luc puso un par de tumbonas en cubierta.

–¿Qué te parece que nos relajemos un rato antes de que bajemos para acostarnos?

–¡Muy bien! ¿Quién puede irse a dormir en una noche como esta?

–¿Quieres un refresco? –le preguntó él con una mirada sonriente.

–Ahora, no, gracias. ¿Y tú?

–Estoy bien –murmuró él.

Habían parado a cenar de camino a Grasse y habían comprado comida y bebidas. En ese momento, tenían todo lo que necesitaban. Ella se tumbó boca bajo mirando hacia la playa y Luc

estaba de costado, con la cabeza apoyada en la mano y mirándola.

–Estás mirando hacia el lado equivocado –comentó ella entre risas.

–Ya he estado aquí y estoy viendo la vista que quiero ver.

–Eres tremendo –replicó ella aunque le había emocionado.

–Tú eres impresionante. Mi abuelo tenía un ejemplar del libro de tu abuela. Lo he leído y he visto todas las fotos. Eres más hermosa que ella y tienes el color de pelo de tu abuelo. La mezcla es asombrosa. Remy debió de quedarse atónito al verte.

–Sí, sé que le impresionó –confirmó ella poniéndose también de lado.

–Dame otro motivo, aparte del orgullo, para que no quisiera hacerse cargo de la empresa cuando murió su padre. Sé que tiene algo que ver con tu abuela.

–¿Te acuerdas cuando te conté que fue a París para dirigir la empresa mientras mi tío estaba en Sudamérica?

–Sí, pero no sabía que se hubiese ido tan lejos.

–Después de que su primera esposa y el hijo que estaban esperando murieran, el médico le aconsejó que hiciese un viaje largo.

–No sabía nada del bebé –replicó Luc sentándose.

–Poca gente lo sabe. Habría sido su primer hijo. Tenía algunos amigos a los que les gustaba la arqueología tanto como a él y fue con ellos. Antes de marcharse, le pidió a Remy que fuese a París para dirigir la empresa. Una vez allí, quería que asistiera al banquete anual por la entrega de los premios de perfumería. El abuelo se alegró de no asistir.

–Claro, detestaba los actos sociales.

–Remy fue. Se celebró en el ayuntamiento y acudió la flor y nata, entre otros, el presidente de Francia y algunas estrellas de cine. En un momento dado, una mujer chocó con Remy y le tiró la copa de champán sobre la camisa. Esa mujer era mi abuela, Megan Hunt.

–¿Por qué estaba allí?

–Henri Brescault, un periodista del *Paris Soir,* quería hacerle una entrevista a mi abuelo, que ganaba el premio año tras año. El periodista tenía una hermana que era amiga íntima de mi abuela. El tío que la había criado después de que sus padres murieran era un egiptólogo que le había regalado un collar de antes de Cristo.

–Estás de broma.

–No. Él trabajaba en el Instituto Peabody. Henri le había pedido que se lo pusiera porque había oído que mi abuelo iba

asistir y esperaba que el collar llamara la atención del abuelo y que así conseguiría una entrevista.

–Pero nada salió según lo previsto porque Maxim no estaba allí.

–Efectivamente. Remy la vio y se enamoró perdidamente. Ella acababa de licenciarse como traductora en la Sorbona. Él no quería que aceptara un trabajo en Inglaterra y perderla, de modo que le pidió a su tía Dominique que la contratara para el internado que dirigía en Suiza. El día que le pidió que se casara con él, ella le dijo que lo quería mucho, pero que todavía no estaba preparada para prometerse en matrimonio. Él, muy dolido, se marchó en su Porsche, tuvo un accidente y acabó en el hospital. Debería haberla llevado a Suiza al día siguiente. Sin que él lo supiera, mi abuelo volvió del viaje una semana antes porque su tía estaba mal y él estaba preocupado por ella. Cuando entró en su piso de París, recibió una llamada de Remy, quien seguía en el hospital. Remy había pensado que contestaría la empleada de hogar, pero fue mi abuelo. Remy le contó que se había enamorado y que pensaba casarse antes de Navidad, le hizo creer que mi abuela y él estaban prometidos, algo que, naturalmente, no era verdad. También le pidió que le hiciera el favor de recoger a mi abuela en su piso y que la llevara al tren que salía hacia Suiza a la mañana siguiente. Fue la tormenta perfecta. El abuelo, en vez de dejarla en el tren, la llevó hasta Lausanne porque quería visitar a su tía, quien le había prometido que iba a cerrar el colegio para quedarse en la casa de Grasse. Por el camino, descubrió que mi abuela no estaba prometida y los dos se enamoraron tan profundamente que no supieron qué hacer. Cuando Remy se repuso del accidente, se enteró de lo que había pasado y quedó destrozado. Persiguió al abuelo hasta Grasse y se pelearon, físicamente, antes de que Remy se marchara a París y no volviera nunca más a esa casa.

–El resto es historia –supuso Luc.

–Sí. Mi abuela estaba en Suiza cuando se enteró de la pelea. Se quedó horrorizada al saber que ella había sido el motivo porque también quería a Remy, pero no como al abuelo. Desesperada, se marchó a Estados Unidos, donde ninguno de los dos pudiera encontrarla y con la esperanza de que, si desaparecía, ellos limarían sus diferencias. Sin embargo, el abuelo la buscó hasta que la encontró en Driggs, Idaho, donde había nacido. Se casaron allí y él la trajo de vuelta a Grasse.

–*Mon Dieu.*

–A lo mejor ahora entiendes por qué el abuelo sufrió tanto –ella también se sentó–. La crueldad de Paul era imperdonable, pero, además, Remy consideraba que la historia de amor de mis abuelos era una traición. Ni mi abuelo ni mi abuela quisieron que pasara nada de eso. Si quieres saber la verdad, mi abuela se sinceró conmigo antes de morirse. Me conmovió por las cosas que amaba de Remy. El abuelo no fue el único que sufrió. Ella quiso amar a Remy como una mujer ama a un hombre y me reconoció que, si no hubiese conocido al abuelo, probablemente, habría acabado casándose con Remy. Durante noches, la escuché contarme su historia de amor. Fue muy bueno con ella mientras estaba estudiando los exámenes finales. Remy estaba dispuesto a entregarle el mundo. Durante aquellas charlas, me sentí muy unida a él. Gracias a las confidencias de mis abuelos, me pareció conocerlo aunque no lo hubiese visto. Lo quiero de verdad. ¿Te parece raro?

–En absoluto –ella supo que se había emocionado–, pero hay que ser muy fuerte para superar ese dolor sentimental.

–Aun así, eso no lo derrumbó y el abuelo lo sabía. Por eso me pidió que ayudara a Remy. Mi abuela también me lo pidió.

–Tienes un aire a tu abuela. Cuando apareciste en el campo de violetas, tuvo que ser como un *déjà vu* para él.

–Eso es lo que pensé cuando se dio la vuelta y me vio. Nunca había rezado así para que se produjera un milagro.

–No tenía ni idea de que había tanto en juego. Has acarreado una carga muy pesada.

–Que tú aligeraste al escucharme y ayudarme. Te lo agradezco muchísimo, Luc –ella notó el escozor de las lágrimas–. Basta de hablar de mi vida. Háblame de la chica a la que amabas.

–La familia de Sabine se mudó a Cagnes el último año del instituto –empezó él con las arrugas oscureciéndole el rostro–. Era distinta a las chicas que conocía.

–¿Por qué?

–Era graciosa y divertida. Sentí curiosidad y la invité a salir conmigo y mi mejor amigo, Philippe. Éramos un grupo que hacíamos las cosas más disparatadas cuando no estábamos estudiando. Ella encajó muy bien.

–Defíneme «disparatadas» –le pidió ella con una sonrisa.

–Mis padres decían que era un temerario desde muy pequeño. Nos retábamos a llegar más lejos en todo.

–Como los chicos de la isla.

Él asintió con la cabeza.

–¿Erais amantes?

–Sí.

La respuesta no debería haberle dolido, pero le dolió.

–Estábamos locos el uno por el otro y pensé que nos casaríamos en cuanto termináramos el instituto y que iríamos por el mundo en mi barco de vela. El día que nos graduamos, decidimos ir a hacer paracaidismo. Fue idea mía y nos pareció la manera perfecta de empezar el verano. Despegamos desde Cannet-des-Maures en un avión de un motor. Estábamos riéndonos y, acto seguido, el avión perdió potencia y se estrelló contra una colina.

Se levantó de la tumbona y fue de un lado a otro. Ella también se levantó y se acercó a él.

–No puedo imaginarme el espanto. ¿Estuviste mucho tiempo en el hospital?

–Tres meses, con la columna dañada. Mis padres y mis abuelos no me abandonaron ni un minuto. Al principio, los médicos creyeron que no volvería a andar. En ese momento, me daba igual. Había perdido a Sabine y a Philippe por mi culpa. Quería morirme.

–No te lo reprocharás todavía… No podías saber que el avión se estrellaría.

–Tienes razón, me costó mucho librarme de esa carga.

–Siento mucho que sufrieras tanto.

Él la abrazó y se balanceó con ella durante un rato.

–Todo pasó hace mucho tiempo. No he hablado de eso durante años.

–No debería haberlo sacado –replicó ella acariciándole el mentón en tensión.

–Me alegro de que lo hayas hecho –dijo él besándole un dedo.

–¿Cómo saliste de tu abatimiento?

–Mi fisioterapeuta me dijo que iban a reemplazarlo. Le pregunté por qué y me contestó que había otros pacientes que estaban luchando para mejorar, que él no podía trabajar con uno que quería morirse. Si el médico había pronosticado que me recuperaría plenamente si me esforzaba, él me consideraba tremendamente egoísta y se negaba a perder el tiempo. Cuando me abandonó, me enfurecí y ese fue el primer sentimiento que me despertó de mi estado mental enfermizo. A los seis meses, pude andar con un bastón. Un año después, tiré el bastón y fui a la universidad de Niza a estudiar Economía y Dirección de Empresas. Allí me hice amigo de Nic Valfort. Los dos fuimos a doctorarnos en París. La vida mejoró desde entonces. Hablando de

Nic, me ha invitado a su casa el sábado por la noche y quiere que lleve a alguien. Me gustaría que fueses conmigo. Lo pasarás bien con Laura, su esposa, que es de tu edad, y de San Francisco.

–¿Una estadounidense? Es interesante, pero no sé si podré ir. Mi vuelo sale al día siguiente.

–Entonces, tendremos que ocuparnos de que puedas. Él te vio en la televisión y quiere conocer a la famosa consejera delegada de Ferriers.

–Ya no soy nada. Ese es el problema de la fama. La tienes hoy y la pierdes al día siguiente –bromeó ella.

Luc hizo una mueca de disgusto. No le veía la gracia cuando sabía que iba a abandonarlo.

–No quiero hablar del día siguiente –replicó él volviendo a las tumbonas–. Hemos venido de viaje para conocernos mejor. Quiero que me hables de los hombres de tu vida.

–Lo dices como si hubiese habido cientos de ellos –comentó ella sentándose.

Él se sentó enfrente y le pasó un dedo por la mejilla.

–Estoy seguro de que te han deseado cientos de hombres, pero quiero que me hables de los afortunados que han disfrutado de tu compañía.

–Salí con algunos en el instituto, pero casi siempre en grupo. Sin embargo, hubo uno que se llamaba Hank Branson.

–Suena a cowboy –intervino él con una sonrisa.

–Sí. Yo tenía diecisiete años cuando lo conocí. Mi padre nos había llevado a la familia a un rodeo. Mi padre fue famoso durante un tiempo por montar toros y siempre ha estado relacionado con el rodeo. Mis dos hermanos también se metieron una temporada. Se hicieron amigos de Hank, quien también participaba en rodeos, tenía dieciocho años y era de Rexburg, un pueblo cercano. Me lo presentaron. Su apodo era Hank el Tanque porque era grande y fuerte, y guapo. Todas las chicas estaban locas por él. Yo estaba enamorada. Cuando él tenía algo de tiempo libre, se pasaba por casa durante el año, cuando yo estaba allí. Me encantaba cabalgar por el rancho con él e ir a alguna barbacoa con mi familia y él. Fuimos al cine y a caminar por el monte. Él me dio el primer beso y me dijo que se casaría conmigo cuando fuese mayor. Salimos más o menos durante tres años, pero yo pasaba mucho tiempo en Francia y era algo eventual. Les gustaba mucho a mi familia y mi padre no paraba de decirme que hacía muy bien. Hank trabaja con su padre, quien tiene un rancho grande y próspero. Son buenas personas, pero acabé dándome

cuenta de que mi enamoramiento se había terminado. Cuando él volvió a hablar de matrimonio, tuve que decirle que no estaba enamorada y ahí acabó todo.

–Pobrecillo –murmuró él–. ¿Estás segura de que no está esperando que vuelvas?

–Espero que no, por su bien.

–¿Y los hombres que conociste en París, en la universidad?

–Salí con alguno, pero nunca tuve un amante, si eso es lo que preguntas.

–Tuvo que haber alguno que te importara.

–Hubo uno que se llamaba André. Salimos hasta que me di cuenta de que era demasiado dictatorial. Intentaba decirme lo que tenía que hacer.

–¿Como hice yo en la isla?

–Sí. Me recordaste a él por un momento.

–Y por eso te enfadaste tanto conmigo.

–Solo fue un momento, Luc. Ya sabes mis cientos de amoríos. Creo que te he cansado.

–Si acaso, tu voz es la que parece cansada. Creo que deberíamos bajar. Te he agotado después de todo lo que ha pasado hoy.

La acompañó abajo, pero, para sorpresa de ella, no se quedó en la puerta del camarote.

–Tengo que dejar el barco en condiciones. Encenderé el sistema de alarma para que te sientas segura. Que duermas bien.

La besó levemente en los labios y volvió a subir las escaleras, dejándola con un anhelo que la mantendría despierta toda la noche.

Capítulo 8

Mientras se preparaba, Jasmine se dio cuenta de que Luc no estaba pensando en ella en ese momento. ¿Cómo iba a hacerlo si le había obligado a revivir su trágico pasado? Sin embargo, se alegraba de saberlo. Aquella vivencia lo había ayudado a ser el hombre tan notable que era. El hombre al que iba abandonar cuando acabaran esas breves vacaciones. Para no pensar en eso, sacó el mapa del Mediterráneo que le había dado él y se acostó. Al día siguiente, ella podría elegir el sitio que visitarían. No recordaba haber estado tan contenta en su vida y el único motivo era Luc. Se quedó dormida después de haber estudiado el mapa un rato. Se despertó a la mañana siguiente con el corazón acelerado por saber que Luc estaba en el barco. Se duchó y se puso un biquini color ciruela. Se cubrió con un pareo a juego y subió a cubierta.

–Luc…

–Vaya, mi guerrera mitológica. ¡Estoy aquí!

Ella se rio, se dio la vuelta y vio su hermosa cabeza morena en el agua.

–¡Métete! La temperatura es perfecta.

Antes tenía que recogerse el pelo, pero tendría que bajar. Su invitación era tan tentadora que se olvidó de todo y fue a la plataforma, se quitó el pareo y se lanzó al agua. Él se acercó nadando y ella se quedó sin aliento al verlo con el pelo hacia atrás y devorándola con sus ojos negros.

–He esperado para desayunar y aquí estás –él esbozó una sonrisa diabólica–. No sé qué parte de ti quiero comerme primero.

Jasmine se rio nerviosamente hasta que él la abrazó y la besó en la boca. Nadaba como un pez y se puso de espaldas para que ella se colocara encima sin dejar de besarse, hasta que perdió el sentido del tiempo y deseó que ese placer tan sensual no terminara nunca. Aunque todavía no se había acostado con un hombre, Luc estaba enseñándole distintas maneras de disfrutar del placer de estar con un hombre. Nada la había preparado para una felicidad semejante. La levantó por encima del agua mientras daba vueltas y cuando la bajó le miró el pelo.

–¿Sabes que los mechones destellan como si tuvieran joyas? Nunca había visto algo así.

–Mi padre me dijo lo mismo cuando era pequeña –comentó ella con el corazón acelerado–. Desde entonces, me llama «alhaja».

Él le tomó el pelo entre las manos.

–Es precioso, como tú.

Después de besárselo, volvió a besarla en la boca con una voracidad que la alteró.

–Si nos quedamos más tiempo aquí, voy a comerte viva –el brillo de deseo en sus ojos la derritió por dentro–. Como te hice una promesa, será mejor que volvamos al barco y me busque otra cosa para comer.

Ella gruñó con decepción, pero sabía que tenía razón. Fueron juntos hacia la popa. La sensación de unidad era indescriptible con palabras. Él subió a la plataforma primero y la ayudó. Tomó el pareo y lo siguió. Luc se detuvo en lo alto de las escaleras y la miró.

–Mientras preparo la comida, ¿por qué no vas a por el mapa y me dices a dónde quieres ir?

Ella fue a su camarote y se recogió el pelo con una goma. Luego, se puso una camiseta y unos pantalones cortos y fue con él para preparar café. Unos minutos después, estaban ojeando el mapa mientras comían.

–Me gustaría ir a la isla Palmaria si te parece bien. Mi abuela me contó que tiene una playa fantástica, y que solo se puede llegar en barco. También me habló de una cueva.

–Sí, Pozzalo. Hace años que no voy por allí. Deberíamos llegar a primera hora de la tarde. Es un sitio perfecto para bañarte en aguas cristalinas y explorar cuevas.

–¿Hay más de una?

Él esbozó una sonrisa que fue como una descarga eléctrica para ella.

–El lado de la isla que da a mar abierto tiene acantilados con muchas cuevas. Te va a encantar.

Ella se dio cuenta de que le encantaba hacer cualquier cosa con él. Cuando acabara esas vacaciones, no volvería a ser la misma. Había traspasado una línea y estaba jugando con fuego, pero no podía evitarlo.

–Estoy impaciente. Vamos. Recogeré los platos y volveré contigo.

Él se levantó y la besó en un costado del cuello.

–Date prisa. Ya me siento solo sin ti.

Ella también se sentía sola al pensar que no volvería a estar con él.

Tres horas más tarde, Luc soltó el ancla y nadaron juntos hasta la playa.

–¿Qué te parece? –le preguntó él tomándole la mano mientras llegaban a la arena.

–¡Mira esas piedras pulidas! ¡Son fantásticas! ¡Es un sitio irreal!

–Es único.

–Me gustaría llevarme algunas para mis sobrinos.

Y otra para ella, para recordar siempre ese día.

–Te ayudaré a llevarlas al barco y luego te enseñaré la cueva azul sin turistas. Entenderás por qué se llama así cuando la veas.

Se pasó media hora estudiando las piedras hasta que encontró las que quería. Luego, volvieron al barco y se pusieron rumbo al norte. Rodearon un saliente y vieron la boca de la cueva.

–Luc… Nunca había visto un azul tan increíble.

–Es casi tan increíble como el de tus ojos. Durante el programa de televisión, brillaban como estrellas azules.

A ella la dio miedo mirarlo. Le daba miedo que estar así con él fuese el mayor error que había cometido y que lo pagaría el resto de su vida.

–¿Podemos entrar nadando?

–Claro, pero no hasta muy lejos porque quiero llevarte a otra cueva que te parecerá más interesante todavía.

El placer de entrar nadando en la cueva solo quedó eclipsado por el viaje a la cueva siguiente, la cueva de las palomas.

–Hay que descender con cuerdas, pero se necesita un guía. Se han encontrado huesos fosilizados de animales del pleistoceno. Tengo la sensación de que tu abuela estuvo con tu abuelo.

–Seguro que tienes razón.

–Si quieres, podemos dar la vuelta al otro lado de la isla y explorarla antes de que anochezca.

Al cabo de un rato, Luc volvió a soltar el ancla y nadaron para conocer un poco la costa.

–Mmm… Puedo oler a salvia.

Él le rodeó la cintura con el brazo y la estrechó contra sí.

–Con una nariz como la tuya, no me extraña. ¿Sabes qué árboles pueden ser aquellos?

Se acercaron y vieron unas bolitas rojizas entre las hojas perennes. Ella no podía creérselo.

–¡Este lado de la isla está lleno de árboles de fresas! Tengo que probar una.

–¿Estás segura?

–Desde luego. Son comestibles. Tengo curiosidad por su aceite esencial –mordió una e hizo una mueca–. Es muy insípida.

–¿No es tan sabrosa como una fresa normal? –preguntó él riéndose.

–No –ella arrancó otra para él–. ¿Estás dispuesto?

–Inténtalo.

Ella se la puso en la boca y él la mordió.

–También es harinosa. Creo que ha llegado el momento de volver al barco para preparar la cena, pero quiero otro beso antes.

Jasmine sabía que recordaría ese momento y ese beso el resto de su vida. Lo abrazó al sol del Mediterráneo y se deleitó con su sabor, y el de la fresa…

Cuando terminaron de cenar, había anochecido. Luc fondeó en una ensenada y soltó el ancla. Volvió a juntar las tumbonas y se dejó caer en una. Sin embargo, cuando Jasmine salió a cubierta, levantó el respaldo de la suya y se sentó. Él supo que estaba pensando algo serio.

–¿Qué pasa? –susurró él.

–Esto –contestó ella mirándolo fijamente.

–Ha sido un día perfecto –replicó él suspirando y sentándose también.

–Lo sé. Demasiado perfecto. No puedo hacer esto más.

–¿El qué?

–Estar contigo.

–En otras palabras, te has cansado de mí –dijo él con una mueca de disgusto.

–Ojalá te hubiese llamado por teléfono para contarte la noticia sobre Remy y hubiese dejado todo como estaba. Estaba enloquecida cuando me presenté en tu despacho y creí que podía tomarme unas vacaciones contigo sin pagar un precio enorme. No me interpretes mal, por favor. No te has pasado de la raya, más bien, al contrario, pero es una situación dolorosa para mí y tiene que terminar. Me gustaría volver mañana a Cagnes-sur-Mer.

–¿Aunque me duela a mí? –preguntó él con una arrugas profundas a los lados de la boca.

–Luc… no tiene sentido. Me gustaría que hubiese una bebida para olvidar y que pudiese volver a casa sin ningún recuerdo,

pero la realidad no es así. Sabes que no te olvidaré nunca y pasar un minuto más contigo solo empeorará las cosas –se levantó de la tumbona–. Nos conocemos desde hace poco, pero sea lo que sea lo que siento, me desgarrará si no me alejo de ti lo antes posible.

–¿Y la fiesta de Nic el sábado por la noche?

–Creo que no es una buena idea. Tengo que romper todos los lazos contigo. No quiero conocer ni a tus amigos ni a tu familia. Creo que es lo mejor.

Él se levantó con rabia y le puso las manos en los hombros.

–¿Por qué dices eso?

–¡Sabes por qué! Eres el consejero delegado del mayor banco del sur de Francia. Tu vida y tu familia están aquí. Mi vida está allí con mi familia. Me da miedo perder su amor si no vuelvo con ellos. Estar contigo no puede salir bien. Por favor, suéltame. Esto no nos lleva a ninguna parte –le pidió ella con la angustia reflejada en los ojos.

–¿Tanto deseas volver?

–Sí, ya no me fío de mí misma cuando estoy contigo.

Él la soltó. Había muchas formas de luchar esa batalla, pero no era el momento.

–Si es lo que quieres, saldremos ahora. Acuéstate y mañana por la mañana estaremos en Cagnes.

–Luc… –ella se había quedado pálida y tragó saliva–. Lo siento muchísimo.

–No lo sientas. He disfrutado cada segundo que hemos pasado juntos. Ha sido apasionante, pero tendrá que ser suficiente. *Bonne nuit, chérie.*

En cuanto ella desapareció, él levó anclas y puso el motor en marcha. Llevaba toda la vida navegando por esas aguas y agradecía la noche que se presentaba por delante porque sabía que no podría dormir.

Si Jasmine durmió toda la noche, no se acordaba. Solo sabía que, cuando se despertó a la siete con la almohada todavía mojada por las lágrimas, el motor se había parado y el barco se balanceaba. Se lavó, se recogió el pelo y una vez vestida con los pantalones cortos y la camiseta, recogió sus cosas y subió a cubierta. Habían llegado a Niza y el barco estaba amarrado al muelle. Pudo ver que él volvía desde su coche, donde, seguramente, había cargado algunas cosas del barco. Sintió más remordimiento porque él estaba haciendo todo el trabajo. Debería haberla despertado para que lo ayudara, pero era todo un caballero. La miró de arriba abajo y fue como si estuviera

acariciándola con sus ojos negros.

–Sabía que querrías volver lo antes posible y he guardado las provisiones que quedaban para llevarlas a la villa.

–Gracias. No podría comer nada en este momento. ¿Puedo llevar algo más al coche? Estarás agotado después de toda la noche en vela.

–Estoy bien y ya está todo. ¿Estás preparada?

–Sí.

Él le tomó la bolsa y la ayudó a desembarcar. Luego, la soltó y caminaron separados hasta el aparcamiento. Una vez en el coche y ya en marcha, él se volvió hacia ella.

–¿Quieres que paremos a tomar un café de camino a Grasse?

–No hace falta, pero gracias.

–Definitivamente, ¿te marchas el domingo?

–Sí.

–Entonces, este será el último rato que pasaremos juntos.

–Luc, no quiero despedirme de ti, pero tengo que hacerlo.

–Lo sé. Lo que has hecho por Remy y la empresa es maravilloso. Has honrado los deseos de tu abuelo. Ya solo queda que vuelvas a tu casa con tu familia. Lo entiendo mejor de lo que crees. Después de mi accidente, mis padres estuvieron a mi lado y no dejaron que me compadeciera de mí mismo. Me dieron la vida y fueron mi apoyo principal durante esa época tan complicada. He intentado ser un hijo incondicional desde entonces. Estás haciendo lo que tienes que hacer, Jasmine. Puedo imaginarme lo contentos que estarán de saber que no volverás a marcharte. Te quedan años para disfrutar la vida en la que naciste. Quiero que sepas que te admiro mucho por lo que has hecho. Estoy seguro de que tu padre estará feliz por cómo han acabado las cosas. Trabajar contigo me ha ayudado a conocerlo, como a Remy, dos grandes hombres. Gracias.

Si no paraba de hablar, ella acabaría gritando de dolor.

–Es recíproco, Luc. No conozco a otro hombre que hubiese hecho lo que has hecho tú para ayudarme. Tu rectitud y bondad son una revelación. No sé cómo se puede agradecer eso, solo sé que estoy impresionada por ti.

–Entonces, estamos empatados. Ya que hemos llegado a Grasse, indícame cómo llegar a Fleury. Me gustaría verla antes de llevarte a casa.

El corazón se le desbocó mientras lo dirigía y pronto llegaron al campo de violetas donde había visto a Remy. Inesperadamente, Luc se detuvo.

–Solo será un minuto.

Atónita, vio que se bajaba y recogía un pequeño ramo. Cuando se montó otra vez en el coche, inhaló su olor.

–Esto me recordará siempre a ti –él se lo entregó–. Dulce como una mañana de primavera.

La besó cariñosamente en la boca y puso el motor en marcha. Ella se quedó sobrecogida hasta que llegaron a su casa y él aparcó al lado del Audi.

–Ya está. Menudo recorrido desde Yeronisos. No sé tú, pero yo no me lo habría perdido.

Él no esperó la respuesta, se bajó y sacó la bolsa que había dejado en el asiento trasero. Luego, le abrió la puerta a ella, que tuvo que bajarse con el ramo de flores y el bolso de paja. Él la acompañó hasta la puerta de la casa y dejó la bolsa en el suelo.

–No soporto las despedidas largas. Que tengas un buen viaje, Jasmine.

Le tomó la cara entre las manos y la besó en la boca, apasionadamente esa vez. Ella tenía las manos ocupadas y se quedó con las piernas temblorosas mientras él volvía a montarse en el coche y desaparecía por el camino de gravilla. Se apoyó la puerta para no derrumbarse.

El sábado por la tarde, Luc entró en el rancho Martin, en los alrededores de Driggs, Idaho. La vista impresionante de la cordillera Teton dominaba el paisaje cubierto de salvia. La casa de dos pisos hecha con troncos tenía el sabor del Viejo Oeste americano. Vio unas camionetas aparcadas a un lado junto a material agrícola. Él aparcó el coche de alquiler y subió los escalones del porche. Un perro empezó a ladrar dentro antes de que llamara a la puerta. Oyó que una mujer le decía al perro que se callara. Entonces, la puerta se abrió y se encontró con una mujer de cincuenta y tantos años vestida con una camisa de cuadros y vaqueros. Era una auténtica belleza y solo podía ser la madre de Jasmine. Tenía que ser Blanchette, la hija menor de Maxim y Megan Ferrier. Sabía tanto de esa familia que le pareció raro estar tan cerca de una descendiente de la famosa pareja. Blanchette había heredado el pelo rubio de Megan, pero le había transmitido a su hija los rasgos y la forma de la cara.

–*Bonjour, madame* Martin –la saludó en su idioma materno–. Discúlpeme por presentarme en su casa sin avisarle, pero no he podido encontrar su número de teléfono. He volado desde Niza

para conocerles a usted y a su marido. Me llamo Luc Charriere. Su hija Jasmine y yo hemos hecho negocios durante las semanas pasadas.

–Ah… –farfulló ella con un destello en los ojos marrones–. Es el nieto de Raimond Charriere, el que se hizo cargo del banco después de su muerte…

–Sí.

–Según ella, hizo posible que Remy se pusiera al frente de Ferriers. Mi padre sufrió mucho por esa situación. Gracias por ayudar a Jasmine a corregir esa injusticia. Entre, por favor.

–Gracias.

La siguió a un salón con tres pisos de altura para que entrara el sol y ella le señaló uno de los sofás de cuero.

–Siéntese, *monsieur.*

–Luc.

–Llámame Blanchette, no me gustan los formalismos –le recordó mucho a Jasmine y se quedó asombrado–. Clark, mi marido, ha ido a Driggs a por provisiones. El lunes por la noche vamos a celebrar una fiesta de bienvenida para Jasmine. Llegará el lunes por la mañana a Jackson en el avión de la empresa. Clark volverá enseguida.

Ella se sentó y el labrador negro se tumbó a sus pies.

–Sabía que estaba arriesgándome. Estoy seguro de que te preguntarás qué hago aquí, de modo que iré al grano. Me he tomado unas vacaciones en el banco. Solo hay una forma de decirlo. Me he enamorado de tu hija y espero que acabe casándose conmigo. He venido a que me deis vuestro permiso. Vuestro visto bueno lo significa todo para ella, y para mí.

–¿Ya se lo has pedido a ella? –preguntó Blanchette con una mano en el cuello por la sorpresa.

–No. Ni siquiera le he dicho que estoy enamorado. Ella dejó muy claro que su hogar estaba aquí, en Idaho, con vosotros. La última vez que nos vimos, me dijo que no podíamos estar juntos, pero yo tampoco podía aceptarlo. Me di cuenta de que, si quería que ella me aceptara, tendría que mudarme aquí. La amo demasiado como para perderla, Blanchette. Si me acepta, estoy dispuesto a vivir en Idaho y a ganarme la vida aquí para estar con ella.

Blanchette dejó escapar un ligero grito.

–¿Dejarías de ser consejero delegado del Banque Internationale du Midi y vivirías aquí por ella?

–Ella me contó que tú habías renunciado a vivir en Francia

para casarte con tu marido y vivir aquí. Comprobaste que, cuando estás enamorado, nada importa si no se puede estar juntos. Yo no soy distinto y he pensado algunas posibilidades de trabajo aquí. Además, he pasado casi todo el día con un agente inmobiliario de Jackson que me ha enseñado algunos ranchos pequeños que se venden cerca de Driggs. Estoy pensando comprar uno para que Jasmine y yo podamos vivir cerca de vosotros. Eso es lo más importante para ella, y como ella es lo más importante para mí, haré cualquier cosa porque no puedo vivir sin ella.

Blanchette se levantó visiblemente impresionada.

–¿Sabe ella que has venido aquí?

–No, y no quiero que lo sepa todavía. Nos despedimos definitivamente hace unas mañanas, después de un pequeño viaje por el Mediterráneo en mi barco. Es una mujer increíble. Fue un gesto desinteresado poner a Remy de consejero delegado de Ferriers para honrar el deseo de tu padre, pero, naturalmente, ya sabes eso de tu hija.

–Es excepcional.

–Estoy de acuerdo y creo que tu marido y tú sois excepcionales por haberle permitido vivir la vida que ha vivido. Cuando haya pasado unos días en casa, me gustaría venir a verla con vuestro permiso. Esperaré a que me llames por si te enteras de que ella no quiere verme. Si no quiere saber nada de mí, me marcharé y no volveré, pero lo más importante de todo es que ella no sepa nunca que he estado aquí.

Él se levantó para marcharse y ella lo miró un rato con detenimiento.

–¿Dónde te alojas?

Él tuvo la sensación de que ella había entendido muchas cosas que no había dicho porque había pasado por algo parecido.

–En las cabañas Teton Valley. Pregunta por mí en recepción.

–Clark lamentará no haberte visto.

–Yo también lo lamento. Me habría gustado conocer a su héroe, al cowboy por antonomasia.

Blanchette esbozó una sonrisa tan parecida a la de Jasmine que le pareció misteriosa.

–Te prometo que te llamaré.

–Es todo lo que puedo pedir.

–Hasta la próxima, Luc.

¿La próxima? Salió de la casa con esa esperanza y se marchó en el coche alquilado. Quería ver otro rancho antes de que anocheciera. Al día siguiente vería más. Tenía que estar ocupado

hasta que lo llamara.

***

El lunes, a las siete de la mañana, el avión tomó tierra en el aeródromo de Jackson Hole. Jasmine bajó del avión de Ferriers para abrazar a la familia que había ido a recibirla en masa.

Tenía toneladas de equipaje y cajas con maravillosos recuerdos que Remy y su familia le habían ayudado a meter en el avión. Ella, a cambio, les había regalado el Audi. Otros Ferrier también habían acudido, entre ellos Giles, quien le regaló un ramo de jazmines en nombre del abuelo. El inesperado regalo la emocionó. Había recibido muchísimos regalos y se derramaron muchas lágrimas. Al despegar, miró Niza y recordó su vida. Su amado Luc estaba allí abajo. Sintió una punzada de dolor tan fuerte que creyó que iba a desmayarse y siguió aturdida hasta que llegó a casa. Todo le parecía irreal mientras sus hermanos y familia cargaban los tres coches para volver a Driggs. Era una preciosa mañana de agosto con las montañas de fondo. Era una vista muy distinta a los campos de flores que vio por última vez el día anterior. Las dos eran impresionantes y representaban momentos y vivencias distintas. Era afortunada. Había recibido todo menos una cosa. No podía quedarse con lo que era imposible, no podía ser codiciosa. Estaba donde tenía sus raíces y tenía que recibirlo con los brazos abiertos.

Su padre abrió la puerta principal y el perro salió volando.

–¡Buck! –exclamó ella abrazándolo–. Te he echado de menos.

Jugó un rato con él, hasta que quiso que se abrieran un par de cajas. Había comprado regalos para todo el mundo y quería que sus sobrinos los recibieran en ese momento. Todo el mundo se marchó unas horas más tarde, pero volverían pronto. Sus padres habían organizado una fiesta esa noche y también habían invitado a algunos vecinos. Subió con la maleta al dormitorio que tenía cuando era una niña. Nada había cambiado. Su padre la siguió y se quedó en la puerta con una sonrisa cariñosa.

–Hola, alhaja. No sabes lo que nos emociona que haya llegado este día.

–A mí me pasa lo mismo, papá.

–Lo sé, pero también capto algo más.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella mirando hacia otro lado.

–Te has convertido en una mujer misteriosa desde la última vez que te vimos.

–No tengo nada de misteriosa –replicó ella con una risa nerviosa.

–Sí lo tienes. Te quedaste un minuto en la puerta del avión y me di cuenta. No hemos hablado con franqueza desde hace mucho tiempo. Podríamos hacerlo, tengo todo el tiempo del mundo.

–No sé a dónde quieres llegar.

–¿Quién es el hombre que has dejado atrás?

Ella se sonrojó. Nunca había podido ocultarle nada a su padre y mucho menos mentirle.

–Es exactamente eso. Alguien que dejé atrás.

–Háblame de él.

–Preferiría no hacerlo.

–¿Por qué? ¿Es demasiado doloroso hablar de él?

–Sí –contestó ella tomando una bocanada de aire.

–¿Cómo es?

Ella se sentó en el borde de la inmensa cama.

–La abuela Megan lo dijo mejor al hablar del abuelo. Sus palabras podrían ser las mías.

–¿Qué te dijo?

–Es un hombre único en su clase. Ningún otro hombre podría competir con él. En comparación, todos los hombres que he conocido me parecen insulsos. No es justo que un hombre tenga tantas virtudes, pero no es su culpa. Su carisma en innato, como su belleza y su personalidad.

–Muy bien. Mi madre y yo nos habíamos preguntado si llegaría este día –él se sentó y le pasó un brazo por los hombros–. ¿Cuándo vamos a conocerlo?

–Nunca –ella sacudió la cabeza–. Se ha acabado.

–¿Por qué?

–¡Porque tenía que acabarse! –exclamó ella–. ¡Es el consejero delegado del Banque Internationale du Midi! Es francés, tiene familia, amigos y una vida fabulosa. Está tan atado a su vida como tú lo estás a la del rancho.

–Entiendo.

–Querer vivir con él es un sueño que no puede hacerse realidad. Por eso no quiero hablar de él nunca más. ¿Te importa?

–No, cariño. Daremos por zanjado el asunto –la besó en la frente y se levantó–. Bajaré a ayudar a tu madre con los preparativos de la fiesta.

–Papá, no me interpretes mal. Estoy feliz de estar en casa con mamá y contigo.

–¿Crees que no lo sabemos? –él sonrió–. Cuando te hayas

instalado, baja y te prepararé uno de mis sándwiches de carne asada con el pan que ha hecho tu madre.

Ella se acercó y lo abrazó.

–Te quiero.

–Yo también a ti.

Siete horas más tarde, la casa de rancho estaba llena de familiares y amigos que no había visto desde hacía siglos, la mayoría, con sombreros y botas vaqueros. Su madre había preparado una barbacoa en el jardín trasero y encendieron antorchas para dar más ambiente. También se oía música country.

Jasmine se puso unos vaqueros, una camisa de cuadros y sus gastadas botas. Se cepilló el pelo, se lo dejó suelto y bajó a ayudar. Sus cuñadas habían preparado ensaladas y postres mientras su padre y sus hermanos hacían las chuletas en dos parrillas. Los niños corrían por todos lados.

Salía de la cocina con otra ensalada de patatas cuando vio a unos rancheros conocidos que se dirigían al jardín. Todos llevaban sombreros vaqueros y botas, menos uno moreno y con un sombrero negro que no reconoció. Debía de haberlo llevado otro de los rancheros. Era un poco más alto y fuerte. Llenaba la camisa marrón como ningún otro y no pudo evitar fijarse en él. Se acercó con los vellos de punta. Le recordaba a Luc el día que fueron a ver el terreno que ella quería comprar. Quizá lo echara tanto de menos que creía que estaba viéndolo. No había podido quitárselo de la cabeza desde la charla con su padre. No podía haber dos Lucs en el mundo… Tenía que comprobarlo y se acercó a él.

–Hola, me llamo Jasmine Martin y creo que no nos…

No pudo decir la última palabra porque él se dio la vuelta con el plato en la mano. En cuanto vio la barba incipiente y los ojos negros, creyó que estaba alucinando. Su seductora media sonrisa la derritió por dentro.

–Luc… –susurró ella sin dar crédito a lo que estaba viendo.

–*Oui*.

–Yo… No puedo… creérmelo –balbució ella con los ojos como platos.

Entonces, entendió la charla con su padre en el dormitorio. ¡Luc ya había visto a sus padres!

–¿Por qué no te lo crees? Tus padres me invitaron a que viniera a tu fiesta de bienvenida. Naturalmente, no me la habría perdido por nada del mundo. Ellos creyeron que podrías encontrarte un poco sola después de tanto tiempo fuera de aquí –añadió él empezando a comer.

–Luc… –ella no sabía qué decir–. ¿De verdad estás aquí?

–¿Dónde iba a estar si no?

–Pero… ¿cuándo has llegado?

–El sábado.

–¿Llegaste antes que yo?

–Sí. No me gustan las despedidas.

–No… ¡No deberías haber venido! –exclamó ella mientras empezaba a temblar.

–¿Significa eso que quieres que me marche ahora mismo? –preguntó él dejando el plato.

–Sabes que no quiero decir eso.

–Entonces, ¿qué quieres decir?

–Shh… Todo el mundo está mirándonos. Acompáñame.

–Me alegro de que lo digas, pero tiene que ser un sitio privado. Tengo que decirte algunas cosas y no quiero que haya público.

–Ven.

–¿Adónde?

–Arriba.

–Me da igual a dónde vayamos siempre que pueda conseguirte.

Ella se puso roja mientras salían del comedor. Lo sentía justo detrás de ella mientras subían las escaleras. En cuanto cerró la puerta, él tiró el sombrero y la agarró.

–Luc…

Ella no pudo decir nada más porque él bajó la cabeza y la besó hasta que acabaron en la cama. La puso de espaldas para poder mirarla.

–Te juro que eres la mujer más cautivadora que he conocido. Te amo más que a la vida, Jasmine. Tienes que casarte conmigo y cuanto antes, mejor.

–Pero…

–Nada de peros, tesoro mío. Para que lo sepas, viviremos aquí de ahora en adelante. He estado viendo ranchos. Hay uno a seis kilómetros de aquí que sería perfecto. Mi familia vendrá a la boda. Haremos lo que hicieron tus padres e iremos y vendremos para ver a la familia. Puedo trabajar.

–¿Cómo puedes decir eso cuando tu vida está en Francia?

–Ya, no. Estamos enamorados y no seremos felices si no vivimos juntos a partir de este instante. Dime que te casaras conmigo, Jasmine. Sin ti, la vida no volverá a significar lo mismo para mí.

–Yo siento lo mismo. Te amo con locura. Me casaré contigo –le rodeó el cuello con los brazos y le besó los ojos–. Sí –le besó la

nariz–. Sí –le besó la boca–. Te amo con toda mi alma. No hay otro hombre como tú. He comprobado que vivir sin ti es una muerte en vida.

–Gracias, Dios mío. *Je t'aime, mon amour* –gruñó él con la voz ronca–. *Je t'adore.*

Capítulo 9

24 de diciembre

–Ven a la cama, Jasmine.

–Voy. Solo tengo que terminar de envolver este regalo de Navidad para tu madre.

La recepción para celebrar su boda se había celebrado esa noche en la villa de los padres de Luc en Cagnes-sur-Mer y tenían que prepararse para el día de Navidad.

–Creía que ya estaba todo hecho.

–Lo está, pero este regalo es especial y no lo tuve hasta que ayer pasé por Ferriers. Tenía que encontrar el envoltorio adecuado. Como me dijiste que su color favorito es el malva, he buscado el papel indicado. Iré dentro de un minuto.

Él se acercó al tocador, donde estaba ella sentada, y puso las manos en los hombros. A esas alturas, su cuerpo era tan sensible a su contacto que se estremecía si él se acercaba nada más. Miró el reflejo de los dos en el espejo y el corazón se le desbocó solo de pensar que esa noche iba a irse a la cama con él. Desde la boda, todas las noches habían sido una noche de bodas. Luc era un amante insaciable que la elevaba a lo más alto y le enseñaba el significado del amor desinteresado.

–Has mantenido muy en secreto este regalo.

–Es porque tu madre es una persona muy especial y quiero honrarla por haber dado a luz al hombre más maravilloso que existe. Quiero a tus padres.

–Y ellos te quieren a ti. ¿No vas a darme una pista de lo que es?

Ella dejó el paquete y se dio la vuelta entre sus brazos.

–Si quieres saberlo, hace siglos elaboré un perfume y estaba esperando a la persona indicada para regalárselo. Cuando me di cuenta de lo mucho que le gustan las rosas a tu madre, comprendí que era el regalo perfecto para ella.

Él la miró detenidamente.

–¿Estás hablando de la *Rose de Mai*?

–Sí –ella lo besó levemente en los labios–. ¿Te acuerdas?

–Crecían debajo de la terraza de La Tourette. El aroma era dulce y nítido.

–Como tu madre, pero lo que te encantaba era la leve nota a miel.

–Que solo tú pudiste captar.

–Por eso es tan dulce. Llamé a Remy hace unos meses y le pedí que le llevara unas flores del jardín a Fabrice y le di instrucciones para que hiciera una pequeña tirada de mi receta y la tuviera preparada para cuando viniéramos.

–¿Quién es Fabrice?

–Uno de los químicos.

–¿Tengo que saber algo de él?

–No, memo.

–Mi madre no podrá creérselo cuando le regales un frasco de su propio perfume elaborado por la nariz más grande desde la muerte de tu abuelo. Es un honor que no olvidará.

–No estuve muy bien aquella noche en La Tourette, cuando me llevaste a casa después de cenar.

–Todo eso está olvidado –apagó las luces antes de tomarla en brazos y dejarla en la cama–. ¿Echas de menos el laboratorio?

–No –contestó ella con sinceridad–. ¿Echas tú de menos ir al banco todos los días?

–Sabes que no. Gracias a la tecnología, puedo estar en contacto desde nuestra casa de Driggs y tengo tiempo para cultivar alfalfa. Tengo mucho que aprender. Cuando lleguen nuestros hijos, quiero estar a la altura de tu padre.

Ella le tomó la cara entre las manos.

–No tienes que estar a la altura de nadie. Eres magnífico como eres. Estoy loca por ti. Ámame esta noche, quiero un hijo tuyo.

Luc le hizo el amor sin reservas y en el cénit de la pasión la besó casi con fiereza, pero ella lo agradeció. Quería tenerlo entre los brazos y no soltarlo nunca. Era tan fuerte e impresionante que podía mirarlo y amarlo toda la noche. Cuando empezaba a amanecer, él dejó escapar un suspiro y entrelazó las piernas con las de ella.

–Jasmine –murmuró él.

–¿Qué?

–Tengo un pequeño regalo de Navidad. He memorizado algo que quiero que oigas.

Ella parpadeó y se sentó para poder mirarlo.

–Me tienes intrigada. ¿Qué es?

Él le acarició la cadera posesivamente.

–Tu abuelo era poeta. Me he tomado una licencia con sus palabras. «Jasmine es la flor para la nostalgia. Como la flor que crece en las puertas y cuelga de los arcos, ella me lleva a la intimidad de nuestro nido de amor. Sus mejillas florecen con el calor del día y suelta su olor a la hora de poner la mesa en el jardín o en un sendero estrecho, o entre mis brazos en la oscuridad de la noche. Me recuerda a la melancolía del crepúsculo si no está conmigo. Su presencia, cuando estoy con ella, es como una noche de verano en compañía. Su olor empapa el aire y es el telón de fondo del amor que siento por ella».

–Luc…

Ella, conmovida, empezó a sollozar y a hacer el amor con él. El sol estaba en todo lo alto cuando lo soltó.

–¿Quieres saber un secreto en esta feliz mañana de Navidad?

–Desde luego –contestó él tan agotado que no podía casi ni hablar.

–Me encantan los olores, pero no hay ninguna flor en el mundo que pueda competir con mi olor favorito.

Él abrió los ojos como platos por el comentario.

–¿Qué hay más dulce que una flor?

–Lo he llamado «el olor de su hombre».

–¿Quieres decir que hace tiempo creaste una colonia para hombres? ¿Algo sintético?

–No, mi amor. No puede crearse ni fabricarse –lo besó en la boca–. Es tu olor. No hay otro olor igual en el mundo porque nunca habrá otro Lucien Charriere. Eres la sangre de mi corazón, pero creo que eso ya lo sabes. En realidad, creo que lo notaste antes de que te marcharas de Yeronisos. Si supieras cuánto deseé que estuvieras esperándome cuando bajé… No puedes imaginarte la decepción.

–¡Y me lo dices ahora! –exclamó él antes de volver a besarla una y otra vez.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

